André Gide

REGRESO DE LA U.R.S.S.

seguido de

RETOQUES A MI REGRESO DE LA U.R.S.S.

Lectulandia

«Ante nuestros ojos vuelven a formarse capas sociales por no decir clases, una especie de aristocracia; no me refiero a la aristocracia del mérito y del valor personal, sino precisamente a la del pensamiento correcto, del conformismo, la cual en la generación siguiente, se convertirá en la aristocracia del dinero. […] ¿Cómo no disgustarse ante el desprecio, o cuando menos la indiferencia, que los que están y se sienten del lado bueno manifiestan hacia los inferiores, los criados, los peones, los jornaleros, e iba a decir: los pobres? […] Esta mentalidad pequeño burguesa que, me temo, tiende a desarrollarse allá es, a mi modo de ver, profunda y fundamentalmente contrarrevolucionaria. Pero lo que hoy día se denomina contrarrevolucionario en la U.R.S.S., no es eso en absoluto. Es incluso poco más o menos lo contrario. El espíritu que es tachado hoy de contrarrevolucionario, es aquel mismo espíritu revolucionario, aquel fermento que empezó por hacer saltar los diques semipodridos del viejo mundo zarista […] Lo que se pide hoy en día es la aceptación, el conformismo. Lo que se pretende y exige, es la aprobación de todo lo que se está haciendo en la U.R.S.S. […] Por otra parte, la mínima protesta, la mínima crítica, expuesta de por sí a las penas más graves, se ve además inmediatamente ahogada. Y dudo que en ningún otro país hoy por hoy, ni siquiera en la Alemania de Hitler, exista espíritu menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado».

Lectulandia

André Gide

Regreso de la U.R.S.S. | Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.

ePub r1.0
Titivillus 27.08.17

Título original: *RETOUR DE L'U.R.S.S., suivi de RETOUCHES À MON RETOUR DE L'U.R.S.S.*
André Gide, 1936
Traducción: Carmen Claudín
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Eugène Dabi
dedico estas páginas,
reflejo de lo que he vivido
y pensado a su lado.
Con él.

Prólogo editorial

Por vez primera en España se publican, traducidos, los dos célebres libros de André Gide sobre la Unión Soviética: *Retour de l'U.R.S.S.* (París, 1936. Ed. Gallimard) y *Retouches à mon "Retour de l'U.R.S.S."* (París, 1937. Ed. Gallimard), aunque nuestra versión se basa en la edición de 1978.

La pregunta que de inmediato se nos puede dirigir es la siguiente: ¿hasta qué punto y ahora, en 1982, unos textos ya *antiguos* como estos pueden todavía interesar a un público lector que sobre la Unión Soviética está mejor informado que nunca? André Gide escribió, en efecto, sus dos libros a los veinte años de la toma del poder por los bolcheviques y en estos días en que redactamos este prefacio va a cumplirse el 65º aniversario de la Revolución. Sin embargo, hemos decidido incorporar en nuestra colección la obra de Gide por dos razones indiscutibles: su inserción en nuestros ARCHIVOS DE LA HEREJÍA enriquece el conocimiento de esa larga historia del rebelde *hereje* que testimonia con independencia crítica y en ocasiones con riesgo, un acaecer histórico de la envergadura del reflejado en las páginas de Gide. Y por otra, constituye el primer testimonio crítico, sereno, de un escritor *libre* que en aquellos años que preludiaban la segunda guerra mundial y en los que en España ya se dilucidaba trágicamente el duelo fascismo-antifascismo que iba a comprometer a tantos intelectuales, deja constancia, no sin amargura, de una verdad que entonces pocos admitían pero que hoy ya son pocos los que ponen en duda.[1]

André Gide en los primeros años de la década de los treinta, se aproxima al comunismo. Son años en los que dedica tiempo al estudio de Marx y al de otros muchos textos marxistas. Y es tal su lealtad al creciente movimiento, que va abandonando poco a poco su "torre de marfil", mantenida durante años como refugio y defensa de su independencia moral y ética, y llega a escribir en su reflexivo, íntimo y patético diario[2] estas líneas, anteriores a su viaje a la Unión Soviética: "He sido siempre comunista de corazón y también de espíritu, incluso manteniéndome cristiano".

En esos años, André Gide se forja una personalidad entre los intelectuales antifascistas, combativos como en pocas ocasiones ante el inminente peligro hitleriano, que nadie después ha logrado. Nunca había sido un escritor *comprometido*, nunca se había manifestado revolucionario como expresión de militancia política. Al contrario, su educación puritana, protestante, y su exquisita educación intelectual, le destacaban en esa época en la que gran parte de los intelectuales no dudaba en ingresar en las filas revolucionarias y, muchos de ellos, participar activamente en la España republicana en guerra civil. En 1935 Gide logra su más alta consideración cuando en el famoso Congreso Internacional de Escritores, celebrado en París en junio de ese año, pronuncia su trascendental discurso sobre la *Defensa de la cultura*.[3] Nadie, a partir de ese discurso, pone en duda la sinceridad revolucionaria de Gide,

que sólo es injuriado encarnizadamente por la derecha internacional, sobre todo francesa. En su discurso proclama, sin embargo y una vez más, su individualismo, esa clave insoslayable de su personalidad intelectual, aunque esta vez acepte el que sea arropada por la nueva idea: “De igual modo que pretendo seguir siendo profundamente individualista, con plena aceptación comunista e incluso con ayuda del comunismo”. Y ese histórico parlamento de Gide aparece, por otra parte, enriquecido por constantes alusiones y elogios a la Unión Soviética, que *todavía* no ha visitado pero a la que admira con fervor: “la U.R.S.S. nos ofrece actualmente un espectáculo sin precedentes, de una importancia inmensa, inesperada y me atrevo a decir ejemplar”. Y Bergamín, que inicia también su viaje espiritual junto con los comunistas, apostilla el texto de Gide con este suyo: “Se advierte también la inmediata referencia al comunismo —y concretamente a la U.R.S.S.—, como al limo o levadura esperanzada de que surja la aparición del hombre nuevo”.

El hombre nuevo es lo que, con desesperación, busca en su viaje André Gide. Acude a la Unión Soviética no ciego, pero sí emocionado y dispuesto a reforzar su admiración y, sobre todo, deseoso de profundizar en ese nacimiento del hombre nuevo. El porvenir de la cultura, la humanidad, la sinceridad, son, por encima de todo, lo que busca. De ahí la grandeza de estas páginas que ahora editamos. Ellas no fueron dictadas por la pasión ni por la ceguera militante (“ocurre demasiado que los amigos de la U.R.S.S. se nieguen a ver lo malo, o cuando menos a reconocerlo; de ahí que, con excesiva frecuencia, la verdad sobre la U.R.S.S. se diga con odio y las mentiras con amor”.) Pero cuando regresa de la Unión Soviética, viaje que había anhelado en esos años de compromiso político, la suma de desengaños es brutal (en su *Journal* anota el 3 de setiembre de 1936, recién llegado a París y cuando oye a sus compañeros de expedición decir la palabra *decepción*: “la palabra ‘decepción’ me parece inexacta, pero no sé qué proponer en su lugar”).

En el primer libro, *Regreso*, parece como si todavía no quisiera despegarse de la esperanza, como si con tacto no quisiera todavía herir los sentimientos de sus amigos comunistas; pero en *Retoques* ya su testimonio se hace más enérgico y político. Su decepción es más grande y no deja de sufrir las terribles injurias que van configurando su ya inquebrantable posición crítica (*Pravda* llega a escribir, tras haberlo homenajeado durante su viaje: “Gide es el típico representante de la burguesía decadente. Es un individualista”. 1936). Y con todo, la *aventura* comunista dejó en él una huella imborrable. “Contrariamente a lo que se ha dicho, Gide ha vivido, gracias a la aventura comunista, una crisis histórica esencial que ha enriquecido su pensamiento. Esta crisis le ha dejado una huella tan profunda que durante largo tiempo le ha impedido escribir”, anota el estudioso Jean-Jacques Thierry.[4]

La importancia, pues, de editar ahora en España estos dos libros de Gide, cuando es bien sabido el fracaso de la “democracia socialista”, cuando en gran parte la vida soviética ya no ofrece enigmas y cuando los testimonios críticos constituyen una

bibliografía ilimitada (y nos referimos sólo a las posiciones críticas correctas y, en especial, las motivadas desde la izquierda, ya que las acusaciones viscerales de la derecha internacional carecen de valor), estriba sobre todo, no en la decepción descriptiva del autor sino en su enfoque intelectual, en esas reflexiones morales y en esa su gran capacidad intuitiva que sigue asombrándonos al comprobarse en la actualidad que Gide ya vislumbraba no sólo la futura degeneración de la sociedad soviética sino las deformaciones que se iniciaban con el papel tiránico de Stalin —apenas en aquellos años los tres grandes procesos liquidadores de la oposición desataron las críticas que hoy tras el XX Congreso no dejan lugar a las dudas— y el fracaso de una experiencia cuyo descrédito universal constituye uno de los goznes ideológicos de la sociedad contemporánea.

Es, precisamente, ese cuidado de Gide en insistir en su individualismo, en sacrificar cualquier actitud irritada o apasionada (como sucedía con frecuencia a su gran amigo Malraux), en su mesura ética, lo que confiere a sus escritos el valor no sólo documental sino, en especial, intelectual y reflexivo. Es el valor moral el que hace imperecederas estas páginas que no sólo no han perdido vigencia sino que el tiempo ha convertido en clásicas. “Es siempre la lucha entre lo que es razonable con lo que no lo es”, murmuró Gide en su agonía. Y Sartre puede reflexionar a los pocos días de la muerte de Gide: “Ha vivido *por nosotros* una vida que no tenemos sino que revivirla leyéndola. Nos permitirá evitar las trampas en las que cayó y escapar de ellas como lo hizo él”.[5]

Cuando aparecieron los dos libros de Gide, en especial *Retoques*, los intelectuales de todo el mundo, no sólo los claramente revolucionarios sino los “compañeros de viaje” y algunos moderados que también coincidían en que la defensa de la Unión Soviética era “la defensa de la cultura” y de las libertades democráticas, acusaron a Gide de traición. Su testimonio, por ser tan sincero y objetivo, se convirtió en blanco de todas las infamias. Paul Nizan, uno de los escritores más reflexivos y de mayor capacidad intelectual, militante comunista hasta 1939 y estigmatizado en ese año por no aprobar el pacto entre Stalin y Hitler y muerto en olor de ignominia acusado por los comunistas franceses como espía capitalista, acusó en 1937 a Gide de “pintar la U.R.S.S. como un mundo que no cambia ya…” Gide, proféticamente, se dirigió a todos los intelectuales todavía esperanzados con “la revolución soviética” y, probablemente, pensando en su estimado Nizan, con estas palabras: “Desde luego admiro la constancia de vuestra confianza, de vuestro amor (lo digo sin ironía). Aun así, camaradas, estáis empezando a preocuparos, no lo neguéis. Y os preguntáis con creciente angustia (frente a los procesos de Moscú, por ejemplo): ¿hasta dónde tendremos que seguir aprobando? Tarde o temprano abriréis los ojos, no tendréis más remedio que abrirlos. Os preguntaréis entonces, vosotros la gente honrada, ¿cómo hemos podido mantenerlos cerrados tanto tiempo?”

R.M.S.

REGRESO DE LA U.R.S.S

(noviembre de 1936)

Cuenta el himno homérico a Deméter que, en el errante deambular en pos de su hija, llegó la diosa hasta la corte de Celeo. Nadie allí la reconocía bajo la apariencia de una vieja ñaña. Le confió la reina Metanira el cuidado del más pequeño de sus hijos, Demofonte, quien con el tiempo sería Triptolemo, el iniciador de las artes agrícolas.

Tras las puertas cerradas y al amparo del sueño nocturno de la casa, cogía Deméter a Demofonte, lo apartaba de la blanda cuna y, con aparente crueldad, mas realmente guiada por un amor inmenso y deseosa de conducir al pequeño hasta el umbral de la deidad, lo acostaba desnudo sobre un lecho de incandescentes ascuas. Imagino a la gran Deméter inclinada, mirando al radiante recién nacido como a la futura humanidad. Soporta Demofonte el ardor de las brasas y, con la prueba, gana en fortaleza. Algo sobrehumano florece en su seno, algo robusto e inesperadamente glorioso. Ah, ¡por qué no habrá podido Deméter consumar su audaz empresa y salir triunfante del reto! Cuenta la leyenda, empero, que Metanira inquieta irrumpió en la cámara del experimento. Ciega de maternal temor, apartó a la diosa y todo lo sobrehumano que se estaba forjando, esparció las brasas y, por salvar al niño, perdió al dios.

Nota preliminar

Declaré hace tres años mi admiración, y mi amor, hacia la U.R.S.S. Se estaba intentando allí una experiencia sin precedentes que henchía nuestros corazones de esperanza y de la que aguardábamos un inmenso progreso, un ímpetu capaz de arrastrar a la humanidad entera. Para presenciar esta renovación, bien vale la pena vivir, pensaba yo, y entregar la vida para tomar parte en ella. En nuestros corazones y en nuestro espíritu ligábamos resueltamente al glorioso destino de la U.R.S.S. el porvenir mismo de la cultura; más de una vez lo hemos repetido. Nos gustaría poder decirlo aún.

Ya antes de ir a verlo, no dejaban de preocuparnos algunas decisiones recientes que parecían denotar un cambio de orientación.

Escribía entonces (octubre de 1935):

> “A la tontería y a la deshonestidad de los ataques contra la U.R.S.S. se debe el hecho de que hoy pongamos cierta obstinación en defenderla. Ellos, los que ladran, empezarán a aprobarla cuando precisamente nosotros dejemos de hacerlo; en efecto, sus compromisos, sus transigencias, aquello que hará decir a los demás: ‘¡ya lo ven!’, eso será lo que ellos aprueben cuando en realidad significará que se está apartando de la meta perseguida al principio. Ojalá nuestra mirada, al quedarse fija en esa meta, no se vea por consiguiente llevada a apartarse de la U.R.S.S.”
>
> (*N.R.F.*, marzo 1936).

Sin embargo, en espera de mayor información, me empeñaba en seguir confiando y prefería dudar de mi propio juicio; a los cuatro días de mi llegada a Moscú, declaraba aún en mi discurso en la Plaza Roja, con ocasión de los funerales de Gorki: “La suerte de la cultura está ligada en nuestras mentes al destino mismo de la U.R.S.S. La defenderemos”.

Siempre he dicho que el deseo de seguir fiel a sí mismo suele acarrear con demasiada frecuencia un riesgo de insinceridad; considero, por otra parte, que la sinceridad es tanto más importante precisamente cuando la fe de muchos, junto con la nuestra propia, está en juego.

Si al principio me equivoqué, lo mejor es reconocer cuanto antes mi error; pues soy responsable, en este caso, de aquellos a los que mi error arrastra. No hay, aquí, amor propio que valga; y el mío por cierto no es muy grande. Considero que existen cosas más importantes que mi propia persona; más importantes que la U.R.S.S.: la humanidad, su destino, su cultura.

Pero ¿estaba equivocado al principio? Los que han ido siguiendo la evolución de la U.R.S.S. desde hace poco más de un año dirán si soy yo quien ha cambiado o si es

la U.R.S.S. Y cuando digo la U.R.S.S. me refiero al hombre que la dirige.

Otros, más competentes que yo, dirán si se puede considerar como pura apariencia este cambio de orientación y si lo que nos parece una derogación no es una consecuencia fatal de ciertas disposiciones anteriores.

La U.R.S.S. está “en construcción”, es importante repetírselo continuamente. De ahí nace el interés excepcional de una estancia en esa inmensa tierra en gestación: pareciera que uno presencia allí el alumbramiento del futuro.

Lo bueno y lo malo se mezclan en ese país; debería decir: lo excelente y lo peor. Lo excelente se consiguió, a menudo, al precio de un esfuerzo inmenso. No siempre ni en todas partes ha conseguido este esfuerzo aquello que pretendía: aún no. A veces lo peor acompaña y se adelanta a lo mejor; casi diríase que es su consecuencia. Se pasa así de la luz más intensa a la sombra más oscura con una brusquedad desconcertante. Suele ocurrir que el viajero, siguiendo convicciones preestablecidas, se muestre sensible únicamente a una o a otra cosa. Ocurre demasiado que los amigos de la U.R.S.S. se nieguen a ver lo malo, o cuando menos a reconocerlo; de ahí que, con excesiva frecuencia, la verdad sobre la U.R.S.S. se diga con odio, y la mentira con amor.

Ahora bien, mi espíritu se caracteriza por una severidad mayor con aquellos a los que me gustaría poder aprobar siempre. Es pobre la muestra de amor que se reduce al encomio y considero que hago mayor favor a la propia U.R.S.S. y a la causa que para nosotros representa, hablando sin disimulos ni miramientos. Mi admiración hacia la U.R.S.S. y los prodigios ya realizados, además de la expectación que aún despierta en nosotros y en particular las esperanzas que nos permitiría seguir concibiendo, son otras tantas razones que justifican mis críticas.

¿Quién podrá decir lo que ha representado la U.R.S.S. para nosotros? Más que una patria de elección: un ejemplo, una guía. Aquello que soñábamos, aquello en que apenas nos atrevíamos a tener esperanzas pero hacia lo cual tendían nuestras voluntades, nuestras fuerzas, se estaba gestando allí. Existía pues una tierra en donde la utopía estaba en trance de convertirse en realidad. Logros inmensos hacían ya rebosar nuestros corazones de exigencia. Nos parecía que lo más difícil ya estaba hecho y nos aventurábamos con alegría en esa suerte de compromiso que habíamos contraído con ella en nombre de todos los pueblos que sufren.

¿Hasta qué punto un fracaso nos haría sentirnos igualmente comprometidos? Pero la simple idea de un fracaso resulta inadmisible.

Ante el incumplimiento de algunas promesas tácitas, ¿qué se tenía que incriminar? ¿Había que atribuir la responsabilidad a las primeras directrices, o más bien a lo que precisamente se apartaba de éstas, las infracciones, los acomodamientos por motivados que fueran…?

Expongo aquí las reflexiones que me ha sugerido el espectáculo de lo que, por un lado la U.R.S.S., con legítimo orgullo, se complace en mostrar y de lo que, por otro,

he podido ver personalmente junto con lo anterior. Las realizaciones de la U.R.S.S. suelen ser admirables. En zonas enteras el país ofrece el aspecto ya risueño de la felicidad. Los que aprobaban mi iniciativa, en el Congo, de dejar el coche de los gobernadores e intentar un contacto directo con todos y cada uno para informarme, ¿podrán reprocharme ahora el que una preocupación idéntica y la voluntad de no dejarme deslumbrar me acompañaran en la U.R.S.S?

No se me esconde la aparente ventaja que los partidos enemigos —aquellos para los cuales “el amor por el orden se confunde con la afición por los tiranos”[6]— pretenderán sacar de mi libro. Este hecho sin duda me habría disuadido de publicarlo, incluso de escribirlo, si no fuera porque seguiría intacta, inquebrantable, mi convicción de que, por una parte, la U.R.S.S. acabará superando los graves errores que apunto; y de que, por otra —la más importante—, no puede bastar con los errores particulares de un país para comprometer la verdad de una causa internacional, universal. La mentira, aun la del silencio, puede parecer oportuna, como también la perseverancia en la mentira, pero significa dar terreno abonado al enemigo, y la verdad, aun dolorosa, no puede herir sino para sanar.

I.

En contacto directo con un pueblo de trabajadores, en las obras, en las fábricas o en las casas de descanso, en los jardines, los “parques de cultura”, he experimentado momentos de profunda alegría. En medio de esos nuevos compañeros, he sentido que una repentina fraternidad se entablaba, que mi corazón se dilataba, se regocijaba. Este sentimiento explica a su vez, que en las fotografías que me sacaron allí se me ve más sonriente, más risueño incluso, de lo que suelo aparecer en Francia. Y cuantas veces, allí, las lágrimas asomaron a mis ojos, por exceso de alegría, lágrimas de cariño y de amor: por ejemplo, en esa casa de descanso de los mineros del Donbáss en las inmediaciones de Sochi… ¡No, no! No había en ello nada convenido, preparado; yo había llegado de repente, una tarde, sin ser anunciado; no obstante, en seguida había experimentado a su lado la confianza.

Y esa visita inesperada en un campamento de niños, cerca de Borzhomi, muy modesto, casi humilde, pero en donde los niños, radiantes de felicidad y de salud parecían querer ofrecerme su alegría. ¿Qué contar? Las palabras no bastan para aprehender una emoción tan profunda y tan simple… Pero ¿por qué hablar de éstos más que de tantos otros? Poetas de Georgia, intelectuales, estudiantes, obreros sobre todo, un sentido afecto hacia muchos de ellos se apoderó de mí, y siempre lamentaba no conocer su idioma. Pero sus sonrisas, sus miradas expresaban ya tan afectuosa elocuencia que me parecía dudoso a la sazón que unas palabras pudieran añadir mucho más. Claro que allí me presentaban por doquier como a un amigo: todas las miradas además manifestaban una especie de agradecimiento. Quisiera merecerlo más aún; esta aspiración es otra de las razones que me empujan a hablar.

Lo que más a gusto le enseñan a uno son las hermosas realizaciones: es obvio y perfectamente natural; no obstante, más de una vez nos ha ocurrido que entráramos de improviso en escuelas de pueblo, en jardines de infancia, en clubs, lugares que no pensaban enseñarnos y que, probablemente, no se distinguían en nada de tantos otros. Éstos son los que más he admirado, precisamente porque nada allí estaba preparado para la galería.

Los niños, en los campamentos de pioneros que he visto, son hermosos, bien alimentados (cinco comidas al día), bien cuidados, incluso mimados, alegres. Su mirada es clara, confiada; sus risas no tienen malignidad ni malicia; podríamos, en calidad de extranjeros, parecerles un tanto ridículos: ni una sola vez he sorprendido, en ninguno de ellos, el mínimo rastro de burla.

Esta misma expresión de radiante felicidad nos la volveremos a encontrar a menudo en los mayores, igualmente hermosos, vigorosos. Los “parques de cultura” en donde se reúnen por la tarde, al finalizar la jornada de trabajo, son logros innegables; por encima de todos, el parque de Moscú.

He vuelto allí a menudo. Es un lugar donde la gente se divierte; comparable a un Luna-Park de inmensas dimensiones. En cuanto se pasa la puerta, la sensación es de extrañeza total. En esa muchedumbre de jóvenes, hombres y mujeres, reinan la seriedad y la decencia; ni el más mínimo asomo de carcajada tonta o vulgar, de chabacanería, de picardía, ni siquiera de amoríos. Se respira por todas partes una suerte de fervor alegre. Aquí se organizan juegos, allá bailes, habitualmente un animador o una animadora preside las actividades y las dirige, y todo se desarrolla dentro de un orden perfecto. Inmensos coros se forman en los que cada uno podría participar; pero siempre hay muchos más espectadores que bailarines. Más allá bailes y cantos populares acompañados casi siempre por un simple acordeón. Aquí, en este espacio cerrado y sin embargo libre de acceso, unos *amateurs* se ejercitan en diversas acrobacias; un entrenador vigila los "saltos mortales", aconseja y guía; más lejos, aparatos de gimnasia; cada uno espera pacientemente su turno; se entrena. Un gran espacio está reservado a los terrenos de *volley-ball*; y no me canso de admirar la lozanía, la gracia y la belleza de los jugadores. Más allá se encuentran los juegos tranquilos: ajedrez, damas y un sinfín de juegos de destreza o de paciencia, entre los cuales algunos que yo no conocía, muy ingeniosos; así como un sinnúmero de juegos que no había visto en ningún sitio y que no puedo intentar describir, aunque algunos conocerían sin duda un gran éxito aquí. Como para ocuparle a uno durante horas. Los hay para mayores, los hay para niños. Los más pequeños tienen su dominio aparte en donde encuentran pequeñas casas, pequeños trenes, pequeños barcos, pequeños automóviles y un sinfín de diminutos instrumentos ajustados a su tamaño. Pasados los juegos tranquilos (tan populares que la espera puede hacerse larga para encontrar, a su vez, una mesa libre), a lo largo de un gran paseo, unos tableros plantean sobre paneles de madera adivinanzas, enigmas y acertijos. Todo ello, repito, sin un asomo de vulgaridad; y esa inmensa muchedumbre, con perfecta compostura, rezuma honradez, dignidad, decencia; sin coacción alguna, por lo demás, y con la mayor naturalidad. El público, además de los niños, está compuesto casi únicamente de obreros que vienen aquí a hacer deporte, a descansar, a divertirse o a cultivarse (pues existen también salas de lectura, de conferencias, cines, bibliotecas, etc.). Sobre el Moskova, piscinas. Aquí y allá, en este inmenso parque, minúsculas tarimas sobre las cuales perora un profesor improvisado; son clases prácticas, clases de historia o de geografía ilustradas con mapas; o incluso de medicina práctica, de fisiología, con abundantes láminas anatómicas, etc. La gente escucha muy seria. Ya lo he dicho, no he sorprendido en ningún lado el más mínimo asomo de burla.[7]

Pero he aquí algo mejor: un pequeño teatro al aire libre; en la sala abierta, unos quinientos espectadores, amontonados (ni un sitio vacío), escuchan en medio de un silencio religioso a un actor que recita a Pushkin (un canto de *Eugenio Oneguin*). En un rincón del parque, cerca de la entrada, la zona de los paracaidistas. Es un deporte muy preciado allá. Cada dos minutos, cae uno de los tres paracaídas que hace tocar tierra un tanto bruscamente al *amateur* novato. ¡Adelante! ¿Quién se atreve?, la gente

se apresura; espera su turno; hace cola. Sin hablar ya del gran teatro al aire libre en donde, con ocasión de ciertos espectáculos, se juntan alrededor de veinte mil espectadores.

El parque de cultura de Moscú es el más amplio y el mejor provisto de atracciones diversas; el de Leningrado es el más hermoso. Pero cada ciudad en la U.R.S.S. posee, ahora, su parque de cultura, además de sus jardines de infancia.

También visité, por supuesto, varias fábricas. Sé, y vuelvo a decirlo, que el bienestar general y la alegría dependen de su buen funcionamiento. Pero no podría tocar este tema con competencia. Otros se han encargado de ello; me remito a sus elogios. Me incumben únicamente las cuestiones psicológicas; éstas son las que —de manera particular y casi exclusiva— quiero tratar aquí. Si toco de pasada las cuestiones sociales, siempre las enfocaré desde el punto de vista psicológico.

Con la edad, mi curiosidad por los paisajes, por hermosos que sean, disminuye considerablemente; mientras va creciendo mi curiosidad por los hombres. En la U.R.S.S. el pueblo es admirable; el de Georgia, de Kajetia, de Abjazia, de Ucrania (sólo hablo de lo que he visto), y más aún, para mi gusto, el de Leningrado y de Crimea.

He asistido a las fiestas de la juventud de Moscú, en la Plaza Roja. Los edificios que se alzan frente al Kremlin disimulan su fealdad bajo una máscara de banderolas y de vegetación. Todo era espléndido, incluso (me apresuro a decirlo ahora, ya que no podré hacerlo siempre) de un gusto perfecto. Llegada del norte y del sur, del este y del oeste, desfilaba una juventud admirable. Horas duró el desfile. No me imaginaba un espectáculo tan magnífico. Claro que esos seres perfectos habían sido entrenados, preparados, seleccionados entre todos; pero ¿cómo no dejar de admirar un país y un régimen capaces de producirlos?

Había visto la Plaza Roja, unos días antes, cuando los funerales de Gorki. Había visto ese mismo pueblo, el mismo y sin embargo tan distinto, mucho más parecido, me imagino, al pueblo ruso de los tiempos de los zares; lo había visto desfilar larga, interminablemente, en la gran Sala de las Columnas, ante el catafalco. No eran entonces los más hermosos, los más fuertes, los más alegres representantes de los pueblos soviéticos, sino una muchedumbre anónima, dolorida, con mujeres, niños sobre todo, algunos ancianos, casi todos mal vestidos y de aspecto a veces muy miserable. Un desfile silencioso, tétrico, recogido, que parecía salir del pasado y que, en orden perfecto, duró sin duda mucho más que el otro, que el desfile glorioso. Yo mismo me quedé mucho tiempo contemplándolo.¿Qué era Gorki para toda esa gente? No lo sabría decir: ¿un maestro?, ¿un compañero?, ¿un hermano?… Era, en todo caso, un hombre muerto. Y en todos los rostros, incluso en el de los niños más pequeños, se leía una especie de estupor entristecido, pero también, y sobre todo, una fuerza de radiante simpatía. Ya no se trataba en este caso de belleza física, sino de algo más admirable aún que la belleza y que mucha de la pobre gente que yo veía pasar ofrecía a mi mirada; ¡a cuántos de ellos hubiera querido estrechar sobre mi

corazón!

Tanto es así que en ningún país como en la U.R.S.S. se produce con esa facilidad el contacto con todos y cada uno, un contacto inmediato, profundo, caluroso. Se entretejen en seguida —a veces basta una mirada— vínculos de violenta simpatía. Desde luego, no creo que en ninguna parte como en la U.R.S.S., uno pueda experimentar tan honda y fuertemente el sentido de la humanidad. A pesar de las diferencias de idioma, jamás aún y en ningún lugar, me había sentido con igual frecuencia compañero y hermano: cambiaría los pasajes más hermosos por este sentimiento.

Hablaré de los paisajes sin embargo; pero antes contaré nuestro primer contacto con un grupo de la Juventud comunista, el *Komsomol*.

Íbamos en el tren que nos llevaba de Moscú a Ordzhonikidze (el antaño Vladikavkaz). El trayecto es largo. En nombre de la Unión de los Escritores Soviéticos, Mijail Koltsov había puesto a nuestra disposición un vagón especial, muy confortable. Inesperadamente nos encontrábamos muy bien instalados los seis: Jef Last, Guilloux, Herbart, Schiffrin, Dabit y yo; junto con nuestra intérprete-compañera, la fiel camarada Bola. Además de nuestros compartimientos con literas, disponíamos de un salón en donde nos servían las comidas. Mejor, imposible. Lo que ya no nos gustaba tanto era que no podíamos comunicar con el resto del tren. En las primeras paradas, habíamos bajado al andén para comprobar que en el vagón vecino teníamos una compañía particularmente amena. Era un grupo de *Komsomoles* de vacaciones que se dirigía al Cáucaso con la esperanza de escalar el monte Kazbek. Por fin conseguimos que abrieran las puertas de separación y, un rato más tarde, entramos en contacto con nuestros encantadores vecinos. Yo había traído de París un sinnúmero de pequeños juegos de destreza, muy distintos de los que se conocen en la U.R.S.S. Me sirven a veces para entrar en relación con aquellos cuyo idioma no entiendo. Esos juegos fueron pasando de mano en mano. Chicos y chicas se ejercitaron y no pararon hasta conseguir vencer las dificultades propuestas. “Un *Komsomol* nunca se da por vencido”, nos decían riendo. Su vagón era muy estrecho; hacía particularmente calor ese día; todos amontonados unos juntos a otros, el aire era asfixiante; estábamos encantados.

He de añadir que para muchos de ellos, yo no era un desconocido. Algunos habían leído libros míos (en general, *El viaje al Congo*); además, después de mi discurso en la Plaza Roja con motivo de los funerales de Gorki, todos los periódicos habían publicado mi retrato, así que me habían conocido en seguida y parecían extremadamente sensibles a la atención que yo les demostraba; pero no más de lo que pudiera estarlo yo ante las manifestaciones de su simpatía. Pronto se entabló una gran discusión. Jef Last, quien entiende muy bien el ruso y lo habla, nos explicó que estaban encantados con los pequeños juegos que yo había introducido, pero se preguntaban si le correspondía al propio André Gide divertirse con éstos. Jef Last

tuvo que argumentar que esta pequeña diversión le servía para descansar los sesos. Un verdadero *Komsomol*, en efecto, siempre pendiente del servicio, juzga todo por su utilidad. Todo ello sin pedantería, por cierto, y la discusión misma, que entrecortaban las risas, era un juego. Ya que se respiraba mal en su vagón, invitamos a una decena de ellos a que pasaran al nuestro; ahí la velada se prolongó en medio de canciones y hasta de los bailes populares que permitía la dimensión del salón. Esta velada quedará para mis compañeros y para mí como uno de los mejores recuerdos del viaje. Y nos preguntábamos si en algún otro país se puede llegar a conocer una cordialidad tan repentina y natural, si en algún otro país la juventud es así de encantadora.

He dicho que me interesaba menos por los paisajes…[8] Hubiera querido, sin embargo, describir los admirables bosques del Cáucaso, el que está en la entrada de Kajetia, el que crece alrededor de Batumi, y sobre todo el de Bakuriani encima de Borzhomi; no conocía, no me imagino, bosques más hermosos: allí, ningún monte tallar esconde los troncos de los altos árboles; bosques interrumpidos por misteriosos claros en donde cae la noche antes de acabar el día, y en donde uno se imagina a Pulgarcito perdiéndose. Habíamos cruzado ese maravilloso bosque camino de un lago de montaña y nos hicieron el honor de decirnos que jamás aún ningún extranjero había pisado esos parajes. No necesitaba saberlo para que el lugar me pareciera admirable. Me hubiera gustado describir ese extraño pueblecito (Tabatskuri) en las orillas sin árboles del lago que permanecía nueve meses del año bajo la nieve… ¡Ojalá hubiera venido como simple turista! O como un naturalista al que le hubiera encantado descubrir allí multitud de plantas nuevas, reconocer en las altas mesetas la “escabiosa del Cáucaso” de mi jardín… Pero no es eso lo que he venido a buscar a la U.R.S.S. Lo que me importa en este país es el hombre, los hombres, lo que se puede hacer con ellos y lo que se hace. El bosque que me atrae, terriblemente tupido y en el que me pierdo, es el bosque de las cuestiones sociales. En la U.R.S.S., estas cuestiones le solicitan a uno, le acucian, le oprimen por doquier.

II.

En Leningrado, he visto poco de los barrios nuevos. Lo que admiro en Leningrado, es San Petersburgo. No conozco ciudad más bella, ni más armoniosa unión entre la piedra, el agua y el metal. Cúpulas de cobre y flechas de oro. Pareciera soñada por Pushkin o por Baudelaire. A veces, recuerda también pinturas de Chirico. Sus monumentos tienen proporciones perfectas, como los temas en una sinfonía de Mozart. “Todo allí no es sino orden y belleza”. En Leningrado, el espíritu se mueve sin trabas y gozoso.

No me veo con ánimos para hablar del prodigioso museo del Ermitage; todo lo que pudiera decir me parecería insuficiente. Quisiera, sin embargo, celebrar de paso el inteligente cuidado que ha agrupado alrededor de un cuadro —siempre que era posible— todos los datos ilustrativos acerca de un mismo maestro: estudios, bosquejos, croquis, para informarnos y explicar la lenta formación de la obra.

Al volver de Leningrado, resulta más impresionante todavía el desgaire de Moscú. Ejerce también su acción oprimente y deprimente sobre el espíritu. Los edificios, salvo raras excepciones, son feos (no sólo los más modernos), y no mantienen congruencia alguna unos con otros. Ya sé que Moscú se está transformando mes tras mes; es una ciudad en formación; todo lo atestigua y por doquier se respira el porvenir. Pero me temo que se haya empezado mal. Desmantelan, derriban, excavan, suprimen, reconstruyen, y todo ello como al azar. Aun así Moscú sigue siendo, pese a su fealdad, una ciudad de lo más entrañable: vive poderosamente. Dejemos de mirar las cosas; lo que me interesa aquí es la gente.

Durante los meses de verano casi todo el mundo va de blanco. Cada uno se parece a todos. En ninguna parte como en las calles de Moscú resulta tan sensible el efecto de la nivelación social: una sociedad sin clases, en la que cada miembro parece tener las mismas necesidades. Exagero apenas. Una extraordinaria uniformidad domina la vestimenta; probablemente aparecería también en los espíritus, si tan sólo fuera posible verlos. De ahí también que cada uno es y parece alegre. (Han carecido de todo durante tanto tiempo que se alegran por poca cosa. Cuando el vecino no goza de más, uno se conforma con lo que tiene.) Únicamente un examen detenido hace aparecer las diferencias. A simple vista el individuo se funde aquí con la masa y está tan poco particularizado que pareciera conveniente, para hablar de la gente, utilizar un partitivo y en lugar: de los hombres, decir: del hombre.

En esa muchedumbre me zambullo; tomo un baño de humanidad.

¿Qué hace esta gente, delante de esta tienda? Hace cola; una cola que llega hasta la calle siguiente. Hay aquí entre dos y trescientas personas, muy tranquilas, pacientes, expectantes. Todavía es muy temprano; la tienda no ha abierto sus puertas. Tres cuartos de hora más tarde, vuelvo a pasar: la misma muchedumbre aún sigue ahí. Me extraño: ¿de qué sirve llegar antes?, ¿qué se consigue con eso?

—¿Cómo que qué se consigue?… Los primeros son los únicos servidos.

Me explican entonces que los periódicos han anunciado una importante llegada de… no sé qué (me parece que ese día se trataba de cojines). Tal vez hay cuatrocientos o quinientos objetos, para los cuales se presentarán ochocientos, mil o mil quinientos aspirantes. Mucho antes de la noche, no quedará ni uno. Tan grandes son las necesidades y tan numeroso el público que la demanda, por largo tiempo aún, superará la oferta y la superará con creces. No se consigue dar abasto.

Unas horas más tarde, entro en la tienda. Es enorme. Dentro reina un barullo increíble. Los vendedores sin embargo no pierden la cabeza pues a su alrededor, ni el más mínimo signo de impaciencia; cada cual espera su turno, sentado o de pie, a veces con un niño en brazos, sin número de orden y, no obstante, sin ningún desorden. Pasarán aquí, si conviene, la mañana, el día; en una atmósfera que para el que llega de fuera parece irrespirable; al rato, uno se acostumbra, como se acostumbra a todo. Iba a escribir: se resigna. Pero el ruso es mucho mejor que resignado: diríase que le gusta esperar, y hacer esperar a su gusto.

Abriéndome paso entre la multitud o llevado por ella, visité la tienda de arriba abajo, de punta a punta. Las mercancías son, con muy pocas salvedades, repelentes. Hasta se podría pensar que para refrenar los apetitos, telas, objetos, etc., han sido despojados de todo el atractivo posible a fin de que la gente compre no por apetencia sino por apremio de la necesidad. Hubiera querido llevar unos recuerdos a algunos amigos; todo es horroroso. Me explican que sin embargo, desde hace unos meses, se ha intentado hacer un gran esfuerzo, un esfuerzo por la calidad; así que, buscando bien y dedicándole el tiempo necesario, se consigue descubrir aquí y allá productos recientes muy amenos que tranquilizan respecto al porvenir. Ahora bien, antes de ocuparse de la calidad, la cantidad ha de ser suficiente; no lo era durante mucho tiempo y ahora apenas si se consigue por fin. Los pueblos de la U.R.S.S., además, parecen prendarse de todas las novedades que se les ofrece, incluso de aquellas que nosotros, occidentales, consideramos feas. La intensificación de la producción pronto permitirá, espero, seleccionar, elegir, conservar lo mejor y eliminar los productos de calidad inferior.

Este esfuerzo por la calidad pone énfasis en los alimentos. Aún queda mucho por hacer en este ámbito. Sin embargo, cuando lamentamos la mala calidad de ciertos productos, Jef Last, quien va ya por su cuarto viaje a la U.R.S.S. y cuya última estancia se remonta a dos años, se queda en cambio maravillado ante los prodigiosos adelantos recién llevados a cabo. La verdura y la fruta, en particular, si no malas, siguen siendo mediocres con contadas salvedades. Aquí, como en todas partes, lo exquisito queda postergado por lo ordinario, esto es lo más abundante. Melones en cantidad prodigiosa, pero sin sabor. Aquí no tiene vigencia el impertinente refrán persa que sólo oí citar, y citaré, en inglés: “*Women for duty, boys for pleasure, melons for delight*”. El vino suele ser bueno (recuerdo, en particular, cosechas exquisitas de Tznandali, en Kajetia); la cerveza regular. Algunos pescados ahumados (en Leningrado) resultan excelentes pero no resisten el transporte.

Mientras escaseara lo necesario, no podía ser razonable ocuparse de lo superfluo. Demasiados apetitos quedaban aún por saciar en la U.R.S.S. para que se pudiera atender mejor, o antes, a lo apetecible.

El gusto, por otra parte, se afina únicamente si se puede comparar; y nada había para elegir. Ningún "Fulanito viste mejor". Aquí no queda más remedio que preferir lo que a uno le ofrecen: se toma o se deja. Desde el momento en que el Estado es a la vez fabricante, comprador y vendedor, el aumento de la calidad permanece supeditado al progreso de la cultura.

Pienso entonces (pese a mi anticapitalismo) en todos aquellos en nuestro país que, desde el gran industrial hasta el pequeño comerciante, se desviven y se las ingenian para dar con aquello que halagaría el gusto del público. ¡Con qué sutil astucia intenta cada uno descubrir el refinamiento que le permitirá suplantar a un rival! Nada de eso le importa al Estado: el Estado no tiene rival. ¿La calidad? —"Para qué, si no hay competencia", se nos dijo. De esta manera excesivamente fácil explican la mala calidad de todo, en la U.R.S.S., así como la ausencia de gusto en el público. Y aun teniendo "gusto", no podría satisfacerlo. No, el progreso ya no depende en este caso de una rivalidad sino de una exigencia por venir, progresivamente desarrollada por la cultura. En Francia, las cosas irían probablemente más rápido, pues la exigencia ya existe.

Con todo, un interrogante subsiste: cada Estado soviético tenía su arte popular; ¿qué ha sido de él? Una importante tendencia igualitaria se negó durante mucho tiempo a tomarlo en consideración. Pero estos artes regionales vuelven a ser apreciados; ahora los protegen, los restauran, y parece que entienden su irremplazable valor. ¿No sería tarea de una dirección inteligente volver a apropiarse antiguos modelos, para imprimir telas por ejemplo, e imponerlos, al menos ofrecerlos, al público? Nada tan tontamente burgués, pequeño burgués, como las producciones de hoy en día. El muestrario que exhiben los escaparates de las tiendas es consternante. En cambio, las telas de antaño, estarcidas, eran muy hermosas. Y era arte popular; pero era artesanía.

Vuelvo al pueblo de Moscú. Su extraordinaria indolencia es lo primero que llama la atención. Pereza sería tal vez demasiado… Pero el "estajanovismo" ha representado una maravillosa invención para sacudir la desidia (en otros tiempos, tenían el látigo, el *knut*). El estajanovismo resultaría inútil en un país en donde los obreros trabajasen. Pero allí, en cuanto no se está sobre ellos, la gente en su mayoría se relaja. Hasta parece increíble que, pese a ello, se llegue a hacer todo. A costa de qué esfuerzo de los dirigentes, esa es la incógnita. Para medir realmente la enormidad de tal esfuerzo, conviene previamente haber tenido la oportunidad de apreciar el bajo "rendimiento" natural del pueblo ruso.

En una de las fábricas que visitamos y que funciona perfectamente (yo no entiendo nada de eso; admiro, confiado, las máquinas; pero me quedo totalmente

extasiado ante el comedor, el club de los obreros, sus viviendas, todo lo que se ha hecho para su bienestar, su educación, su placer), me presentan un estajanovista cuyo enorme retrato había colgado en la pared. Ha conseguido, me dicen, hacer en cinco horas el trabajo de ocho días (a no ser en ocho horas, el trabajo de cinco días; ya no sé). Me atrevo a preguntar si eso no equivale a decir que antes tardaba ocho días en hacer el trabajo de cinco horas. Pero mi pregunta cae bastante mal y prefieren no contestarme.

Me han contado que una cuadrilla de mineros franceses, de viaje por la U.R.S.S. y durante la visita de una mina, solicitó, por compañerismo, relevar a una cuadrilla de mineros soviéticos; al rato, sin deslomarse demasiado ni sospecharlo, se encontraron haciendo estajanovismo.

Acaba preguntándose uno cuánto no daría de sí el régimen soviético, con el temperamento francés, el celo, la conciencia y la educación de nuestros trabajadores.

No sería justo tan grisáceo cuadro si, además de los estajanovistas, no le añadiera toda una juventud ferviente, *keen at work*, fermento alegre y capaz de hacer levantar la masa.

Esta inercia de la gente me parece que ha sido, y sigue siendo, uno de los elementos más importantes, más graves, del problema que tenía que resolver Stalin. De ahí, los “obreros de choque” (*Udarniki*), de ahí, el estajanovismo. Esto explica también el restablecimiento de la desigualdad de los salarios.

Visitamos en las proximidades de Sujumi un koljós modelo. Tiene seis años de existencia. Después de vegetar penosamente los primeros tiempos, es hoy día uno de los más prósperos. Le llaman el “millonario”. Todo en él respira la felicidad. Este koljós se extiende sobre un amplísimo espacio. Con la ayuda del clima la vegetación crece frondosa. Pintoresca y encantadora, cada vivienda, construida con madera, se alza sobre zancas que la alejan del suelo; la rodea un jardín bastante grande, lleno de árboles frutales, de hortalizas, de flores. Este koljós pudo realizar, el año pasado, beneficios extraordinarios que han permitido acumular importantes reservas y hacer subir a dieciséis rublos cincuenta la tasa de la jornada de trabajo. ¿Cómo se fija esa cifra? Exactamente gracias al mismo cálculo que, de ser el koljós una empresa agrícola capitalista, dictaría el importe de los dividendos por distribuir entre los accionistas. Algo irreversible, en efecto, ha sido conquistado: ya no existe en la U.R.S.S. la explotación de una mayoría en beneficio de unos cuantos. Es enorme. Aquí ya no hay accionistas; son los propios obreros (los del koljós, claro) los que se reparten los beneficios, sin ninguna contribución al Estado.[9] El cuadro sería perfecto si no existieran otros koljoses, pobres éstos, y que van tirando a duras penas. Si he entendido bien, cada koljós en efecto tiene su autonomía, y ni hablar de ayuda mutua. ¿Tal vez me equivoco? ¡Ojalá me haya equivocado![10]

He visitado viviendas de ese koljós tan próspero…[11] Quisiera expresar la extraña y afligente impresión que emana de cada uno de esos “interiores”: la de una despersonalización total. En cada uno de ellos idénticos muebles feos, idéntico retrato

de Stalin, y absolutamente nada más; ni el más mínimo asomo de objeto, de recuerdo personal. Cada casa es intercambiable; hasta tal extremo que los koljosianos, diríase que también ellos intercambiables, podrían mudarse de una a otra sin darse cuenta siquiera.[12] ¡Claro que la felicidad se consigue así más fácilmente! Otra razón, podrían decirme, es que el koljosiano comparte todos sus ratos de ocio. Su habitación se ha convertido en una simple morada para dormir; todo el interés de su vida se ha desplazado hacia el club, hacia el parque de cultura, hacia todos los lugares de reunión. ¿Qué más se puede desear? La felicidad de todos no se alcanza sino por la desindividualización de cada uno. La felicidad de todos no se alcanza sino a expensas de cada uno. Para ser felices, confórmense.

III.

En la U.R.S.S., se admite por anticipado y una vez para siempre que, en todo y sobre cualquier tema, no puede haber más de una opinión. El espíritu de la gente, además, está moldeado de tal suerte que su conformismo le resulta fácil, natural, insensible, hasta el extremo —a mi modo de ver— que no encierra hipocresía. ¿Es ésta la gente que hizo la revolución? No; ésta es la que se beneficia de ella. Cada mañana, *Pravda* los alecciona sobre lo que es oportuno saber, pensar, creer. ¡Y no es recomendable salirse de ahí! De resultas, siempre que se habla con un ruso, es como si se hablara con todos. No porque cada uno obedezca de manera precisa una consigna, sino porque todo está dispuesto de modo tal que nadie pueda diferenciarse. No olvidemos que este moldeamiento del espíritu empieza desde la más tierna infancia… De ahí, increíbles consensos que a ti, extranjero, te extrañan a veces, y ciertas posibilidades de felicidad que te sorprenden más aún.

Te compadeces de ellos por hacer cola durante horas; ellos, en cambio, encuentran tan natural esperar. El pan, la verdura, la fruta te parecen malos; pero no hay otros. Esas telas, esos objetos que te presentan, tú los encuentras feos; pero no hay donde escoger. Sin más posibilidad de comparación que un pasado poco añorable, te conformarás gozoso con lo que te ofrecen. Lo importante aquí es convencer a la gente de que es todo lo feliz que se puede ser, en espera de días mejores; convencerla de que los demás, en el resto del mundo, no son tan felices. El único camino, para ello, es impedir cuidadosamente cualquier comunicación con el exterior (me refiero a lo que está más allá de las fronteras). Con lo cual, en igualdad, o incluso en sensible inferioridad, de condiciones de vida, el obrero ruso se considera feliz, *es* más feliz, mucho más feliz que el obrero de Francia. Su felicidad está hecha de esperanza, de confianza y de ignorancia.

Me resulta extremadamente difícil ordenar estas reflexiones, tan imbricados y superpuestos están aquí los problemas. Yo no soy un técnico y es la repercusión de los problemas económicos lo que me interesa. Entiendo perfectamente, desde un enfoque psicológico, la importancia de actuar en el aislamiento, de dar opacidad a las fronteras: mientras no cambien y mejoren las cosas, es importante para la felicidad de los habitantes de la U.R.S.S. que dicha felicidad quede protegida.

Admiramos en la U.R.S.S. un extraordinario ímpetu hacia la educación, la cultura; pero lo único que enseña esta educación es aquello que puede inducir el espíritu a celebrar el actual estado de cosas y a pensar: *la U.R.S.S.… Ave! Spes unica!* Dicha cultura está toda ella encarrilada en un mismo sentido; no tiene nada de desinteresada; es acumulativa y el espíritu crítico (a pesar del marxismo) está casi por completo ausente en ella. Ya sé: se hace mucha gala allí de la llamada “autocrítica”. De lejos la admiraba y pienso que hubiera podido dar resultados maravillosos, de ser aplicada seria y sinceramente. Pero pronto he acabado entendiendo que, fuera de las

denuncias y de las reprimendas (la sopa del comedor está poco hecha o la sala de lectura del club está mal barrida), esta crítica consiste únicamente en preguntarse si tal o cual cosa está o no está “en la línea”. No es ésta, la línea, lo que se discute. Lo que se discute, es saber si tal obra, tal gesto o tal teoría se ajusta a dicha sacrosanta línea. Y ¡ay de aquel que intentara ir más lejos! Criticar hasta donde marca la línea, todo lo que uno quiera. Cruzarla está prohibido. Hay ejemplos de ello en la historia.

Y nada pone tanto en peligro la cultura como semejante estado de ánimo. Me explicaré más adelante.

El ciudadano soviético vive en una extraordinaria ignorancia del extranjero.[13] Más aún: le han convencido de que todo, en el extranjero, y en todos los campos, iba mucho peor que en la U.R.S.S. Esta ilusión está hábilmente alimentada, pues lo importante es que cada cual, aun sintiéndose poco satisfecho, celebre el régimen que lo resguarda de males peores.

De ahí cierto *complejo de superioridad* del que daré unos ejemplos:

Cada estudiante tiene por obligación estudiar un idioma extranjero. El francés está totalmente abandonado. El inglés, y sobre todo el alemán, éstos son los idiomas que supuestamente conocen. Me sorprende oírlos hablar tan mal; un alumno de segundo año en nuestro país sabe más.

Uno de ellos, al que preguntamos, nos da la explicación siguiente (en ruso, y nos lo traduce Jef Last):

—Unos años atrás, Alemania y los Estados Unidos podían todavía enseñarnos en algunos puntos. Pero hoy en día, ya no nos queda nada por aprender de los extranjeros. ¿De qué sirve entonces hablar su idioma?[14]

Además, si pese a todo les llega a inquietar lo que ocurre en el extranjero, se preocupan mucho más por lo que el extranjero piensa de ellos. El punto importante para ellos es saber si los admiramos bastante. Su temor es que no estemos suficientemente informados sobre sus méritos. Su deseo respecto a nosotros no es tanto que les informemos sino que los felicitemos.

Las encantadoras niñas que se apiñan a mi alrededor en este jardín de infancia (del que, por cierto, sólo se pueden hacer elogios, como de todo lo que se realiza aquí para la juventud), me acosan con preguntas. Lo que tienen curiosidad por saber no es si en Francia disponemos de jardines de infancia, sino al contrario, si sabemos que ellos en la U.R.S.S. tienen jardines de infancia tan hermosos.

Las preguntas que le hacen a uno resultan a veces tan pasmosas que vacilo en reproducirlas. Se podría pensar que me las invento: —Sonríen escépticos cuando digo que París, también, tiene su metro. ¿Tenemos acaso tranvías?, ¿omnibuses?… Uno (ya no se trata de niños, sino de obreros cultos) pregunta si también tenemos escuelas en Francia. Otro, algo mejor informado, se encoge de hombros, escuelas, sí, los franceses las tienen, pero allí pegan a los niños; lo sabe de fuentes fidedignas. Que todos los obreros en nuestro país son muy desgraciados, eso no tiene vuelta de hoja, puesto que aún no hemos “hecho la revolución”. Para ellos, fuera de la U.R.S.S., es la

noche. Excepto algunos capitalistas desvergonzados, el resto del mundo en su totalidad forcejea en las tinieblas.

Jóvenes cultas y muy “distinguidas” (en el campamento de Artek en donde sólo se admite a los fuera de serie) se extrañan mucho cuando al hablar de películas rusas, les digo que *Chapáev* y *Nosotros, los de Cronstad* tuvieron mucho éxito en París. Les habían asegurado sin embargo que todas las películas rusas estaban prohibidas en Francia. Y al ser sus maestros la fuente de semejante afirmación, me percato claramente de que la palabra que estas jóvenes ponen en entredicho es la mía. ¡Los franceses son tan bromistas!

En compañía de unos oficiales de marina, a bordo de un acorazado que acaban de hacerme admirar (“totalmente hecho en la U.R.S.S., que conste”), me atrevo a aventurar que, me temo, no se está tan bien informado en la U.R.S.S. sobre lo que se hace en Francia, como en Francia sobre lo que se hace en la U.R.S.S.; se levanta un murmullo a todas luces desaprobador: “*Pravda* nos informa suficientemente sobre todo.” Y de pronto, se destaca uno del grupo y exclama, lírico: “Para contar todo lo nuevo y hermoso y grande que se está haciendo en la U.R.S.S., no se encontraría bastante papel en el mundo.”

En ese mismo campamento de Artek, paraíso para niños modelos, pequeños prodigios, condecorados, diplomados —con lo cual, prefiero de lejos otros campamentos de pioneros más modestos, menos aristocráticos—, un niño de trece años que, si entendí bien, viene de Alemania pero está ya moldeado por la Unión Soviética, me guía a través del parque cuyas bellezas va ensalzando. Recita:

“Vea: aquí hace poco no había nada… Y, de repente: esta escalera. Y todo es así en la U.R.S.S.: ayer nada; mañana todo. Mire a esos obreros allí, ¡cómo trabajan! Y en todas partes en la U.R.S.S., escuelas y campamentos como éste. Claro, no exactamente tan hermosos, pues este campamento de Artek no tiene igual en el mundo. A Stalin le interesa de modo muy especial. Todos los niños que vienen aquí son notables.

“Escuchará usted dentro de poco a un niño de trece años que se convertirá en el mejor violinista del mundo. Aquí su talento ha sido ya tan apreciado que le han regalado un violín histórico, el de un fabricante de violines de antaño muy célebre.[15]

“Y aquí: ¡Mire esta pared! ¿Diría alguien que ha sido construida en diez días?”

Tan sincero parece el entusiasmo de ese niño que me abstengo de hacerle notar que ese muro de contención, levantado con excesivas prisas, va se está fisurando. No consiente en ver, no puede ver, más que lo que halaga su orgullo, y añade en un arrebato:

“¡Hasta los niños se asombran!”[16]

Estas palabras infantiles (palabras dictadas, aprendidas tal vez) me parecieron tan tópicas que las anoté esa misma noche y las reproduzco aquí íntegramente.

No quisiera sin embargo dar a pensar que Artek no me ha dejado otros recuerdos. Es verdad: ese campamento de niños es maravilloso. En un paraje admirable muy

ingeniosamente acondicionado, Artek se presenta escalonado en terrazas y se acaba en el mar. Todo lo que se ha llegado a imaginar para el bienestar de los niños, para su higiene, su entrenamiento deportivo, su placer, todo está agrupado y ordenado sobre estos escalones y a lo largo de las pendientes. Todos los niños respiran salud, felicidad. Se quedaron muy decepcionados cuando les dijimos que no íbamos a poder permanecer hasta la noche: habían preparado la tradicional hoguera, adornado los árboles del jardín de abajo con banderolas en nuestro honor. Pedí que se adelantaran los diversos festejos, cantos y bailes, previstos para la noche. El camino de vuelta era largo; insistí en volver a Sebastopol antes del anochecer. Y tuve razón, pues fue esa misma noche cuando Eugène Dabit, que me había acompañado, cayó enfermo. Nadie sin embargo lo presagiaba entonces y pudo regocijarse plenamente con el espectáculo que nos ofrecieron esos niños; en particular con el baile de la exquisita pequeña tadzhika que se llama, creo, Tamar: aquella precisamente que se veía abrazada por Stalin en todos los enormes carteles que cubrían las paredes de Moscú. Nada describiría el encanto de ese baile y la gracia de esa niña. “Uno de los recuerdos más exquisitos de la U.R.S.S.”, me decía Dabit; y yo compartía su opinión. Fue su último día de felicidad.

El hotel de Sochi es de lo más ameno y sus jardines muy hermosos; la playa es muy agradable, pero inmediatamente los bañistas quisieran oírnos decir que no tenemos nada comparable en Francia. La educación nos impide contestarles que en Francia lo tenemos mejor, mucho mejor.

No: el hecho admirable aquí es que este semilujo, estas comodidades están a disposición del pueblo —eso suponiendo que los que vienen aquí no son más bien, nuevamente, unos privilegiados. En general se favorece a los más meritorios, pero bajo condición, no obstante, de su conformidad, de su amoldamiento a la “línea”; y son éstos los únicos en beneficiarse de las ventajas.

Lo admirable, en Sochi, es esa abundancia de sanatorios, de casas de descanso, alrededor de la ciudad, con maravillosas instalaciones. Y me parece perfecto que todo eso se haya construido para los trabajadores. Pero, al lado, resulta tanto más doloroso ver a los obreros empleados en la construcción del nuevo teatro, tan mal pagados y apiñados en sórdidos campamentos.

Lo admirable, en Sochi, es Ostrovski. (Véase Apéndice.)

Si el hotel de Sochi ya merecía mis elogios, qué decir del de Sinop, cerca de Sujumi, muy superior y capaz de competir con los mejores, más hermosos y más confortables balnearios extranjeros. Su admirable jardín se remonta al antiguo régimen, pero el propio edificio del hotel es de construcción muy reciente, con instalaciones muy inteligentes y un aspecto tanto exterior como interior de lo más logrado; cada habitación tiene su cuarto de baño y su terraza particular. El mobiliario denota un gusto perfecto; la cocina es excelente, una de las mejores que hayamos probado en la U.R.S.S. El hotel Sinop es uno de esos lugares del mundo en que el hombre se encuentra más cerca de la felicidad.

Al lado del hotel, ha sido creado un sovjós para su abastecimiento. Admiro ahí una caballeriza modelo, un establo modelo, una pocilga modelo, y sobre todo un gigantesco gallinero ultramoderno. Cada gallina lleva en una pata una anilla numerada; su postura está cuidadosamente registrada; para poner sus huevos, cada una dispone de un pequeño nicho particular en donde se la encierra y del que no sale hasta haber puesto. (Y no me explico que con tantos cuidados, los huevos que nos sirven en el hotel no sean mejores.) Añadiré que no se entra en esos locales hasta no haber pisado una alfombra impregnada de sustancia esterilizante para desinfectar los zapatos. El ganado, por su parte, pasa al lado; ¡qué le vamos a hacer!

Si se cruza un riachuelo que deslinda el sovjós, aparece una hilera de chabolas. Allí viven cuatro en una habitación de dos metros cincuenta por dos, alquilada a dos rublos por persona y por mes. La comida, en el restaurante del sovjós, vale dos rublos, un lujo que no se pueden permitir aquellos cuyo salario no pasa de setenta y cinco rublos al mes. Éstos se tienen que conformar, además del pan, con un pescado secado.

No protesto contra la desigualdad de los salarios; reconozco que era necesaria. Pero existen medios para paliar las diferencias de condición; me temo, en cambio, que en lugar de atenuarse estas diferencias vayan acentuándose. Me temo que dentro de poco vuelva a formarse un nuevo tipo de burguesía obrera satisfecha (y, por ende, conservadora, ¡cómo no!) de sobra comparable con la pequeña burguesía nuestra.

Mire adonde mire, veo síntomas que lo presagian.[17]

Desgraciadamente, es innegable además que los instintos burgueses, pusilánimes, entregados a su único placer, indiferentes al interés ajeno, siguen dormitando en el corazón de muchos hombres pese a cualquier revolución (pues no se puede reformar a un hombre sólo por fuera); me preocupa mucho entonces ver que, en la U.R.S.S. de hoy, esos instintos burgueses son ensalzados, alentados por recientes decisiones que reciben en Francia aprobaciones alarmantes. Junto con el restablecimiento de la familia (como “célula social”), de la herencia y del legado, el amor al lucro, a la posesión particular, vuelven a desplazar el deseo de compañerismo, de solidaridad y de vida en común. Tal vez no sea el caso de todo el mundo, pero sí de una gran mayoría. Y ante nuestros ojos, vuelven a formarse capas sociales por no decir clases, una especie de aristocracia; no me refiero a la aristocracia del mérito y del valor personal, sino precisamente a la del pensamiento correcto, del conformismo, la cual en la generación siguiente se convertirá en la aristocracia del dinero.

¿Son exagerados mis temores? Quisiera poder pensarlo. La U.R.S.S., por otro lado, nos ha demostrado la capacidad que tiene de cambiar bruscamente. Ahora bien, para poner fin a este aburguesamiento, alentado y respaldado hoy en día por los dirigentes, mucho me temo que pronto acabará imponiéndose un repentino cambio de timón que puede resultar tan brutal como el que acabó con la N.E.P.

¿Cómo no disgustarse ante el desprecio, o cuando menos la indiferencia, que los

que están y se sienten “del lado bueno” manifiestan hacia los “inferiores”, los criados, [18] los peones, los jornaleros, e iba a decir: los pobres? Ya no existen clases en la U.R.S.S., de acuerdo. Pero hay pobres. Los hay en abundancia; en excesiva abundancia. Yo, en cambio, abrigaba la clara esperanza de que ya no vería pobres, o para ser más exacto: para dejar de verlos es por lo que fui a la U.R.S.S.

Por añadidura, la filantropía ya no se estila, como tampoco la simple caridad.[19] El Estado se encarga de ello. Se encarga de todo y la necesidad de socorrer, claro está, desaparece. Lo cual genera cierta sequedad en las relaciones, por mucha camaradería que haya. Y por supuesto, no se trata aquí de relaciones entre iguales: frente a dichos “inferiores”, el *complejo de superioridad* adquiere toda su fuerza.

Esta mentalidad pequeñoburguesa que, me temo, tiende a desarrollarse allá es, a mi modo de ver, profunda y fundamentalmente contrarrevolucionaria.

Pero lo que hoy se denomina “contrarrevolucionario”, en la U.R.S.S., no es eso en absoluto. Es incluso poco más o menos lo contrario.

El espíritu tachado hoy de “contrarrevolucionario” es aquel mismo espíritu revolucionario, aquel fermento que empezó por hacer saltar los diques semipodridos del viejo mundo zarista. Quisiera uno poder pensar que un rebosante amor hacia los hombres, o al menos una imperiosa necesidad de justicia, llena los corazones. Pero, realizada ya la revolución, triunfante y estabilizada, ni hablar de eso, y los sentimientos de esta índole, que al principio alentaban a los primeros revolucionarios, acaban estorbando y molestando, como lo que ha dejado de ser útil. Me hacen pensar, dichos sentimientos, en esos puntales que permiten levantar un arco, pero que son retirados luego de colocada la clave. Ahora que la revolución ha triunfado, ahora que se está estabilizando y domesticando, ahora que contemporiza, y algunos dirán: se está volviendo formal, los hombres que el fermento revolucionario sigue alentando y que tienen por compromisos estas sucesivas concesiones, estos hombres ahora molestan y son vilipendiados, eliminados. ¿No sería preferible, entonces, en lugar de jugar con las palabras, reconocer que ya no se estila, que ya sobra el espíritu revolucionario (y hasta el mero espíritu crítico)? Lo que se pide hoy en día es la aceptación, el conformismo. Lo que se pretende y exige es una aprobación de todo lo que se está haciendo en la U.R.S.S.; lo que se intenta alcanzar es que esta aprobación no sea resignada, sino sincera y hasta entusiasta. Lo más asombroso es que se consigue tal cosa. Por otra parte, la mínima protesta, la mínima crítica, ya expuesta a las penas mayores, se ve además inmediatamente ahogada. Y dudo que en ningún otro país hoy por hoy, ni siquiera en la Alemania de Hitler, exista espíritu menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado.

IV.

En la refinería de petróleo, en las cercanías de Sujumi, en donde todo parece notable: el comedor, las viviendas de los obreros, su club (en cuanto a la fábrica, como no entiendo nada, la voy admirando, confiado), nos acercamos al "Periódico mural", colgado como de costumbre en una sala del club. No nos da tiempo de leer todos los artículos pero nos extraña que en la sección "Socorro Rojo", destinada en principio a todas las informaciones extranjeras, no aparezca ninguna alusión a España cuyas recientes noticias no dejan de preocuparnos. No disimulamos nuestra sorpresa un tanto apenada. De resultas, sigue cierto malestar. Nos agradecen la observación: por supuesto, no dejarán de tenerla en cuenta.

Aquella misma noche: banquete. Un sinfín de brindis como de costumbre. Después de beber a la salud de todos y cada uno de los comensales, Jef Last se levanta y propone, en ruso, brindar por el triunfo del Frente rojo español. Siguen calurosos aplausos, aunque percibimos cierto malestar; y en seguida, cual réplica: brindis a Stalin. Llegado mi turno, levanto mi vaso por los presos políticos en Alemania, Yugoslavia, Hungría… Los aplausos, esta vez, son francamente entusiastas; chocamos los vasos, bebemos. Acto seguido, brindis por Stalin otra vez. La clave de estas reacciones está en que frente a las víctimas del fascismo, en Alemania y en otras partes, la actitud a adoptar era sabida. En relación con los disturbios y la lucha en España, en cambio, la opinión general y particular estaba a la espera de las directrices de *Pravda*, que aún no se había pronunciado. Nadie se atrevía a aventurarse antes de saber qué convenía pensar. Sólo pasados unos días (habíamos llegado a Sebastopol), empezó a inundar los periódicos una inmensa ola de simpatía, iniciada en la Plaza Roja, y por doquier se organizaron suscripciones voluntarias para ayudar a los republicanos.

En la oficina de esa fábrica, nos había llamado la atención un gran retrato simbólico; se veía, en el centro, a Stalin hablando y, distribuidos a ambos lados, a los miembros del gobierno aplaudiendo.

La efigie de Stalin se encuentra en todas partes, su nombre está en todas las bocas, no hay discurso que no lo mencione. En Georgia especialmente, no he conseguido entrar en una habitación ocupada, por humilde, por sórdida que fuera, sin advertir un retrato de Stalin colgado en la pared, en el lugar donde probablemente se encontraba antes el icono. Adoración, amor o recelo, ignoro qué será; siempre y por todas partes está presente.

Camino de Tbilisi a Batumi, pasamos por Gori, la pequeña ciudad en donde nació Stalin. Se me ocurrió que probablemente sería un gesto de cortesía enviarle un mensaje, respondiendo al recibimiento de la U.R.S.S. en donde, por todos lados, nos

han aclamado, festejado, atendido. Jamás se me volvería a presentar mejor ocasión. Hago parar el coche delante de correos y entrego el texto de un despacho. Dice más o menos lo siguiente: “Al pasar por Gori en el transcurso de nuestro maravilloso viaje, siento la cordial necesidad de dirigirle a usted…” Pero aquí, el traductor se detiene: no puedo hablar de esta forma. No basta con el “usted” cuando dicho “usted” es Stalin. No sería correcto. Conviene añadirle algo. Pero al ver que manifiesto cierto estupor, se entabla una consulta. Me proponen: “Usted, jefe de los trabajadores”, o “padre de los pueblos” o… ya no sé qué más.[20] Lo encuentro absurdo; protesto que Stalin está por encima de tales zalamerías. Forcejeo en vano. No hay nada que hacer. Mi despacho será aceptado sólo si acepto el añadido. Y puesto que se trata de una traducción que me veo incapaz de controlar, me rindo por desgaste, no sin rehusar toda la responsabilidad y pensar, entristecido, que todo esto contribuye a interponer entre Stalin y el pueblo una tremenda, una infranqueable distancia. Como, por otro lado, ya había podido constatar retoques y “puntualizaciones” similares en las traducciones de diversos discursos[21] que había tenido ocasión de pronunciar en la U.R.S.S., me apresuré a declarar que no reconocería ningún texto mío publicado en ruso durante mi estancia[22] y que lo diría. Ya está hecho.

Quiero pensar, claro, que no hay en esas leves alteraciones, a menudo involuntarias, ninguna malignidad: más bien al contrario, el deseo de ayudar a alguien que no está al corriente de las costumbres y que sin duda no desea otra cosa que someterse a éstas, conformando de acuerdo con ellas sus expresiones y pensamientos.

Stalin demuestra, en el establecimiento del primero y del segundo plan quinquenal, una sabiduría tal, una flexibilidad tan inteligente en las sucesivas modificaciones que ha considerado oportuno introducir, que uno acaba peguntándose si mayor constancia era posible, si no se imponía realmente ese progresivo desprendimiento de la línea original, ese alejamiento del leninismo; si un ahínco mayor no le exigía al pueblo un esfuerzo sobrehumano. Sea como sea, desengaño hay. De no ser Stalin, entonces es el hombre, el ser humano, el que decepciona. Aquello que intentábamos, que anhelábamos, que creíamos a punto de conseguir, después de tantas luchas, de tanta sangre derramada, de tantas lágrimas, ¿estaba pues “por encima de las fuerzas humanas”? ¿Tenemos que seguir a la expectativa, abandonar o diferir las esperanzas? He aquí lo que la gente en la U.R.S.S. se pregunta angustiada. El mero asomo de este interrogante ya es excesivo.

Tantos meses de esfuerzos, tantos años han pasado, que uno tiene derecho a preguntarse: ¿podrán por fin levantar un poco la cabeza? —Nunca las frentes han estado más doblegadas.

De lo que no cabe duda es de que hay divergencia respecto al ideal primitivo. Sin embargo, ¿tiene que llevarnos esta constatación a poner en tela de juicio la posibilidad inmediata de lo que perseguíamos en un principio? ¿Nos encontramos

ante un fracaso o ante el oportuno e indiscutible acomodamiento a dificultades imprevistas?

¿Acarrea fatalmente una *degradación* este deslizamiento de la "mística" a la "política"? Ya no se trata aquí de teoría, en efecto; estamos en el terreno de la práctica; hay que contar con el *menschliches, allzumenschliches* —y con el enemigo.

Múltiples resoluciones de Stalin —últimamente casi todas están tomadas en función de Alemania y dictadas por el miedo que ésta genera. La progresiva restauración de la familia, de la propiedad privada, de la herencia hallan una explicación válida: es importante comunicar al ciudadano soviético el sentimiento de que tiene algún bien personal que defender. Pero por este camino, paso a paso, el impulso original se va quedando adormecido, se va perdiendo, y la vista deja de fijarse hacia delante. Habrá quien me diga que era necesario, urgente, porque un ataque por el flanco puede echar a perder la empresa. Pero con un acomodamiento tras otro se acaba comprometiendo la empresa.

Otro temor recorre la U.R.S.S., el del "trotskismo" y del actualmente llamado: *espíritu contrarrevolucionario*. Hay hombres en efecto que se niegan a pensar que esa transigencia fuese necesaria; consideran todos esos amoldamientos como otras tantas derrotas. Tal vez la desviación de las primeras directrices tenga sus explicaciones, sus excusas: pero a ellos lo único que les importa es la desviación en sí. Hoy día, sin embargo, el espíritu de sumisión, el conformismo, eso es lo que se exige. Serán tachados de "trotskistas" todos aquellos que no se dan por satisfechos. Tanto es así que uno acaba preguntándose qué ocurriría si resucitara hoy el propio Lenin…

Afirmar que Stalin tiene razón en todo, equivale a decir que Stalin acaba con todo.

Dictadura del proletariado, nos prometían. Nada más lejos de la realidad. Sí: dictadura, por supuesto; pero la de un hombre, no ya la de los proletarios unidos, de los Soviets. Es capital no dejarse ilusionar, y no hay más salida que reconocer muy claramente: no es esto lo que queríamos. Un poco más, y hasta diremos: es exactamente esto lo que no queríamos.

Suprimir la oposición en un Estado, o incluso sencillamente impedir que se exprese, que actúe, es algo gravísimo: la invitación al terrorismo. No cabe duda de que si todos los ciudadanos de un Estado pensaran lo mismo resultaría más cómodo para los gobernantes. Ahora bien, ¿quién, ante semejante empobrecimiento, se atrevería aún a hablar de "cultura"? Sin contrapeso, ¿cómo no iba a caer el espíritu en un sentido único? Es dar prueba de gran sabiduría, considero yo, el escuchar a los partidos contrarios; cuidarlos incluso si es preciso, a la vez que se les impide hacer daño: luchar contra ellos, pero no suprimirlos. Suprimir la oposición… es una suerte probablemente que Stalin no lo consiga del todo.

“La humanidad no es sencilla, hay que hacerse a la idea; cualquier intento de simplificación, de unificación, de reducción desde afuera siempre resultará odioso y contraproducente, siempre será una farsa grotesca. Pues lo que fastidia a Athalie es que siempre es Eliacín quien escapa, lo que fastidia a Herodes es que siempre es la Santa Familia” —escribía yo en *Nouveaux prétextes*, en 1910.

V.

Escribía antes de ir a la U.R.S.S.:

Creo que el valor de un escritor está ligado a la fuerza revolucionaria que lo anima, o mejor dicho (no soy tan loco en efecto como para atribuir valor artístico únicamente a escritores de izquierda): a su fuerza de oposición. Esta fuerza se encuentra tanto en Bossuet, Chateaubriand o, actualmente, en Claudel, como en Molière, Voltaire, Hugo y muchos más. En una sociedad como la nuestra, un gran escritor, un gran artista, es esencialmente anticonformista. Avanza a contracorriente. Era verdad en el caso de Dante, de Cervantes, de Ibsen, de Gógol… Parece que deja de serlo en el caso de Shakespeare y sus contemporáneos para los que John Addington Symonds encontró las palabras justas: *What made the playwrights of that epoch so great… was that they (the authors) lived and wrote in fullest sympathy with the whole people*.[23] Probablemente no era cierto para Sófocles y desde luego no para Homero, del que pensábamos que prestaba su voz a la misma Grecia. Tal vez deje de ser verdad, el día en que… Esta inquietud precisamente es la que carga de angustiado interrogante la mirada que dirigimos hacia la U.R.S.S.: ¿permitirá el triunfo de la revolución que sus artistas se dejen llevar por la corriente? Pues cabe preguntarse qué pasará si el Estado social transformado deja al artista sin ningún motivo de protesta. ¿Qué hará el artista si ya no tiene que pronunciarse en contra, si sólo le queda dejarse llevar? Acaso mientras dure la lucha y hasta consolidar perfectamente la victoria, el artista podrá plasmar esa lucha en su obra y, al ser partícipe en el combate, contribuir al triunfo. Pero después…

Éstas eran mis inquietudes de ir a la U.R.S.S.

—Sabe, me explicó N., eso ya no era en absoluto lo que reclamaba el público; no es eso para nada lo que queremos hoy en día. Él había representado un ballet muy notable y que llamó mucho la atención. (“Él” era Shostakovich, del que yo había oído unos elogios de los que sólo se reservan para los genios.) Ahora bien, ¿qué quiere usted que haga el pueblo con una ópera que no le permite, a la salida, tararear el aire? (¡Cómo! ¡Con ésas estaban! Sin embargo, N., a su vez artista, y muy culto, no había hecho hasta el momento más que observaciones inteligentes.)

“Lo que nos hace falta ahora, son obras que todo el mundo pueda entender, y a la primera. Si Shostakovich no se percata de ello por sí solo, la gente se lo hará notar de sobra dejando de escucharlo.”

Repliqué que obras entre las más hermosas, y otras incluso que se vuelven las más populares, no han podido ser apreciadas al principio sino por un ínfimo número de gente; que el propio Beethoven… Mire, le dije, mostrándole un libro que precisamente llevaba conmigo, lea esto:

In Berlin gab ich auch (está hablando Beethoven), *vor mehreren Jahren ein Konzert, ich griff mich an und glaubte, was Reicht's zu leisten, und hoffte auf einen*

tüchtigen Beifall; aber siehe da, als ich meine höchste Begeisterung ausgesprochen hatte, kein geringstes Zeichen des Beifalls ertönte.[24]

N. reconoció que en la U.R.S.S. le hubiera costado muchísimo a un Beethoven recuperarse de semejante fracaso. “Mire, prosiguió, en nuestro país, la primera obligación de un artista es la de estar en la línea. De lo contrario, sus dotes más hermosas serán tildadas de ‘formalismo’. Pues sí, es la palabra que hemos acuñado para designar todo aquello que nos tiene sin cuidado ver u oír. Aspiramos a crear un arte nuevo, digno del gran pueblo que somos. El arte de hoy ha de ser popular, o no ser.”

—Todos vuestros artistas se verán reducidos al conformismo, le contesté, y acabaréis acallando a los mejores, a los que no consentirán que su arte caiga en la vileza, o simplemente en la sumisión. La cultura que pretendéis servir, encarnar, defender, os condenará al descrédito.

Protestó entonces que yo razonaba con mentalidad de burgués. En cuanto a él, afirmó, no le cabía la menor duda de que el marxismo, que ya había producido cosas tan importantes en tantos otros campos, sabría dar también obras de arte. Agregó que si esas nuevas obras tardaban en surgir era por la importancia que aún se les concedía a las obras de un pasado caduco.

Iba alzando cada vez más la voz; parecía que estuviera dando una clase o recitando una lección. Nuestro diálogo transcurría en el hall del hotel de Sochi. Lo dejé sin contestarle. No obstante, al cabo de unos minutos, vino a reunirse conmigo en mi habitación y, esta vez en voz baja:

—¡Pues claro! Ya lo sé… Pero es que nos *estaban* escuchando hace un rato y… mi exposición tiene que abrirse dentro de poco.

N. es pintor e iba a presentar al público sus últimos cuadros.

A nuestra llegada a la U.R.S.S., la opinión pública apenas emergía de la gran controversia del Formalismo. Intenté comprender qué significaba esta palabra para la gente y llegué a la siguiente conclusión: la acusación de formalismo recaía sobre cualquier artista culpable de prestar mayor atención a la *forma* que *al fondo*. Sin contar con que el único *fondo* que se considera digno de interés (o mejor dicho, el único tolerado) es aquel orientado en un sentido determinado. La obra de arte será juzgada formalista en cuanto se aparte de la orientación debida y deje, por tanto, de tener sentido (juego deliberadamente con la palabra). No puedo, lo confieso, escribir las palabras “forma” y “fondo” sin sonreír. Aunque llorar sería más apropiado cuando vemos que tan absurda distinción va a determinar la crítica. Se le puede conceder una eventual utilidad política, pero entonces que no se hable más de cultura. Ésta se halla en peligro desde el momento en que desaparece la libertad de ejercer la crítica.

En la U.R.S.S., una obra, por hermosa que llegue a ser, se ve denigrada si no está en la línea. Se considera la belleza como un valor burgués. Por más genio que demuestre un artista, la atención se desvía, y es desviada, de su trabajo, si éste no

sigue la línea: conformidad es lo que se le pide al artista, al escritor; todo lo demás le será dado por añadidura.

Tuve ocasión en Tbilisi de ver una exposición de pinturas modernas que la caridad aconsejaría dejar sin comentario. Con todo, estos artistas habían alcanzado su meta, la de edificar (en este caso, con la imagen), de convencer, de atraer (con la ayuda de episodios de la vida de Stalin que servían de tema para sus ilustraciones). ¡Desde luego! ¡Ésos sí que no eran "formalistas"! Lo malo, es que tampoco eran pintores. Me recordaban la historia de Apolo, el cual, para servir a Admeto, tuvo que apagar todos sus rayos, y de resultas ya no hizo nada que valiera la pena —o al menos que nos llegara a importar. Ahora bien, como la U.R.S.S., ni antes ni después de la revolución, ha destacado jamás en las artes plásticas, más vale ceñirnos a la literatura.

"En la época de mi juventud, me decía N., nos recomendaban unos libros, nos desaconsejaban otros; y por supuesto, éstos eran los que atraían nuestra atención. La gran diferencia, hoy, radica en que los jóvenes ya sólo leen lo que se les aconseja, que ni siquiera tienen el deseo de leer otra cosa."

De ahí que Dostoievski, por ejemplo, apenas cuenta con algunos lectores, sin que nadie pueda precisar —tan adoctrinadas están las mentes— si la juventud promueve este arrinconamiento o si lo padece.

Ante la obligación de responder a una consigna, el espíritu puede sin duda percibir que no está libre. Pero si de antemano lo han conformado para que se adelante a la consigna sin necesidad de oírla, el espíritu entonces pierde hasta la conciencia de su esclavitud. Me parece que más de un joven soviético se asombraría, y protestaría, si se le llegara a decir que no piensa libremente.

Como siempre resulta, además, que no reconocemos el valor de determinadas ventajas hasta no haberlas perdido, nada mejor que una estancia en la U.R.S.S. (o en Alemania, desde luego) para ayudarnos a apreciar la inapreciable libertad de pensamiento de la que gozamos aún en Francia y de la que abusamos a veces.

Me habían pedido en Leningrado que preparase un pequeño discurso destinado a una asamblea de literatos y de estudiantes. Sólo llevaba ocho días en Moscú y procuraba ponerme a tono. Sometí por consiguiente mi texto a N. y a X. Se apresuraron a hacerme entender que dicho texto ni estaba en la línea ni entonaba y que lo que me disponía a decir iba a parecer muy indecoroso. ¡Ya lo creo!, lo entendí perfectamente al cabo de un tiempo. Ese discurso, por cierto, no tuve ocasión de pronunciarlo. Lo transcribo a continuación:

"Me han pedido a menudo mi opinión sobre la literatura soviética actual. Quisiera explicar por qué me he negado a emitir un juicio. Lo cual me permitirá a su vez precisar algún punto del discurso que he leído en la Plaza Roja, en la solemne ocasión de los funerales de Gorki. Me refería en aquel discurso a los "nuevos problemas" que

planteaba el propio triunfo de las repúblicas soviéticas. No sería para la U.R.S.S. la menor de sus glorias, decía, el hacer que esos problemas surjan para la historia y se impongan a nuestra meditación. Dado que el porvenir de la cultura está, en mi opinión, estrechamente ligado a la solución que se les podrá aportar, no me parece inútil volver sobre ellos y puntualizar aquí algunos aspectos.

"La mayoría, aun compuesta de los mejores elementos, nunca aplaude lo nuevo, lo virtual, lo desconcertado y desconcertante que late en una obra; sólo aplaude lo que de entrada puede *reconocer* en ésta, a saber, la banalidad. Así como había banalidades burguesas, hay banalidades revolucionarias; es importante llegar a tal convencimiento. Es importante persuadirse de que en una obra de arte lo que configura su valor profundo y le permitirá perdurar no es nunca lo que la obra tiene de conforme con una doctrina, por más sana y legítima que sea; radica, al contrario, en su talento por plantear nuevos interrogantes que prevengan los del porvenir y en su capacidad de aportar respuestas a preguntas aún sin formular. Mucho me temo que incontables obras, extremadamente impregnadas de un puro espíritu marxista que les facilita su éxito actual, pronto acabarán desprendiendo para las generaciones futuras un insoportable olor a clínica; y creo que las obras más valiosas serán únicamente aquellas que habrán sabido librarse de esas preocupaciones.

"Desde el momento en que triunfa la revolución, desde el momento en que se instaura y se consolida, el arte corre un terrible peligro, un peligro casi tan grande como el que le suponen las peores opresiones fascistas: el de la ortodoxia. El arte que se somete a una ortodoxia, aun inspirada por la más sana de las doctrinas, está perdido. Termina naufragando en el conformismo. La libertad es lo primero que debe y puede ofrecer al artista la revolución triunfante. Sin libertad, el arte pierde sentido y valor.

"Walt Whitman, con motivo de la muerte del presidente Lincoln, escribió uno de sus cantos más hermosos. Pero si ese canto en libertad hubiera sido forzado, si Whitman se hubiera visto obligado a escribirlo por orden y en conformidad con un canon establecido, ese *freno* habría perdido su virtud, su belleza; o mejor dicho, Whitman no habría podido escribirlo.

"Y puesto que el consenso de la mayoría, los aplausos, el éxito, los favores quedan naturalmente reservados para aquello que el público puede reconocer y aprobar de buenas a primeras, o sea para el conformismo, me pregunto, inquieto, si no habrá tal vez en la gloriosa U.R.S.S. de hoy, vegetando e ignorado por la masa, algún Baudelaire, algún Keats o algún Rimbaud que, precisamente por su valor, tenga dificultades en hacerse escuchar. Éste, sin embargo, éste entre todos, es el que me importa, pues son los desdeñados de hoy, los Rimbaud, los Keats, los Baudelaire, incluso los Stendhal, quienes serán los gigantes de mañana."[25]

VI.

Sebastopol, última etapa de nuestro viaje. Habrá en la U.R.S.S. ciudades más interesantes o más hermosas, pero en ninguna otra parte me había percatado tan claramente de lo fascinado que quedaría. Menos preservada, menos selecta que en Sujumi o Sochi, volvía a descubrir en Sebastopol toda la sociedad, toda la vida rusa, con sus carencias, sus defectos, sus sufrimientos, desgraciadamente, al lado de sus triunfos, de sus éxitos que permiten o prometen al hombre una mayor felicidad. La luz, según los días, suavizaba la sombra, o al contrario la enturbiaba. Todo lo que pudiera ver aquí, sin embargo, lo más luminoso como lo más sombrío, todo ello hacía que me sintiera —a veces dolorosamente— cautivado por esa tierra, esos pueblos unidos, ese nuevo clima que favorecía el porvenir y en donde lo inesperado podía brotar… Todo eso, tenía que dejarlo atrás.

Y una angustia aún desconocida empezaba ya a embargarme: ¿qué diría de vuelta a París? ¿Cómo contestar a las preguntas que presentía? Seguramente esperaban de mí juicios sin matices. ¿Cómo llegaría a explicar que, en la U.R.S.S., había pasado (moralmente) por oleadas de tanto calor, y de tanto frío? Al volver a declarar mi amor ¿tendría que disimular mis reservas y mentir con una aprobación global? No; soy demasiado consciente de que una actitud semejante perjudicaría a la vez a la U.R.S.S. y a la causa que representa ante nosotros. Sería sin embargo un error gravísimo ligar tan estrechamente ambas que la causa pueda parecer responsable de lo que lamentamos en la U.R.S.S.

La ayuda que la U.R.S.S. acaba de proporcionar a España nos demuestra cuán capaz sigue siendo de aportar rectificaciones acertadas.

Aún nos queda por aprender de la U.R.S.S., y por asombrarnos.

Apéndice

Han sido suprimidos de este Apéndice tres *Discursos* que recogía la 1.ª edición de *Regreso de la U.R.S.S.*, y que se encuentran actualmente en el volumen *Littérature engagée*.

I.

La lucha antirreligiosa. No he visto los museos antirreligiosos de Moscú; pero sí he visitado el de Leningrado, dentro de la catedral de San Isaac, cuyo domo de oro refulgía con exquisita luz sobre la ciudad. El aspecto exterior de la catedral es muy hermoso; el interior, horrendo. Las grandes pinturas piadosas que han quedado dentro están ahí para incitar a la blasfemia: son realmente espantosas. El museo en sí resulta mucho menos impertinente de lo que me hubiera temido. Su propósito era contraponer la ciencia al mito religioso. Unos cicerones se encargan de ayudar a las mentes perezosas que los distintos instrumentos ópticos, los cuadros astronómicos, o de historia natural, o anatómicos, o estadísticos, no llegaron a convencer. El conjunto resulta decente y discretamente agresivo. Tiene más de Reclus y de Flammarion que de Léo Taxil. Los popes, por ejemplo, salen bastante mal parados. Unos días atrás, no obstante, me había cruzado casualmente, en los alrededores de Leningrado, en la carretera que va a Petrodvorietz, con un pope, uno de verdad. Su visión era, por sí sola, más elocuente que todos los museos antirreligiosos de la U.R.S.S. No me detendré en describirlo. Monstruoso, abyecto y ridículo, parecía inventado por el bolchevismo cual espantapájaros para acabar de ahuyentar los sentimientos piadosos de las aldeas.

No puedo olvidar, en cambio, la admirable personalidad del monje guardián de la bellísima iglesia que visitamos poco antes de llegar a X… ¡Qué dignidad en su porte! ¡Qué nobleza en los rasgos de su rostro! ¡Qué triste y resignado orgullo! Ni una palabra ni una señal suya en nuestra dirección; ni un intercambio de miradas. Y pensaba, contemplándolo sin que lo sospechara, en el “tradebat autem” del Evangelio, momento en que Bossuet tomaba impulso para emprender un magnífico vuelo oratorio.

El museo arqueológico del Quersoneso, cerca de Sebastopol, está también instalado en una iglesia.[26] Han respetado sus pinturas murales, probablemente por su provocadora fealdad. Van acompañadas de carteles explicativos. Encima de una efigie de Cristo, se puede leer: “Personaje legendario que nunca existió.”

Tengo mis dudas sobre la habilidad de la U.R.S.S. en esta guerra contra la religión. Los marxistas, en este caso, podían atenerse a la historia: negar la divinidad del Cristo y hasta su existencia, si cabe, rechazar los dogmas de la Iglesia y desacreditar la Revelación, no había de ser óbice para mantener un enfoque humano y crítico sobre una enseñanza que, pese a todo, brindaba al mundo una esperanza nueva y el fermento revolucionario más extraordinario que se conociera entonces. Cabía decir en qué la propia Iglesia lo había traicionado; en qué esa doctrina emancipadora del Evangelio podía prestarse, con la connivencia de la Iglesia por desgracia, a los peores abusos del poder. Cualquier cosa era preferible a pasar por alto, a negar. No se puede pretender que no ha existido y la ignorancia en que se tiene al respecto a los

pueblos de la U.R.S.S. les deja sin defensa crítica y no vacunados contra una epidemia mística siempre posible.

El problema, con todo, no acaba aquí ya que he iniciado mi crítica desde su ángulo más estrecho, el práctico. La ignorancia, la negación del Evangelio y de todo lo del Evangelio que ha originado no puede sino empobrecer la humanidad, la cultura de modo sumamente lamentable. No quisiera que se sospechara de mí en esta ocasión ni que se barruntara cierto resabio de una educación y convicción previas. Hablaría del mismo modo tratándose de mitos griegos, los cuales también, en mi opinión, brindan una enseñanza profunda y permanente. Me parece absurdo *creer* en ellos; como sería igualmente absurdo no reconocer la parte de verdad que encierran y pensar que la cuestión queda solventada con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Conozco de sobra el estancamiento que puede suponer la religión para el desarrollo del espíritu, la distorsión que le imprime la creencia, y pienso que era necesario liberar al hombre nuevo de todo ello. Admito igualmente que la superstición, con la ayuda del pope, alimentó en el campo y en todas partes (he visto los aposentos de la zarina) una espantosa miseria moral, y entiendo que se haya sentido la necesidad de dar a todo esto un buen barrido, para siempre; pero… Los alemanes recurren a una excelente imagen, de la que busco en vano un equivalente para expresar lo que me cuesta un poco formular: *han tirado al niño con el agua del baño*. Consecuencia de la falta de discernimiento y de un apresuramiento excesivo. Es posible que el agua del baño estuviera sucia y hedionda, no me cuesta nada creerlo; tan sucia incluso que hasta se han olvidado del niño; han tirado todo de golpe, sin miramientos.

Tanto es así que al oír decir ahora que por afán de acomodamiento, por tolerancia, se vuelven a fundir campanas, mucho me temo que tal cosa signifique un inicio, que llenen de nuevo la bañera con agua sucia… sin niño.

II.

Ostrovski. No puedo hablar de Ostrovski sin el más profundo respeto. Si no estuviéramos en la U.R.S.S., diría: es un santo. La religión no ha conseguido formar personalidades más hermosas. He aquí la prueba de que no es ella la única que moldea semejantes seres. Basta una convicción apasionada que además no abriga esperanza alguna de recompensa futura; lo único que se recibe a cambio es la satisfacción de haber cumplido con un austero deber.

A raíz de un accidente. Ostrovski ha quedado ciego y totalmente paralizado… Diríase que al faltarle casi por completo el contacto con el mundo exterior y sin nada que le permita explayarse, el alma de Ostrovski se ha desarrollado, toda ella, hacia arriba.

Nos acercamos solícitos a su cama que hace tiempo no ha abandonado. Me siento a su lado, le doy mi mano, que él coge, debiera decir, de la que él se apodera como de un vínculo con la vida; y durante la hora entera en que se prolongará nuestra visita, sus afilados dedos no dejarán de acariciar los míos, de entrelazarse con ellos, de transmitirme los efluvios de una vibrante simpatía.

Ostrovski ya no puede ver, pero habla, oye. Su pensamiento resulta tanto más activo y tenso cuanto que nada jamás viene a distraerlo, a no ser tal vez el dolor físico. No obstante, no se queja y su hermoso rostro demacrado tiene aún la fuerza de sonreír, pese a la lenta agonía.

La habitación en donde descansa es clara. A través de las ventanas abiertas penetran el canto de los pájaros, el perfume de las flores del jardín. ¡Cuánta tranquilidad reina en este lugar! Su madre, su hermana, sus amigos, unas visitas permanecen discretamente sentadas, no muy lejos del lecho; algunos toman apuntes de lo que decimos. Le digo a Ostrovski cuán extraordinariamente confortado me siento ante la visión de su constancia; el elogio, sin embargo, parece molestarle: lo que hay que admirar es la U.R.S.S., es el enorme esfuerzo realizado; es lo único que le interesa, no su propia persona. Tres veces seguidas me despido de él, por temor a cansarlo, pues no puedo concebir que un ardor tan constante no acabe debilitando a un hombre; él, en cambio, me pide que me quede; se nota que necesita hablar. Seguirá hablando después de nuestra partida. Además para él, hablar es dictar. Así es como ha podido escribir (hacer escribir) ese libro en el que ha contado su vida. Está dictando otro en este momento, me dice Ostrovski. Desde que empieza hasta que acaba el día, y muy entrada la noche, trabaja. Dicta sin descanso.

Por fin me levanto para irme. Me pide que lo bese. Al tocar su frente con mis labios a duras penas consigo retener mis lágrimas; me invade repentinamente la impresión de que lo conozco desde hace tiempo, de que es un amigo al que dejo; me parece también que es él quien nos deja y que me despido de un moribundo… Sin embargo ya van meses y meses, me dicen, que Ostrovski da esa impresión de estar a punto de morir y que el fervor es lo único en mantener en ese cuerpo débil esta llama

a punto de extinguirse.

III.

Un koljós. Así pues, 16.50F de jornal. Lo cual no parece enorme. Sin embargo, el jefe de brigada del koljós con el que tengo una larga charla mientras mis compañeros han ido a bañarse (el koljós se halla a la orilla del mar) me explica que la llamada "jornada de trabajo" es una medida convencional y que un buen obrero puede conseguir doble, o incluso a veces triple "jornada" en un día.[27] Me enseña los cuadernos individuales y las hojas de pago, que pasan por sus manos. Se tiene en cuenta ahí no sólo la cantidad sino también la calidad del trabajo. Los jefes de grupo le informan al respecto, y sobre la base de dichas informaciones, él establece las hojas de pago. Lo cual exige una contabilidad bastante complicada y mi interlocutor no disimula que se encuentra algo abrumado: se declara sin embargo muy satisfecho pues ya puede registrar a su favor 300 jornadas de trabajo en lo que va del año (estamos a 3 de agosto). Este jefe de brigada dirige personalmente a 56 hombres; entre éstos y él, jefes de grupo. Por consiguiente, jerarquía; pero el índice de base de la "jornada" sigue siendo idéntico para todos. Además, cada uno saca beneficios personales de los productos de su jardín, cultivado una vez cumplido el trabajo del koljós. Para este último, no hay horas fijas y reglamentarias: cada uno, si no hay algo urgente, trabaja cuando quiere. Lo cual me induce a preguntar si algunos no producen menos que la "jornada" de referencia. No, nada de eso, me contesta. Claro que esta "jornada" no es un promedio, sino un mínimo bastante fácil de alcanzar. Además, los holgazanes empedernidos acabarían rápidamente eliminados del koljós cuyas ventajas son tan importantes que, por el contrario, la gente intenta entrar, formar parte de él. Pero sin éxito: el número de koljosianos es limitado. Esos privilegiados koljosianos, por tanto, cobrarían mensualidades de unos 600 rublos. Los obreros "cualificados" reciben a veces mucho más. En el caso de los no cualificados, que forman la inmensa mayoría, el salario diario oscila entre 5 y 6 rublos.[28] El simple peón gana aún menos.

El Estado podría, me parece, retribuirlos mejor. Sin embargo, mientras no haya productos en mayor cantidad para el consumo, lo único que provocaría una alza de los salarios sería un aumento de los precios. Eso es, en todo caso, lo que se me objetó. Mientras tanto, las diferencias de salarios inducen a la cualificación. Los peones abundan en exceso; faltan en cambio los especialistas, los "cuadros". Todo está hecho para formarlos; y tal vez no hay nada en la U.R.S.S. que yo admire tanto como los medios de instrucción más humildes, para permitirles (sólo depende de ellos) superar su precaria situación.

IV.

Bolshevo.[29] He visitado Bolshevo. Al principio no era más que un pueblo, surgido repentinamente de la tierra por encargo, hace unos seis años me parece, a raíz de una iniciativa de Gorki. Hoy en día es una ciudad bastante importante.

Tiene algo muy peculiar: todos sus habitantes son antiguos criminales: ladrones, incluso asesinos… La idea que presidió la formación y la constitución de la ciudad fue la siguiente: los criminales son víctimas, descarriados, y una reeducación racional puede convertirles en excelentes ciudadanos soviéticos. Es lo que demuestra Bolshevo. La ciudad va prosperando. Se edificaron fábricas que pasaron a ser rápidamente fábricas modelo.

Todos los habitantes de Bolshevo, enmendados, sin más dirección que la suya propia, son ahora trabajadores celosos, ordenados, tranquilos, particularmente pendientes de las buenas costumbres y deseosos de cultivarse; para ello tienen todos los medios a su disposición. No se contentan con hacerme admirar sus fábricas sino también sus lugares de reunión, su club, su biblioteca, todas sus instalaciones las cuales, en efecto, nada dejan que desear. Sería vano buscar en el rostro de estos antiguos criminales, en su aspecto, en su lenguaje rastros de su vida anterior. Nada más edificante, nada más tranquilizador y alentador que esta visita. Le llevaría a uno a pensar que el responsable de todos los crímenes no es el hombre mismo que los comete sino la sociedad que le empujaba a cometerlos. Uno, y después otro, fueron incitados a hablar, a confesar sus crímenes de antaño, a contar cómo se han convertido, cómo han acabado por reconocer la excelencia del nuevo régimen y la satisfacción personal que produce subordinarse a éste. El encuentro me trae curiosamente a la memoria la serie de edificantes confesiones que oí en Thun, hace dos años, en el curso de una gran reunión de los adeptos del movimiento de Oxford. “Era pecador y desgraciado; hacía el mal; mas ahora he entendido; estoy salvado; soy feliz.” Todo ello algo burdo, algo simplista y psicológicamente pobre. Con todo, la ciudad de Bolshevo sigue siendo uno de los logros más extraordinarios que puede ostentar el nuevo Estado soviético. Me pregunto si en otros países el hombre sería tan maleable.

V.

Los besprizornie. Tenía la esperanza de que ya no vería a esos niños abandonados que llaman *besprizornie*. En Sebastopol, los hay en abundancia. Y me dicen que se ven más aún en Odesa. Ya no son exactamente los mismos que en los primeros tiempos. Los padres de los de hoy viven aún, tal vez; esos niños han huido de su pueblo natal, a veces por afán de aventura; por lo común, porque se imaginaban que nadie, en ninguna otra parte, pudiera padecer tanta miseria y tanta hambre como ellos en su pueblo. Algunos tienen menos de diez años. Se les distingue por el hecho de que llevan mucha más ropa (no he dicho mejor) que los demás niños. Esto tiene una explicación: llevan encima todo lo que poseen. Los demás niños, en general, no llevan más que un bañador. (Estamos en verano, el calor es tórrido.) Circulan por las calles, sin camisa, descalzos. Y no cabe interpretarlo siempre como una señal de pobreza. Vuelven de la playa, o se dirigen allí. Tienen un hogar en donde pueden dejar otra ropa, para los días de lluvia, para el invierno. El *besprizorni*, en cambio, no tiene casa. Además del bañador, suele llevar un jersey andrajoso.

De qué viven los *besprizornie*, no lo sé. Lo que sí sé es que de tener algo con que comprarse un pedazo de pan, lo devoran. La mayoría de estos niños son alegres, a pesar de todo; pero algunos parecen estar a punto de desfallecer. Charlamos con varios de ellos; nos ganamos su confianza. Acaban enseñándonos el lugar donde suelen dormir cuando el tiempo no les permite pasar la noche fuera: está cerca de la plaza en donde se yergue una estatua de Lenin, bajo el hermoso pórtico que domina el muelle de embarque. A la izquierda, bajando hacia el mar, en una especie de hueco del pórtico, hay una portezuela de madera, que no se abre empujando sino tirando hacia fuera —como lo hago yo mismo cierta mañana, cuando no pasa demasiada gente pues temo revelar su escondrijo y que los desalojen— y me encuentro ante un cuchitril angosto, totalmente cerrado, en donde, hecho un ovillo como un gato, veo durmiendo encima de un saco a un pequeño ser famélico. Vuelvo a cerrar la puerta respetando su sueño.

Una mañana, los *besprizornie* que conocemos han desaparecido (por lo común merodean cerca del gran parque público). Sin embargo conseguimos más tarde encontrar a uno que nos informa que la policía ha hecho una redada y ha encerrado a todos los demás. Dos compañeros míos han presenciado la operación. El miliciano al que interrogan les contesta que serán confiados a una institución estatal. Al día siguiente están todos de vuelta. ¿Qué ha pasado? “No han querido guardarnos”, dicen los críos. ¿No será más bien que son ellos quienes no quieren someterse a un poco más de disciplina impuesta? Resultaría muy fácil para la policía volver a prenderlos. Uno pensaría que deberían sentirse felices de ver que les sacan de la miseria. ¿O será que, a la perspectiva que se les brinda, prefieren la miseria en libertad?

Vi a uno muy pequeño, de apenas ocho años, al que se llevaban dos agentes de policía de civil. Iban dos porque el pequeño forcejeaba como un animal apresado;

sollozaba, pegaba alaridos, pataleaba, intentaba morder… Aproximadamente una hora después, al volver a pasar casi por el mismo sitio, vi de nuevo al mismo niño, calmado. Estaba sentado en la acera. Sólo uno de los dos agentes permanecía de pie a su lado y le hablaba. El pequeño ya no intentaba huir. Sonreía al policía. Llegó un camión grande, se detuvo; el agente ayudó al niño a subir, ¿para llevarlo adónde?; no lo sé. Y si me paro a relatar este menudo hecho es porque pocas cosas en la U.R.S.S. me han conmovido tanto como el comportamiento de ese hombre hacia ese niño: la persuasiva dulzura de su voz (¡ah, cómo me hubiera gustado entender lo que le decía!), todo el afecto que conseguía expresar su sonrisa, la acariciante ternura de su abrazo al levantarlo en sus brazos… Pensaba yo en el *Muzhik Marei* del *Diario de un escritor* de Dostoievski —y que valía la pena ir a la U.R.S.S. para ver eso.

Retoques a mi Regreso de la U.R.S.S.

(junio de 1937)

I.

La publicación de mi *Regreso de la U.R.S.S.* me ha valido numerosas injurias. Las de Romain Rolland me han afligido. Jamás aprecié mucho sus escritos, pero al menos su personalidad me parece digna de alta estima. De ahí mi pesar: qué pocos los que alcanzan el final de su vida sin haber puesto antes al descubierto el límite de su grandeza. Creo que el autor de *Au-dessus de la mêlée* juzgaría con severidad al Rolland entrado en años. El águila ha hecho su nido; ahora descansa.

Junto con los insultos, algunas críticas de buena fe. Escribo este libro para contestarles.

En primer lugar, Paul Nizan, tan inteligente por lo común, me hace un curioso reproche; “pintar la U.R.S.S. como un mundo que ya no cambia”. No sé dónde lo ve. Que la U.R.S.S. va cambiando mes tras mes, lo he dicho. Y es precisamente eso lo que me asusta. Mes tras mes el estado en que se encuentra la U.R.S.S. va empeorando. Se aleja cada vez más de lo que esperábamos que fuera —que iba a ser.

Desde luego admiro la constancia de vuestra confianza, de vuestro amor (lo digo sin ironía); aun así, camaradas, estáis empezando a preocuparos, no lo neguéis; y os preguntáis con creciente angustia (frente a los procesos de Moscú, por ejemplo): ¿hasta dónde tendremos que seguir aprobando? Tarde o temprano, abriréis los ojos; no tendréis más remedio que abrirlos. Os preguntaréis entonces, vosotros la gente honrada: ¿cómo hemos podido mantenerlos cerrados tanto tiempo?[30]

Además los mejor informados entre la gente honrada no ponen seriamente en entredicho mis aserciones. Se limitan a buscar y a dar explicaciones. Sí, unas explicaciones que sirvan a la vez para justificar un lamentable estado de cosas. Para ellos, en efecto, no se trata únicamente de mostrar *cómo* se ha alcanzado este punto (lo cual, después de todo, resulta bastante fácil de entender), sino de demostrar que es legítimo llegar hasta allí, o al menos pasar por ello, en un primer momento y en la espera de algo mejor; que se acaba alcanzando el comunismo aun siguiendo ese camino en sentido contrario al socialismo y al ideal de la revolución de Octubre; que no hay otro; y que soy yo quien no entiende nada del asunto.

•

Examen superficial, juicio precipitado, he aquí las sentencias que se ha granjeado mi libro. ¡Cómo si no fuera precisamente la apariencia primera la que nos sedujera en la U.R.S.S.! ¡Cómo si no fuera al calar más hondo cuando la mirada se encontrase con lo peor!

En el corazón de la fruta se esconde el gusano. Mas cuando os he dicho: esta manzana está tocada, me habéis acusado de no ver bien —o de no apreciar las manzanas.

Si me hubiera limitado a admirar, no me habríais echado en cara mi superficialidad, y sin embargo es entonces cuando hubiera merecido el reproche.

•

Estas críticas las reconozco; apenas si difieren de las que se atrajo la relación de mi *Viaje al Congo* y de mi *Regreso del Chad*. Entonces se me objetaba:

1.º que los abusos que yo señalaba eran excepcionales y de escasa importancia (ya que no podían negarlos);

2.º que para tener una razón suficiente para admirar el estado actual, bastaba con compararlo con la situación precedente, anterior a la conquista (iba a decir: anterior a la revolución);

3.º que todo lo que yo lamentaba tenía una razón de ser profunda, que yo no había sabido entender: mal provisional en espera de un bien mayor.

En esa época, las críticas, los ataques, los insultos me llegaban todos de la derecha; y a vosotros, gente de izquierda, no se os ocurría entonces esgrimir mi declarada "incompetencia", tan satisfechos estabais de poder hacer vuestras mis declaraciones, en la medida en que iban a vuestro favor y podíais utilizarlas. E idénticamente, ahora, esa incompetencia no me la hubierais echado en cara, de haber yo alabado la U.R.S.S. y declarado que todo allí iba a las mil maravillas.

No obstante (y es lo único que me importa), las comisiones de investigación en el Congo confirmaron posteriormente todo lo que yo había señalado. Del mismo modo, los abundantes testimonios que me llegan, los informes que he podido leer, las relaciones de los observadores imparciales (por muy "amigos de la U.R.S.S." que sean, o hayan sido antes de ir a ver) han venido a corroborar mis aserciones respecto al estado actual de la U.R.S.S., a consolidar mis temores.

•

El gran punto débil de mi *Viaje al Congo*, y lo que hacía mi testimonio más vulnerable, nacía de que yo no podía revelar mis fuentes para no exponer al castigo a las personas que, confiadas en mi discreción, habían hablado conmigo o me habían facilitado el acceso a documentos que por lo común las autoridades prefieren ocultar, y que por tanto yo no podía citar.

II.

Se me ha hecho el reproche de fundar juicios desmesurados sobre bases demasiado limitadas y de llegar con excesivo apresuramiento, a partir de constataciones episódicas, a conclusiones inconsideradas. Los hechos que yo citaba, que había observado, tal vez fueran exactos pero eran excepcionales y no demostraban nada.

Me he limitado a transcribir aquellas observaciones que resultaban más típicas. (Aportaré luego unas cuantas más.) Me había parecido inútil recargar mi libro con informes, cifras, estadísticas; en primer lugar, porque mi norma consistía en descartar todo aquello que no hubiese visto u oído yo mismo. En segundo lugar, porque no me fío mucho de las cifras oficiales. Y sobre todo porque esas cifras, esos "cuadros" (que por cierto he estudiado), podía encontrarlos en otra parte. Ahora bien, ya que me incitan a ello, aportaré algunas precisiones.

Fernand Grenier, Jean Pons y el profesor Alessandri viajaban juntos, me parece; con ciento cincuenta y nueve compañeros, también "amigos de la U.R.S.S.". No es de extrañar que los testimonios de estos tres acusadores (el acusado soy yo) se confundan.

Las cifras que traen a colación para demostrar mi error son idénticas; son las que les dieron y que ellos aceptaron sin controlar.

Intentaré explicar la discordancia entre esas cifras y las que aportan otros testigos, sin lugar a duda mucho mejor informados por el tiempo que han tenido para conocer el trasfondo —mientras que los ciento sesenta y dos compañeros no han hecho más que estar de paso. Su viaje ha durado veinte días, de los cuales catorce en Rusia: del 14 al 28 de agosto. En este corto lapso, han podido ver mucho; pero únicamente lo que les han enseñado. Ninguno de ellos (me refiero a mis tres acusadores) hablaba ruso. Espero que no tengan inconveniente que a mi vez considere sus declaraciones un tanto superficiales.

Ya lo he dicho antes: en el Africa francófona, mientras viajé "acompañado", todo me resultaba casi maravilloso. Sólo empecé a abrir los ojos cuando, abandonando el coche de los Gobernadores, me decidí a recorrer solo el país, andando, para poder entrar, durante seis meses, en contacto directo con los indígenas.

Yo también, ¡cómo no!, he visto en la U.R.S.S. esas fábricas modelo, esos clubs, esas escuelas, esos parques de cultura, esos jardines de infancia que me han dejado maravillado también a mí; y al igual que Grenier, Pons o Alessandri, mi único deseo era dejarme seducir, para poder a mi vez seducir a otros. Y, dado que resulta muy agradable seducir, y ser seducido, quisiera que los mencionados se convenzan de lo poderosas que han de ser mis razones para que me insurja contra esta seducción; y de que no lo hago, como se ha dicho, "a la ligera".

•

La buena fe de Jean Pons es respetable, y su confianza conmovedora como todo lo pueril. Acepta todo lo que le dicen, como lo había hecho yo mismo al principio, sin examen y, probablemente, sin crítica.

Respecto de ciertas cifras, pasmosas a mi juicio, que da Pons (o Alessandri y Grenier) sobre el rendimiento de una fábrica, por ejemplo, someto a la meditación de mis compañeros algunas confesiones que recojo en la *Pravda* del 12 de noviembre de 1936:[31]

"En el transcurso del segundo trimestre, sobre el total de los accesorios de automóviles suministrados por la fábrica de Iaroslav (y ése es el único número que consideran las estadísticas oficiales, tan gloriosamente exhibidas), han sido registradas 4.000 piezas de desecho, y 27.270 durante el tercer trimestre."

En un número del 14 de diciembre, refiriéndose al acero suministrado por ciertas fábricas, *Pravda* dice:

"Mientras que en febrero-marzo el 4,6% de metal era eliminado, en septiembre-octubre, se ha eliminado el 16,20%."

"Sabotaje" dirán. Los recientes grandes procesos parecieran demostrarlo (y recíprocamente). Cabe ver, sin embargo, en esos desechos el tributo de una intensificación excesiva y artificial de la producción.

Los programas son admirables, sin duda, pero dado el nivel de "cultura" actual, no parece posible ir más allá de determinado rendimiento sin pagar un precio muy alto.

El desecho de los productos de la fábrica de Izhevsk, para el período comprendido entre abril y agosto, alcanza 416.000 rublos; ahora bien sólo para el mes de noviembre, se eleva ya a 176.000 rublos.

Los frecuentes accidentes de los automóviles de transporte provienen del exceso de cansancio de los conductores, pero también de la mala calidad de los coches: sobre 9.992 vehículos examinados en 1936, 1.958 han sido declarados defectuosos. En una sección de transportes, 23 de 24 vehículos no pudieron ser puestos en circulación; en otra, 44 de 52. (*Pravda* del 8 de agosto de 1936.)

La fábrica de Noguinsk tenía que suministrar gran parte de los cincuenta millones de discos anunciados en el programa de 1935, a saber 4.000.000; de los cuales sólo pudo suministrar 1.992.000. En cuanto a los discos "de desecho", suben a 309.800. (Estas informaciones proceden de *Pravda*, 18 de noviembre de 1936.) Durante el primer trimestre de 1936, la producción no ha representado más que el 49,8% de la cifra prevista por el plan; durante el segundo trimestre, el 32,8% y sólo el 26% en el tercero.

A la progresiva disminución de la producción, se añade un aumento de los defectos de fabricación:

l.er trimestre	156.200 piezas desechadas,
2º trimestre	259.400 piezas desechadas,
3.er trimestre	614.000 piezas desechadas,

Para el 4.º trimestre, no se conocen aún los resultados completos; pero cabe esperar lo peor, pues ¡sólo en el mes de octubre habían sido ya registradas 607.600! Se figura uno entonces lo que puede ser el "precio de coste" de cada pieza aceptable.

De los dos millones de cuadernos suministrados a los alumnos de Moscú por la fábrica "Héroe del Trabajo", 90% son inutilizables. (*Izvestia*, 4 de noviembre de 1936.) En Rostov, han tenido que tirar ocho millones de cuadernos (*Pravda*, 12 de diciembre de 1936).

De 150 sillas vendidas por un artel suministrador de mobiliario, 46 se rompen en cuanto uno quiere sentarse en ellas. De 2.345 sillas suministradas, 1.300 son inutilizables (*Pravda*, 23 de septiembre de 1936). Idénticas taras de fabricación aparecen en los instrumentos quirúrgicos. El profesor Burdenka, eminente cirujano soviético, se queja particularmente de la mala calidad de los instrumentos para las operaciones delicadas; las agujas de sutura, por otra parte, se doblan o se rompen en medio de la operación (*Pravda*, 15 de noviembre de 1936), etc.

Ante estas informaciones entre otras muchas, los que aplauden debieran volverse más circunspectos. Pero la propaganda se cuida mucho de ignorar estos datos.

Cabe observar no obstante que los retrasos y las fabricaciones defectuosas suelen dar pie a reclamaciones, y a veces a juicios que desembocan en sanciones severas y si los periódicos los denuncian es con el fin de llegar a un mejoramiento.

La autocrítica, tan deficiente en cuestiones de teoría y de principios, interviene de lleno en cuanto se trata de la aplicación del programa adoptado. *Izvestia* (del 3 de junio de 1936) nos informa que algunos barrios de Moscú no disponen, hasta la fecha, más que de una farmacia para 65.000 habitantes; otros barrios, sólo de una para 79.000 y que en toda la ciudad no hay más que 102 farmacias.

En *Izvestia* del 15 de enero de 1937 podemos leer:

"Una vez promulgado el decreto contra el aborto, el número de nacimientos en Moscú alcanza 10.000 al mes; lo cual representa un aumento del 65% respecto al período anterior al decreto. Frente a este aumento, el del número de camas en los centros de maternidad no ha sido más que del 13%."

Las guarderías y los parvularios acostumbran a ser excelentes. No obstante en 1932, según las estimaciones de Sir Walter Citrine, la proporción de niños que podían tener plaza era de 1 para 8… Según los nuevos planes, suponiendo que se apliquen perfectamente, dicha proporción, se vería doblada: sea, 2 niños admitidos para cada 8. Resulta aún insuficiente, a pesar de ser un progreso. Me temo, en cambio, que la situación vaya empeorando para las viviendas de los obreros.[32] Dado el crecimiento de la población, los proyectos de nuevas construcciones quedan muy por debajo de las necesidades. Allí donde conviven tres en una misma habitación, existen fuertes

probabilidades de que pronto tendrán que vivir cuatro o cinco. Por añadidura, el número de edificios recientes para las viviendas de los obreros se construyen con tanto apresuramiento, o más bien con tanta negligencia y materiales tan mediocres que su aspecto es el de no ser habitables dentro de poco tiempo.

Esta deplorable cuestión de la vivienda es una de las que más afectan a Sir Walter Citrine. Venciendo la resistencia de los guías oficiales que se esforzaban por disuadirle, éste visitó, en los alrededores de Bakú, las instalaciones de los trabajadores de la explotación petrolífera: “Pude ver aquí, observa, algunas de las muestras más lúgubres de las sórdidas viviendas que he llegado a ver en este país, donde sin embargo abundan”. “Todo aquí tiene una apariencia repulsiva.” En vano intenta el guía convencerle de que conviene ver en ello una “reliquia del zarismo”. Citrine protesta: “Hoy día ya no son los millonarios los que explotan los pozos de petróleo… ¡Dieciocho años después de la Revolución, seguís aceptando que vuestros trabajadores vivan en semejantes tugurios!… ¿No resulta horrible pensar que cientos de miles de obreros permanecen abandonados en esos *slums* desde hace dieciocho años?”

M. Yvon, en su folleto *Ce qu’est devenue la Révolution russe*, da otros ejemplos de tan lamentable penuria y añade: “La causa de semejante crisis de la vivienda viene de que la revolución ha puesto un empeño mucho mayor en ‘superar al capitalismo’ en la construcción de fábricas gigantes y en la organización de los hombres para la producción, que en su bienestar. Visto de lejos puede parecer grandioso… de cerca, resulta sumamente doloroso.”

III.

Uno de los reproches frecuentes a mi *Regreso de la U.R.S.S.* es que pareciera conceder excesiva importancia a las cuestiones intelectuales. Se ha de aceptar la idea de que éstas queden postergadas mientras no se solucionen otros problemas más acuciantes. La razón de ello está en que me había parecido necesario reproducir los pocos discursos que tuve que pronunciar allí y que habían dado pie a cierta polémica. Estos discursos, en un libro tan pequeño, ocupaban demasiado lugar y monopolizaban la atención. Corresponden, además, a los inicios de mi viaje; una época en que yo creía aún (tal era, en efecto, mi ingenuidad) que en la U.R.S.S. se podía hablar en serio de la cultura y discutir con sinceridad; una época en que yo no sabía aún cuán atrasada, cuán pendiente seguía la cuestión social.

Ahora bien, así y todo, no acepto aquellas críticas que han querido reducir el sentido de mis palabras a la reivindicación de un literato. Cuando yo hablaba de la libertad del espíritu, algo muy distinto estaba en juego. También la ciencia se compromete cuando se hace acomodaticia.

Cierto sabio famoso se ve obligado a renegar de la teoría que profesaba y que parece poco ortodoxa. Cierto miembro de la Academia de las Ciencias repudia “sus errores anteriores” porque “podrían ser utilizados por el fascismo”, como lo declara él mismo en público (*Izvestia* del 28 de diciembre de 1936). Le obligan a reconocer la veracidad de las acusaciones que lanza *Izvestia* cumpliendo órdenes, la cual detecta en sus investigaciones los síntomas del “delirio contrarrevolucionario”.

Detienen el trabajo de Eisenstein. Éste tiene que reconocer sus “errores”, confesar que se ha equivocado y que la nueva película que lleva dos años preparando, y para la cual han sido gastados ya dos millones de rublos, no satisface las exigencias de la doctrina, y que, por consiguiente, es legítima su prohibición.

¡En cuanto a la justicia! No serán los últimos procesos de Moscú y Novosibirsk los que me harán lamentar la frase que escribí y que os indigna: “Dudo que en ningún otro país hoy por hoy, ni siquiera en la Alemania de Hitler, exista espíritu menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado”.

•

Llegados a este punto, y para no soltar prenda pese a todo, se aferran a los “resultados alcanzados”: fin del paro, fin de la prostitución, igualdad de la mujer y del hombre, la dignidad humana reconquistada, la instrucción generalizada… Ninguno, empero, de tan hermosos resultados resiste el examen.

El problema de la instrucción será el único sobre el que me detendré algo más detalladamente; ya nos iremos encontrando con los demás.

Es cierto: el viajero se encuentra en la U.R.S.S. con gran número de jóvenes ávidos de conocimiento, de cultura. No hay nada que conmueva tanto como su celo.

Y se nos hace admirar por doquier los medios puestos a su disposición. Nos felicitamos sinceramente del decreto del gobierno de febrero de 1936 que preveía "la liquidación total del analfabetismo durante el año 36-37 para los cuatro millones de trabajadores que no saben leer ni escribir, y para los dos millones que lo hacen mal". Pero…

Ya en 1923 se hablaba de la "liquidación del analfabetismo". La realización de dicha liquidación, "histórica" (decían), debía coincidir con la celebración del décimo aniversario de octubre (1927). Ahora bien, ya en 1924, Lunasharski hablaba de "catástrofe": menos de 50.000 escuelas primarias habían podido ser creadas, mientras en el antiguo régimen existían 62.000 para un número muy inferior de habitantes.

Pues al fin y al cabo, ya que no dejan de pedirnos que comparemos el estado actual de la U.R.S.S. con el anterior a la Revolución, no nos queda más remedio que llegar a la conclusión de que, en muchos campos, el estado de la clase necesitada dista mucho de haber mejorado:

Lunasharski constata, en 1924, que el salario de los maestros rurales no suele ser pagado sino con seis meses de retraso, y a veces nunca. Este salario sigue siendo inferior a diez rublos al mes (X!). Es cierto que el rublo valía más en esa época. Sin embargo, Krúpskaia, la viuda de Lenin, dice: "El precio del pan ha subido y, con una paga mensual de 10 a 12 rublos, el maestro puede comprar menos pan que antes con 4 rublos (su sueldo hasta noviembre de 1923)".

En 1927, fecha fijada para acabar de liquidarlo, el analfabetismo sigue presente; y el 2 de septiembre de 1928, *Pravda* constata su "estabilización".

¿Pero se han hecho al menos algunos progresos desde entonces?

Podemos leer en *Izvestia* del 16 de noviembre de 1936: "Al poco de empezar el nuevo año escolar, numerosas escuelas nos han hecho llegar informaciones sobre el sorprendente analfabetismo de los alumnos".

La proporción de alumnos no aptos es especialmente elevada en las escuelas *nuevas*, en donde alcanzaría un 75% (siempre según *Izvestia*). Sólo en la ciudad de Moscú, 64.000 alumnos se ven obligados a repetir el curso; en Leningrado, 52.000; y 1.500 alumnos han tenido que repetir por segunda vez. En Bakú, el número de alumnos rusos que no tienen éxito en sus estudios se eleva a 20.000 sobre 45.000; el de alumnos turkmenos alcanza 7.000 sobre 21.000 (*Bakinski Rabochi*, 15 de enero de 1937). Además, muchos alumnos desertan la escuela. "Durante estos tres últimos años, el número de *fugitivos* llegaba a 80.000 en una escuela técnica de la R.S.F.S.R. En el instituto pedagógico Kabardino-Balkar, las *fugas* son del 24% y del 30% en el de la República Autónoma de los Chuvacos." El periódico añade: "Los estudiantes de los institutos pedagógicos dan prueba de un analfabetismo extremadamente desconcertante".

Por añadidura, dichos institutos no consiguen reclutar, en la R.S.F.S.R., más que el 54% de lo normal; en Bielorrusia, sólo el 42%; en Tadzhikistán, sólo el 48%; en

Azerbaidzhán, sólo entre el 40% y el 60%, etc.

La *Pravda* del 26 de diciembre de 1936 nos informa que 5.000 niños de la región de Gorki no asisten a la escuela. Además, el número de niños que dejan la escuela al cabo del primer año llegaría a 5.984; a 2.362 al cabo del segundo, y a 3.012 al cabo del tercero. Por supuesto, los que perseveran son campeones.

Para contrarrestar las deserciones, a un director de las clases preparatorias de aprendizaje obrero se le ha ocurrido castigar a los fugitivos ¡con una multa de 400 rublos por cabeza! (*Pravda Vostoka* del 23 de diciembre). No nos dicen si esta multa tiene que ser pagada de golpe, lo cual resulta difícil cuando el sueldo mensual del padre que la paga sólo es de 100 a 150 rublos.

Gran escasez de manuales escolares. Los disponibles, por su parte, pululan de errores. A la *Pravda* del 11 de enero de 1937 le indigna ver que las editoriales estatales de Moscú y de Leningrado publican manuales inutilizables. La *Edición Pedagógica* imprime un mapa de Europa en donde Irlanda se baña en el mar de Aral y las islas de Escocia en el Caspio. Saratov deja el Volga por el mar del Norte, etc.

Una tabla de multiplicar impresa en la cubierta de los cuadernos escolares nos enseña que:

8 x 3 = 18; 7 x 6 = 72; 8 x 6 = 78; 5 x 9 = 43, etc.

(*Pravda* del 17 de septiembre de 1936).

Se entiende entonces que los contables soviéticos hagan tanto uso de los ábacos.

Otra razón que explica por qué tarda tanto en realizarse la famosa y tan admirada liquidación del analfabetismo, es que los pobres maestros, trabajadores aislados, suelen quedarse sin cobrar su magra paga y para vivir se ven obligados a dedicarse a actividades que guardan poca relación con la escuela.

Izvestia del 1.º de marzo achaca a las lentitudes burocráticas (o a malversaciones de fondos) esos pagos no realizados que elevan a más de medio millón de rublos la deuda del Estado para con los maestros —sólo para la región de Kuíbishev. En la de Jarkov, esta deuda asciende a 724.000 rublos, etc. Semejante situación induce a preguntarse cómo los maestros siguen viviendo aún y si la liquidación del analfabetismo no supondrá la liquidación previa del cuerpo docente.[33]

Quisiera evitar cualquier malentendido: transcribo con pesar estos números espantosos. Sólo cabe lamentar tan deplorable situación; ahora bien, protesto cuando vuestra obcecación, o vuestra mala fe, pretende hacer pasar por admirables, resultados a todas luces lamentables.

IV.

La dimensión de vuestro engaño es lo que tan profunda y dolorosa hizo la pérdida de mi confianza, de mi admiración, de mi alegría. Además, lo que reprocho a la U.R.S.S. no es el no haber alcanzado resultados mejores (ahora me explican que no podía hacer mejor en menos tiempo, y que yo tendría que entenderlo; esgrimen el argumento de que la U.R.S.S. había empezado desde un nivel mucho más bajo de lo que yo jamás podría suponer; y que el triste estado en que están vegetando actualmente miles de obreros, cantidades de oprimidos bajo el antiguo régimen hubieran deseado conocerlo con desesperanza. Sigo pensando que es algo exagerado). No: lo que yo reprocho ante todo a la U.R.S.S. es el habernos dado gato por liebre al presentarnos como envidiable la situación de sus obreros. Y reprocho a nuestros comunistas (no hablo, ¡claro!, de los camaradas engañados, sino de los que sabían, o al menos hubieran tenido que saber) el haber mentido a los obreros, inconsciente o deliberadamente —y en tal caso por consideración política.

El obrero soviético está atado a su fábrica como el obrero rural a su koljós o a su sovjós, y como Ixión a su rueda. Si por cualquier razón, porque tiene la esperanza de estar algo mejor (algo menos mal) en otro lugar, el obrero quiere cambiar, que vaya con cuidado: enrolado, encasillado, atrapado, corre el riesgo de que no lo acepten en ningún lado. Aun sin cambiar de ciudad, si deja la fábrica, le quitan la vivienda (no gratuita, por cierto) conseguida con tantas dificultades y a la que le daba derecho su trabajo. Al obrero, si se va, se le retiene una parte importante de su sueldo: el koljosiano, por su parte, pierde todo el beneficio de su trabajo colectivizado. En cambio, el trabajador no tiene la posibilidad de sustraerse a los desplazamientos que le son ordenados. No tiene la libertad de irse o de quedarse a su antojo; de permanecer en un lugar en donde, tal vez, le llama o le retiene un amor o una amistad.[34]

Si no pertenece al Partido, los camaradas inscritos le pasarán por encima. Entrar en el Partido, conseguir la admisión (empresa harto difícil que requiere, además de conocimientos particulares, una ortodoxia perfecta y disposiciones flexibles para la complacencia) es la condición primera e indispensable para alcanzar el *éxito*.

Una vez dentro del Partido, ya es imposible dejarlo[35] sin perder en el acto la situación, la colocación y todas las ventajas adquiridas en el trabajo anterior; sin, por último, exponerse a represalias y a la suspicacia general. Pues ¿qué razón puede haber para abandonar un Partido en donde se estaba tan bien? ¡Que le proporcionaba a uno semejantes ventajas! Y que lo único que exigía a cambio era que se dijera sí a todo y se dejara de pensar por sí mismo. ¡Qué necesidad hay de pensar (¡y además por sí mismo!) cuando el asentimiento general es que todo va tan bien! Pensar con su propia cabeza equivale a convertirse al instante en “contrarrevolucionario”. Listo para Siberia.[36]

La delación ofrece un excelente medio de promoción. Asegura buenas relaciones con la policía, la cual otorga su protección inmediata, a la vez que se sirve de uno; dado el primer paso, en efecto, ya no hay honor o amistad que valga: hay que seguir adelante. Es por cierto un entrenamiento fácil. Y el soplón vive protegido.

•

Cuando, por razones políticas, en Francia, algún periódico vinculado a un partido desea descalificar a alguien, recurre, para ese sucio trabajo, a un enemigo de dicha persona. En la U.R.S.S., se recurre al amigo más cercano. No se pide: se exige. El mejor vapuleo es el que se ve reforzado por un repudio. De ahí la importancia de que el amigo se desolidarice de aquel a quien se pretende hundir, y que aporte pruebas de ello. (Con Zinóviev, Kámenev y Smirnov harán que se enfrenten sus amigos de ayer: Piatakov y Rádek; se empeñan en deshonrarlos antes de fusilarlos a su vez.) Negarse a cometer esa deslealtad, esa cobardía, equivale a condenarse a sí mismo junto con el amigo que uno quisiera salvar.

Se acaba desconfiando de todo y de todos. Los inocentes comentarios de los niños pueden comprometer. La gente ya no se atreve a hablar en su presencia. Cada uno vigila, se autovigila, es vigilado. Ha desaparecido la espontaneidad, ha desaparecido la palabra libre, a no ser tal vez en la cama, con la propia esposa, si uno está muy seguro de ella. Y N. se divertía afirmando que esta situación bastaba para explicar por qué los matrimonios se hicieron tan frecuentes. La unión libre no ofrecía la misma tranquilidad. Imagínese: ¡se ha visto condenar a gente por comentarios relatados diez años más tarde! Así pues, la necesidad de explayarse en la intimidad de la cama, después de esa intolerable presión a lo largo del día, día tras día, se volvía más y más apremiante.

Para protegerse de las denuncias, el medio más expeditivo es tomar la delantera. Por añadidura, quienes no han informado inmediatamente de comentarios disonantes que hayan oído, se exponen al encarcelamiento o a la deportación. La delación forma parte de las virtudes cívicas. Se empieza a practicar en la edad más temprana, y el niño que “se chiva” se ve felicitado.

Para ser admitido en el pequeño paraíso del modélico Bolshevo, no basta con ser un antiguo malhechor arrepentido; hay que haber entregado, además a sus compinches a la policía. Este premio otorgado a la delación es un medio de investigación para la Guepeu.

Después del asesinato de Kirov, la policía ha estrechado más aún sus redes. La entrega de la súplica de unos jóvenes a Emile Verhaeren (durante su viaje a Rusia inmediatamente antes de la guerra), súplica que Vildrac admira y relata de manera encantadora, desde luego ya no sería posible hoy en día; como tampoco la actividad

revolucionaria (digamos: contrarrevolucionaria, por favor) de la Madre (la del hermoso libro de Gorki) y de su hijo: allí donde ayer la gente encontraba, a su alrededor, ayuda, apoyo, protección, complicidad, ya no aparece más que vigilancia y delación.

De arriba hasta abajo en la escala social reformada, los que tienen mejor calificación son los más serviles, los más cobardes, los más sumisos, los más viles. Todos los que levantan cabeza son eliminados o deportados uno tras otro. ¿Tal vez esto no llegue hasta el ejército rojo?[37] Esperemos que así sea; pues dentro de poco, de este heroico y admirable pueblo que tanto merecía nuestro amor, no quedará más que verdugos, aprovechados y víctimas.

¿Puede extrañarnos entonces que este pobre ser acosado en que se transforma el obrero soviético en cuanto deja las filas de los favorecidos, ese ser hambriento, mutilado, machacado, que no se atreve a protestar ni siquiera a quejarse en voz alta, se invente de nuevo un Dios y busque una salida en la oración? ¿A qué solución humana puede recurrir?…

Cuando leemos que en los pasados oficios de Navidad las iglesias estaban abarrotadas, no hay nada en ello que deba sorprendernos. Para los expoliados, el “opio”.

Acabo de descubrir, aquí en Cuverville, en un rincón de la jaula en donde llevo tres meses criando una tórtola caída del nido —acabo de descubrir que dos de los granos de trigo que le doy para comer, que dos de estos granos han germinado, al lado mismo del pequeño bebedero del pájaro, cuya agua a veces desborda un poco; lo cual ha proporcionado la humedad necesaria a esos granos, extraviados dentro de la estrecha grieta que se extiende entre el costado de la jaula y el suelo; de cada uno se ha disparado de repente (mejor dicho, yo me di cuenta de repente) el dardo de una fina bayoneta verdín, que mide ya cuatro o cinco centímetros de alto. Y este fenómeno, tan natural por otra parte, me ha sumido en tal fascinación que durante largo tiempo no he podido pensar en nada más. Es cierto: uno cuenta los granos, calcula su peso; aquí están rodando dócilmente cual cositas más o menos redondas, duras y volteables a voluntad. Y de repente he aquí que uno de esos granos ¡se empeña en demostrar que es, a pesar de todo, una cosa viviente! Ante el gran estupor del administrador, inclinado sobre los barrotes de la jaula, y que ya no pensaba en ello.

A algunos teóricos del marxismo,[38] sin embargo, les falta singularmente, diría yo, ese género de talante capaz de ablandar los granos hasta llevarlos a germinación. No es, desde luego, una cuestión de sentimiento: no hay lugar para recurrir a la caridad con aquello que se debe imponer por justicia. Sentir lástima por la miseria, anegarla en lágrimas, equivale a sustentarla, cuando de lo que se trata es de impedirla. (También es importante no dejar que se moje la pólvora que necesitará la Revolución.)

Lo que llamamos: el corazón, está condenado a “extinguirse”,[39] por falta de uso.

De ahí cierta sequedad, conseguida demasiado fácilmente; cierto empobrecimiento particular a consecuencia (o en vista) de una mejora global… Estas consideraciones me llevarían demasiado lejos; me las reservo.

V.

El señor Fernand Grenier cita, aprobándola, mi frase del *Regreso de la U.R.S.S.*: “Esto al menos ha sido conquistado: ya no existe, en la U.R.S.S., la explotación de la mayoría en beneficio de unos pocos. Es enorme.” A lo cual añade Grenier: “En efecto, camaradas, ¡es enorme!” ante los aplausos del auditorio.

En efecto, es enorme. Era enorme. Pero deja de ser exacto. E insisto en ello, porque ahí está lo importante. Yvon lo dice muy acertadamente: “La desaparición del capitalismo no conlleva automáticamente la liberación del trabajador”. Conviene que el proletario francés lo entienda. O mejor dicho: sería conveniente que lo entendiera. El proletario soviético, por su parte, está empezando a perder la ilusión de que trabaja para sí y de que recobra con ello su dignidad. Ya no hay, es cierto, capitalistas accionistas que exploten su trabajo. Pero está explotado al fin y al cabo, y ello de un modo tan retorcido, tan sutil, tan indirecto, que ya no sabe a quién achacarlo. La insuficiencia de sus salarios es lo que permite la desproporción de los sueldos de otros. No es él quien se beneficia de su trabajo, de su “trabajo excedente”, son los favorecidos, los bien considerados, los dóciles, los saciados; y con lo que se recorta de los salarios humildes, redondean las gruesas pagas mensuales de diez mil rublos y más.

Para mayor precisión, transcribo el elocuente cuadro que traza M. Yvon en *Ce qu’est devenue la Révolution russe*. Nadie se atrevería a poner en duda su exactitud:

	salarios extremos	**salarios medios**
obrero	de 70 a 400 r.	125 a 200 r.
pequeño empleado	de 80 a 250 r.	130 a 180 r.
criados	de 50 a 60 r., más, por supuesto, comida y alojamiento.	
empleados y técnicos medios	de 300 a 800 r.	
altos responsables y especialistas, altos funcionarios, profesores, artistas, escritores	de 1.500 a 10.000 rublos y más; se habla en algunos casos, de ingresos mensuales de 20.000 a 30.000 rublos.	

El cuadro comparativo de las jubilaciones no es menos elocuente.

> Pensiones obreras: de 25 a 80 rublos por mes sin ningún privilegio.
> Pensiones de las viudas de altos funcionarios y grandes especialistas: de 250 a 1.000 rublos por mes, además de casas o pisos vitalicios y becas de estudios para los hijos, a veces incluso para los nietos.

Añádase los descuentos sobre los salarios (los salarios por encima de 150 rublos por mes son parcialmente exonerados) —sea, de un 15 a un 20% de retención. No puedo citar el capítulo entero; conviene sin embargo leerse todo el folleto.

Salarios de cinco rublos al día; a menudo menos aún. Les dejo que comparen con nuestros sueldos, e incluso con los subsidios de paro. Es cierto que el pan es menos caro que en Francia (el pan de centeno 0,85 rublos el kilo, el pan blanco 1,70 en

1936); ahora bien, la ropa más corriente, los objetos de primera necesidad cuestan "un ojo de la cara". El poder adquisitivo del rublo era algo menor que el de nuestro franco antes del "reajuste".[40] Y que no me vengan con las múltiples ventajas de las que podría gozar el obrero además de su paga: las ventajas acostumbran a acompañar los sueldos importantes.

Se preguntarán: ¿por qué precios tan altos para los productos manufacturados, o incluso para productos naturales (leche, mantequilla, huevos, carne, etc.), cuando el que vende es el Estado? La cuestión es que mientras la cantidad de mercancías no dé abasto, mientras la oferta siga tan lamentablemente por debajo de la demanda, no es mala idea el desalentar un poco esta última. Únicamente los que puedan permitirse pagar altos precios tendrán acceso a las mercancías. El hambre, sólo lo padecerá la gran mayoría.

Y ya que dicha mayoría bien podría negar su apoyo al régimen, lo importante será no dejarla hablar.[41]

•

Cuando el señor Jean Pons se queda extasiado ante el incremento progresivo de la media de los salarios.[42]

En 1934:	180 rublos (de promedio)
En 1935:	260 rublos (de promedio)
En 1936:	360 rublos (de promedio)

le sugiero que se fije en los salarios medios de los simples obreros, los cuales siguen idénticos y en que el incremento del *promedio* se debe a un mayor número de privilegiados y al aumento de sus sueldos.

Por lo demás, el promedio no sube mientras no sube también el costo general de la vida, y mientras el rublo no pierde algo de su poder adquisitivo.[43]

Se produce a la sazón un fenómeno paradójico: unos salarios de 5 rublos diarios, cuando no menos, abocan a la miseria casi total a la mayoría de los trabajadores, para que unos cuantos privilegiados puedan percibir retribuciones más enormes aún,[44] y para cubrir los gastos de una intensa propaganda que se dedica a convencer a los obreros de nuestro país de la felicidad de los obreros rusos. Más valdría que nos lo hicieran saber un poco menos, para que éstos pudieran serlo un poco más.

VI.

No sentirse ya explotado, es enorme. Pero ¡darse cuenta de que uno sigue explotado y no saber por quién; no saber va a quién culpar de su miseria, a quién acusar!… Con razón, me temo, ve Céline en semejante desvanecimiento del resentimiento la perfecta culminación del horror. Dice con fuerza:

"¡Aquí al menos nosotros nos divertimos! ¡No tenemos que fingir! ¡Seguimos siendo "oprimidos"! ¡Podemos achacar todo lo maléfico del Destino a los chupadores de sangre! ¡Al cáncer del "Explotador"! Y a continuación portarnos como cabrones. ¡Si te he visto, no me acuerdo!… ¿Pero cuando ya no tenemos el derecho de destruir? ¿Y que ni siquiera nos dejan armar bronca? ¡La vida se hace intolerable!…" (*Mea Culpa*).

Esta mañana (8 de febrero de 1937), N. me trae triunfante el *Temps* de ayer tarde para leerme:

"A lo largo de los dos quinquenios, el presupuesto de Ucrania se ha multiplicado por siete.[45] La mayor parte de los gastos del nuevo presupuesto está destinada a las medidas sociales y culturales, de las cuales 2.564 millones de rublos para la enseñanza pública, y 1.227 millones para las necesidades de la salud pública." —¿Y qué? ¿Qué me dice de esto?

Abriendo en la página 196 el libro de Louis Fischer, tan favorable sin embargo a la U.R.S.S., le contesto a N. leyendo a mi vez:

"Me parece que el proletariado soberano está cediendo terreno a competidores, ya que casi la totalidad de los dieciséis nuevos sanatorios en construcción (en Kislovodsk, "la mayor estación termal del mundo") está siendo edificada por servicios del gobierno tales como el Banco de Estado, el Comisariado para la Industria pesada, el Comisariado para Correos y Telégrafos, el periódico *Pravda*, etc. Todas estas administraciones emplean también obreros; pero supongo que los funcionarios podrán acceder más fácilmente que los obreros a las camas y los baños."[46]

Muy indulgente se muestra Louis Fischer al hablar de la "indolencia de los Sindicatos". Para cualquiera que le oyera, sólo dependería de éstos, de los sindicatos, el impedir que "los funcionarios del gobierno, los ingenieros y demás *grupos estratégicamente colocados* acaparen los mejores pisos, disfruten abusivamente de los sanatorios, etc". De ningún modo; los sindicatos son impotentes allí donde impera la burocracia. Dictadura del proletariado, nos decían. Cada vez más nos alejamos de la meta. Cada vez más hay que decir: "la dictadura de la burocracia sobre el proletariado".[47]

El hecho es que el proletariado ha perdido incluso la posibilidad de elegir a un representante que defienda sus intereses perjudicados. Las votaciones populares,

tanto abiertas como secretas, no son más que farsa e irrisión: no hay nominación que no esté decidida, que no esté hecha desde arriba. No hay otro derecho para el pueblo que el elegir a personas ya escogidas de antemano. El proletariado está engañado. Amordazado, agarrotado por todos lados, ya le es casi imposible resistir. ¡Desde luego! ¡Cuán controlada, cuán ganada tiene Stalin la partida! Bajo los aplausos fervorosos de los comunistas del mundo entero que aún siguen y seguirán creyendo por mucho tiempo, que al menos en la U.R.S.S. han salido victoriosos, y que tachan de enemigo y traidor a todo aquel que no aplaude.

•

La burocracia, considerablemente fortalecida al acabar la N.E.P., se va infiltrando en los sovjoses y los koljoses. Una encuesta de la *Pravda* del 16 de septiembre de 1936 estima a más del 14%, entre el personal de las plantas de maquinaria agrícola por ejemplo, el número de empleados inútiles.[48]

El propio Stalin, pretenden algunos, se ha convertido en el esclavo de esa burocracia —inicialmente instrumento de gestión y, a la postre, de dominación. Nada más difícil de desalojar de una sinecura que a unos vagos sin valor propio. Ya en 1929 Ordzhonikidze se quedaba pasmado al ver esa "colosal cantidad de inútiles" que se desentienden por completo del verdadero socialismo y cuyo único afán es impedir su realización. "A aquellos, decía, que no sirven para nada y que nadie necesita, se los coloca en las comisiones de control". Pero cuanto más incapaces resultan esos individuos, tanto más puede Stalin contar con el conformismo de su devoción, siendo el favor para esa gente el único resorte de su privilegiada situación. Son, cómo no, ardientes alabadores del régimen. Mientras sirvan la suerte de Stalin, protegen la suya propia.

De las tres condiciones que Lenin consideraba indispensables para evitar que los funcionarios se convirtieran en burócratas: l.º amovilidad continua y elegibilidad en cualquier momento; 2.º salario igual al del obrero medio; 3.º participación de todos en el control y en la vigilancia, de tal modo que todos —insistía Lenin— sean temporalmente funcionarios, pero que nadie pueda convertirse en "burócrata". De estas condiciones, ninguna de las tres ha sido respetada.

Resulta imposible, al volver de la U.R.S.S., releer sin congoja el librito de Lenin *El Estado y la Revolución*. Pues afirmo que hoy en día, en la U.R.S.S., se está más lejos de lo que se estaba ayer, no ya de la soñada sociedad comunista, sino tan siquiera de esa fase de transición que permitiría alcanzar el socialismo.

Podemos leer también, en ese mismo librito de Lenin:

"Kautsky, en resumen, viene a decir lo siguiente: Mientras haya empleados electos, habrá funcionarios; la burocracia, por ende, ¡subsistiría en un régimen socialista! Nada más falso. Marx ha mostrado, con el ejemplo de la Comuna, que los que detentan funciones públicas dejan de ser, en un régimen socialista, 'burócratas',

‘funcionarios’; y esto se consigue a medida que se establece, para dicha gente, *además de la elegibilidad, la amovilidad en cualquier momento, a medida que se le reduce el sueldo al nivel del salario medio de un obrero* y a medida que, en lugar de las instituciones parlamentarias, se instalen instituciones de trabajo, esto es, que hacen leyes y las aplican.”[49]

Cabe preguntarse, llegados a este punto, si Kautsky no se está tomando ahora su revancha y ¿a quién de los dos, a Lenin o a él, haría Stalin encarcelar o fusilar hoy día?

VII.

En más de un punto ha demostrado la Nueva Constitución su preocupación por responder anticipadamente a las críticas, para precaverse de los ataques que bien sabe se merecerá. Saben perfectamente los dirigentes que la dirección de la máquina queda fuera del alcance del pueblo; que entre el pueblo y sus supuestos representantes no subsiste ni un ápice de contacto real. Y a esto es a lo que pretenden llegar. Tanto más importante resulta entonces hacer creer que nunca dicho contacto ha sido más estrecho; que habrá, como dice *L'Humanité* del 13 de marzo, "una intensificación del control de las masas sobre los órganos soviéticos y mayor responsabilidad de los órganos soviéticos respecto a las masas." Añade este periódico: "El nuevo sistema electoral fortalecerá el vínculo de los representantes del pueblo con las masas de los electores." ¡Qué bien! Todo es tan perfecto que el mismo artículo puede permitirse, acto seguido, hablar sin disimulos de la intención que hay de "dirigir las elecciones", de "criticar las malas candidaturas, de oponerse a ellas sin esperar su fracaso a la hora del voto secreto". ¿Quién no admiraría tan precavida prudencia? ¡Imagínese! Resultaría tan desagradable volver a incurrir en el error del 19 de octubre de 1934, fecha en la que le fue otorgada al pueblo la posibilidad de elegir (para el Pleno del Comité Regional de Kiev, por ejemplo) a "gente hoy desenmascarada como enemigos del partido". De ahí la necesidad de proceder rápidamente, antes de las elecciones, a "suprimir todo aquello que pone trabas al desarrollo del núcleo activo del partido". Sólo después, las elecciones podrán ser "libres".

Mucho me temo por tanto que le tirarán de las orejas a cierto redactor de periódico —al que me abstendré de nombrar por miedo a perjudicarle— que, pese a su total devoción hacia la U.R.S.S. de Stalin y hacia la nueva Constitución, se atreve a aventurar tímidamente en medio de un elogio la siguiente observación (27 de febrero pasado): "Tememos precisamente que en el sistema actual, los órganos del Estado ya no se confundan con la masa de los trabajadores, tal como ocurría en el sistema de los Soviets, sino que al contrario, tiendan a diferenciarse de ésta.

"—¿Por qué?…

"—Pues por lo alejados que están entre sí los electores; por la distancia que separa a los electores y a su diputado."

Y el imprudente crítico se atreve a recordar que "las últimas estadísticas revelaban que un ciudadano de cada sesenta era diputado en algún soviet", que "dicho soviet, sea cual fuese, era una piedra de la pirámide y ejercía su influencia sobre la política general del país". Pero eso era precisamente lo que representaba un estorbo. A ese estado de cosas es al que había que poner orden: "La célula política permanente de la base ya no existe".[50]

No nos queda por tanto más remedio que sumarnos por completo a la declaración de Sir Walter Citrine en la que expresa "su convicción de que la U.R.S.S., al igual

que las demás dictaduras, está gobernada por un puñado de hombres y que la gran masa del pueblo no participa,[51] o en todo caso sólo en una ínfima medida, en el gobierno del país".

•

Mientras tanto, y a fin de cuentas, siempre es el pueblo el que paga; aunque sea indirectamente. Se mire como se mire —sea por la exportación de los productos alimenticios, de los que sin embargo el pueblo está tan necesitado, sea por la monstruosa diferencia entre los precios de los productos agrícolas y los de los mismos productos para el consumo, sea por retenciones directas— siempre es a expensas de la clase obrera o campesina, a expensas de su fondo de consumo, cómo se constituye el fondo de acumulación necesario y permanentemente deficiente. Este fenómeno se verificaba ya en el primer plan quinquenal y sigue dándose aún ahora. En los casos en que este fondo, además de cierto impulso que debe dar al conjunto, va destinado a fines prácticos, utilitarios, filantrópicos, aun. Es de esperar que el pueblo saca provecho de los hospitales, de las casas de descanso, de cultura, etc., o al menos, que lo sacará. Pero qué se puede pensar cuando, en medio de semejante miseria, ese fondo de acumulación sirve para edificar un Palacio de los Soviets (de los difuntos Soviets) para mayor pasmo del camarada Jean Pons. ¡Imagínese! Un monumento de 415 metros de altura ("los neoyorquinos, dice Pons, echan chispas") coronado por una estatua de Lenin de 70 a 80 metros, de acero inoxidable, un solo dedo de la cual medirá diez metros de largo.[52] ¡Bueno! Al menos el obrero sabrá por qué se está muriendo de hambre. Incluso podrá pensar: vale la pena. A falta de pan, he aquí algo de qué jactarse. (Tal vez los que se jacten, serán sobre todo los otros.) Y lo más admirable es que ese palacio se lo harán votar, ya verán; y ¡con unanimidad además! Le preguntarán, al pueblo ruso, lo que prefiere: ¿un mayor bienestar o el palacio? Y no habrá uno que no conteste, que no se vea obligado a contestar: el Palacio primero.

"Por cada palacio que veo edificándose en la capital, me parece ver un país entero reducido a chozas", escribía Jean-Jacques (*Contrato social*, III, 13). ¿En "chozas", los obreros soviéticos? ¡Ojalá lo hubiera querido Stalin! En tugurios es donde viven encorralados los obreros.

•

No sabía nada de todo esto cuando estaba en la U.R.S.S., como tampoco conocía el funcionamiento de las grandes Compañías Concesionarias cuando viajaba por el Congo. Tanto en un caso como en otro, observaba consecuencias desastrosas cuyas causas no alcanzaba aún a entender. Sólo tras haber escrito mi libro sobre la U.R.S.S., acabé de informarme. Citrine, Trotski, Mercier, Yvon, Victor Serge, Legay, Rudolf y

muchos más me han facilitado su documentación. Todo lo que me han enseñado, y que yo no pasaba de sospechar, ha venido a confirmar, a reforzar mis temores. Ya es hora de que el partido comunista de Francia acepte abrir los ojos; ya es hora de que dejen de mentirle. O, si no, que entienda el pueblo de los trabajadores que está engañado por los comunistas, como éstos lo están hoy por Moscú.

VIII.

Demasiado impregnado de escritos marxistas quedé yo después de tres años, como para sentirme desplazado en la U.R.S.S. Por otra parte, había leído demasiados relatos de viajes, descripciones entusiastas, demasiadas apologías. Dar excesivo crédito a las alabanzas, esa era mi mayor equivocación. El caso es que todo aquello que hubiera podido ponerme en guardia se expresaba con tanto despecho… Antes creo en el amor que en el odio. Pues sí, me mostraba crédulo, confiado. Además, lo que me incomodó sobre todo allí, no fue tanto lo imperfecto como las ventajas que yo quería dejar atrás, los privilegios que esperaba ver abolidos, todo lo cual volví a encontrar en seguida. Por supuesto, me parecía natural que intentaran recibir a un invitado de la mejor manera posible, que en todas partes quisieran enseñarle lo mejor. Ahora bien, mi extrañeza nacía al observar tanta distancia entre ese mejor y la suerte común, privilegios tan excesivos comparados con una cotidianidad tan mediocre y tan mala. Tal vez sea un defecto de mi mente y de su formación protestante: desconfío de las ideas rediticias y de las opiniones “confortables”; mejor dicho: de aquellas ideas que puedan dar al que las profesa la esperanza de sacar provecho de ellas.

Y ¡qué caramba! Entiendo perfectamente la ventaja que —sin llegar propiamente a intento de corrupción— puede representar para el gobierno soviético el reservar la mejor parte a los artistas y escritores, a todos sus corifeos; pero no me cabe duda tampoco en cuanto a la ventaja que puede sacar el escritor de sus propios aplausos al gobierno y a la constitución que le es tan favorable. En el acto, me pongo en guardia. Temo caer en la seducción. Me dan miedo las prerrogativas desmesuradas que se me ofrecen allí. Yo no voy a la U.R.S.S. para volver a toparme con privilegios. Los que me esperaban allí saltan a la vista.

¿Y por qué no habría de decirlo?

Sabía por los periódicos de Moscú que en unos meses más de 400.000 ejemplares de mi libro *El viaje al Congo*, habían sido vendidos. Que cada cual calcule el tanto por ciento de los derechos de autor. Y ¡los artículos tan bien pagados! De haber escrito un ditirambo sobre la U.R.S.S. y sobre Stalin, ¡qué fortuna la mía!

Estas consideraciones no hubieran impedido mi aprobación; tampoco detendrán mis críticas. He de confesar, sin embargo, que la situación extraordinariamente privilegiada (más que en ningún otro país de Europa) de la que gozan todos los que manejan la pluma, con tal de que escriban en el buen sentido, ha contribuido considerablemente a ponerme en alerta. Entre todos los obreros y artesanos de la U.R.S.S., los literatos son con mucho los más privilegiados. Dos de mis compañeros de viaje (cada uno con la traducción de un libro suyo imprimiéndose) recorrían las tiendas de antigüedades, los vendedores de viejo, sin saber cómo gastarse los miles de rublos de anticipo que acababan de cobrar y que no podían sacar del país. Por mi parte, apenas pude empezar a gastar la enorme cantidad que me tenían reservada,

pues allí me ofrecían todo. Realmente, todo: desde el propio viaje hasta los paquetes de cigarrillos. Y a cada vez que sacaba mi cartera para saldar una cuenta de restaurante o de hotel, para pagar una factura, para comprar sellos o un periódico, me detenía la exquisita sonrisa y el gesto autoritario de nuestra guía: "¡Bromea usted! Es usted nuestro huésped, así como sus cinco compañeros."

Desde luego, no tuve ningún motivo de queja mientras duró mi viaje por la U.R.S.S. y nada más absurdo entre todas las explicaciones tendenciosas, inventadas posteriormente para invalidar mis críticas, que aquella que pretendía reducir estas últimas a la expresión de una insatisfacción personal. Jamás hasta la fecha había viajado en condiciones tan fastuosas. En un vagón especial en los trenes y en los mejores automóviles, siempre las mejores habitaciones en los mejores hoteles, la comida más abundante y más selecta. Y ¡qué recibimiento! ¡Qué cuidados! ¡Qué atenciones! En todas partes aplaudido, adulado, agasajado, festejado. Nada de lo que se me ofreciera parecía demasiado bueno, demasiado exquisito. Hubiera sido muy poco acertado por mi parte rehusar estos agasajos; no podía hacerlo; y conservo de éstos un maravilloso recuerdo, una intensa gratitud. Estos mismos favores, empero, evocaban constantemente privilegios y diferencias ahí donde yo pensaba encontrar igualdad.

Cuando conseguía a duras penas eludir los actos oficiales, y trataba con obreros cuyo salario no pasaba de los cuatro o cinco rublos diarios ¿qué querían que pensara del banquete en mi honor, del que no podía eximir mi presencia? Un banquete casi diario, en que la abundancia de entremeses era tal que uno ya quedaba ahíto antes de haber empezado la comida de verdad; un festín de seis platos, que duraba más de dos horas y que le dejaba a uno alelado. ¡Qué derroche! Al no poder jamás ver una cuenta, no puedo precisar su importe. No obstante, uno de mis compañeros, muy al corriente de los precios, calcula que cada banquete debe salir a más de trescientos rublos por cabeza, incluidos los licores y los vinos. Y éramos seis compañeros, siete con nuestra guía; a menudo había también tantos invitadores como invitados, a veces muchos más.[53]

Durante el viaje, no éramos propiamente dicho invitados del gobierno, sino más bien de la acaudalada Sociedad de los Autores Soviéticos. Cuando pienso en los gastos que hizo para nosotros, dudo de que mis derechos, que les cedo, representen una mina de oro suficiente para compensarlos.

Es evidente que contaban con un resultado distinto de tan generosos anticipos. Y me parece que parte del despecho que me hizo notar *Pravda*, reside ahí: no he resultado muy "rentable".

•

Les aseguro que algo trágico hay en mi aventura soviética. Había llegado, entusiasta y convencido, para admirar el nuevo mundo, y me ofrecían, *con el*

propósito de seducirme, todas las prerrogativas que aborrecía en el viejo.

—Usted no entiende nada, me dice un excelente marxista. El comunismo sólo se opone a la explotación del hombre por el hombre; ¿cuántas veces habrá que repetírselo? Una vez alcanzada esa meta, uno podrá ser tan rico como Alexis Tolstoi o como un cantante de ópera, mientras su fortuna sea el resultado de su trabajo personal. En el desprecio y el odio de usted por el dinero, por la propiedad, veo una lamentable supervivencia de sus primeras ideas cristianas.

—Tal vez.

—Y reconozca que éstas nada tienen que ver con el marxismo.

—¡Desgraciadamente!

•

Ya sé, y no dejan de repetírmelo, que algunos rasgos de carácter, a veces los más encantadores, como esa súbita cordialidad, esa generosidad espontánea que se ganaba inmediatamente mi simpatía, así como los defectos más patentes que ponen en cuestión lo alcanzado, pueden ser imputados al temperamento semioriental de los rusos y no al nuevo régimen; ya sé que me hubiera encontrado con defectos o cualidades casi idénticos en tiempos de los zares. Lo cual me hace pensar que es erróneo esperar de la única transformación de las circunstancias sociales un cambio profundo de la naturaleza humana. Entiéndanme bien: es importante, es bastante ya, que se posibilite ese cambio con circunstancias transformadas; y es mucho. Pero no serán éstas las que lo motivarán. Pues nada en ello puede ser mecánico y, sin una reforma individual interna, vemos cómo se vuelve a formar la sociedad burguesa, cómo el “viejo hombre” vuelve a aparecer y a desarrollarse nuevamente.

Mientras el hombre viva aplastado, mientras lo mantenga postrado la coacción de las iniquidades sociales, es lícito tener grandes expectativas respecto a lo que queda por nacer en él. Del mismo modo en que se suele esperar maravillas de niños que, más tarde, resultarán ser adultos muy ordinarios. Es común la ilusión de que el pueblo está compuesto de hombres mejores que el resto de la decepcionante humanidad. Me parece que simplemente está menos *echado a perder*, pero que el dinero lo pudrirá como a los demás. Mire, si no, lo que está ocurriendo en la U.R.S.S.: la nueva burguesía en gestación tiene todos los defectos de la nuestra. Apenas acaba de salir de la miseria, que ya está despreciando a los necesitados. Ávida por conseguir todos los bienes de los que se vio privada tanto tiempo, sabe cómo arreglárselas para adquirirlos y conservarlos. “¿Es realmente esa gente la que ha hecho la Revolución? No, es la que se aprovecha de ella”, escribía yo en mi *Regreso de la U.R.S.S.* Por muy adscritos que estén al partido, ya no les queda nada de comunista en el corazón.

IX.

Algo queda sin embargo: el pueblo ruso parece feliz. Estoy completamente de acuerdo en ello con los testimonios de Vildrac, de Jean Pons, y no pude leer sin cierta nostalgia sus relatos de viaje. También yo lo he dicho: en ningún país como en la U.R.S.S., el pueblo mismo, la gente que uno se encuentra por la calle (al menos los jóvenes), los obreros de las fábricas que uno visita, las multitudes que se amontonan en los lugares de descanso, en los centros de cultura o de recreo, ofrecen semblantes tan risueños. ¿Cómo conciliar esta apariencia con la espantosa miseria que padece, como ya lo sabemos ahora, la mayoría?

Los que han recorrido mucho la U.R.S.S., me aseguran que Vildrac, Pons y yo mismo nos hubiéramos llevado un desengaño si nos hubiéramos apartado de los grandes centros y alejado de los recorridos turísticos. Hablan de regiones enteras cuyo desamparo salta a la vista. Y además…

La miseria en la U.R.S.S. está mal considerada. Se esconde. Pareciera culpable. Como si incitara no a la piedad, a la caridad auxiliadora, sino al desprecio. Los que se ven son aquellos cuyo bienestar se asienta sobre esa miseria. Aun así, se ven muchos otros, incluso hombres hambrientos, que siguen risueños y cuya felicidad, decía, está hecha “de confianza, de ignorancia y de esperanza”.[54]

Si todo lo que está a la vista en la U.R.S.S. tiene un aspecto alegre es porque todo lo que no tiene ese aspecto se vuelve sospechoso; resulta en efecto muy peligroso estar triste, o cuando menos dejar traspasar su tristeza. Rusia no es lugar para el lamento; allí está Siberia.

•

La U.R.S.S. es lo bastante prolífica como para permitir, sin que se note, importantes bajas en el tropel humano. Tanto más trágico resulta el empobrecimiento cuanto que es insensible. Los que desaparecen, aquellos a quienes se hace desaparecer, son los más valerosos; no son tal vez los que rinden más desde el punto de vista material, pero sí son los que difieren, los que se distinguen de la masa; y sólo una mediocridad tendente a ir cada vez más bajo le asegura a esa masa su unidad, su uniformidad.

Lo que en la U.R.S.S. se denomina “oposición” es la crítica libre, es la libertad de pensamiento. Stalin no soporta sino la aprobación; adversarios son, para él, todos aquellos que no aplauden. Ocurre más de una vez que él mismo adopte, posteriormente, cierta reforma propuesta; ahora bien, si se apropia de la idea, para que ésta sea bien suya, empieza por suprimir a aquel que la propone. Es su manera de tener razón. Tanto es así que pronto no quedarán a su alrededor sino los que no podrían llevarle la contraria por no tener ninguna idea en absoluto. En ello reside lo propio del despotismo: rodearse no de valores sino de servilismos.

Sea cual fuera el asunto que lleve ante cualquier tribunal a cualquier trabajador v por justa que resulte ser su causa, ¡ay del abogado que se alce para defenderlo, si la dirección quiere condenarlo!

•

Deportados, por millones… los que no han sabido, no han querido doblar la cabeza tal y como se les exigía.

No necesito en absoluto pensar, como lo hacía N. en cierta ocasión: "¡Diablos! Eso bien podría sucederme algún día…" Esas víctimas, yo las veo, las oigo, las siento alrededor mío. Sus gritos amordazados son los que me han despertado esta noche; su silencio es lo que hoy dicta estas líneas mías. Pensando en esos mártires, escribía yo las palabras que han excitado vuestras protestas, y las escribía porque el tácito reconocimiento de esos hombres, si mi libro llegara a sus manos, tiene más importancia para mí que las alabanzas o las imprecaciones de *Pravda*.

Nadie interviene en su favor. La prensa de derecha se limita a utilizarlos para censurar un régimen que abomina; los que defienden la idea de justicia y de libertad, los que luchan por Thaelmann, los Barbusse, los Romain Rolland, éstos se han callado, se callan; y alrededor de ellos está la inmensa masa proletaria cegada.

Sin embargo, cuando me indigno, me venís a explicar (y en nombre de Marx ¡para colmo!) que ese mal seguro, innegable (no me refiero sólo a las deportaciones, sino a la miseria de los obreros, a la insuficiencia o desmesura de los salarios, a los privilegios recobrados, al solapado restablecimiento de las clases, a la desaparición de los Soviets, al progresivo desvanecimiento de todo lo conquistado en 1917), me explicáis sabiamente que este mal es necesario, que usted, intelectual y ducho en los argumentos (las argucias) de la dialéctica, usted lo acepta como provisional y porque debiera conducir a un bien mayor. Usted, comunista inteligente, acepta conocer ese mal; pero le parece más adecuado esconderlo a aquellos, menos inteligentes que usted, que tal vez se indignarían de ello…

•

Que se saque partido de mis escritos, no puedo evitarlo: y aunque pudiera, no desearía hacerlo. Ahora bien, escribir lo que sea en vista del partido político que se le pueda sacar, eso no; que lo hagan otros. Ya se lo había advertido a mis nuevos amigos comunistas, en cuanto empezaron nuestras relaciones: jamás seré un recluta tranquilizador, un recluta cómodo.

Los "intelectuales" que simpatizan con el comunismo deben ser considerados por el Partido como "elementos inestables" que pueden ser útiles, pero de los que conviene desconfiar siempre, leí en alguna parte. ¡Cuan cierto es! Se lo he dicho y

repetido a Vaillant-Couturier, en el pasado, pero no quería darse por enterado.

No hay partido que valga —quiero decir: que me retenga— y que pueda impedir que prefiera la verdad al propio Partido. En cuanto interviene la mentira, me encuentro a disgusto; mi papel consiste en denunciarla. Es a la verdad a lo que estoy atado; si el Partido se aparta de ella, yo a un tiempo me aparto del Partido.

Sé perfectamente (me lo habéis repetido bastante) que, “desde el punto de vista marxista”, no existe la *Verdad*; al menos no en lo absoluto, que no hay verdad sino relativa; pero aquí se trata precisamente de una verdad relativa; una verdad que vosotros falseáis. Y considero que ante cuestiones tan graves, ya es engañarse a sí mismo el intentar engañar a los demás. Pues, en este caso, aquellos a quienes engañáis son los mismos que los que pretendéis servir: el pueblo. Mal servicio se le hace volviéndolo ciego.

Es importante ver las cosas tal como *son* y no tal como nos hubiera gustado que fueran:

La U.R.S.S. no es lo que esperábamos que sería, lo que prometía ser, lo que intenta parecer todavía; ha traicionado todas nuestras esperanzas. Si no aceptamos que éstas vuelvan a derrumbarse, conviene orientarlas hacia otro lado.

Pero no apartaremos de ti nuestras miradas, gloriosa y dolorosa Rusia. Si al principio nos servías de ejemplo, ahora ¡desgraciadamente! Nos enseñas en qué arenal puede naufragar una revolución.

Apéndice

Han sido suprimidas de este Apéndice algunas cartas que se encuentran ahora en el volumen *Littérature engagée* en la fecha correspondiente.

Compañeros

I.

El temor a que mi testimonio aislado no fuera suficiente me llevó a arreglármelas para que cinco compañeros se sumaran a mí. Me movía asimismo el deseo de que ellos también se beneficiaran de las facilidades y de los placeres extraordinarios de este viaje. Encantados de antemano, exaltados, dispuestos, tan fervorosos como yo mismo, conquistados por la U.R.S.S. y por la gran promesa del porvenir, adeptos entusiastas al régimen, eran, sin embargo, muy distintos a mí, tanto por la edad —todos mucho más jóvenes que yo— como por su temperamento, su formación, su medio; muy distintos entre sí también, y aun así, nos llevábamos a las mil maravillas. Yo pensaba, en efecto, que, para ver y oír bien, seis pares de ojos y de oídos no sobrarían, y que permitirían además contrastar reacciones necesariamente diferentes.

Estos compañeros, ya los conocen: eran Jef Last, Schiffrin, Eugène Dabit, Pierre Herbart, Louis Guilloux.

De estos cinco compañeros, dos llevaban mucho tiempo inscritos en el Partido, del que eran miembros muy abnegados, muy activos. Dos hablaban ruso. Era además para Jef Last su cuarto viaje a la U.R.S.S.; Pierre Herbart llevaba más de seis meses viviendo en Moscú. Dirigía allí la revista de propaganda, que sale en cuatro idiomas a la vez: *Literatura internacional*; lo cual le había facilitado estar muy al tanto de ciertas intrigas, muy informado. Gozaba además de una perspicacia singular. Es él, sin lugar a duda, quien me ha ayudado mucho a ponerme en alerta; quiero decir: quien ha aclarado muchas cosas que yo solo probablemente no hubiera entendido. He aquí un pequeño ejemplo:

Al día siguiente de nuestra llegada a Moscú (Pierre Herbart y yo habíamos salido en avión desde París, adonde Herbart había vuelto para pasar tres días y nos habíamos adelantado a los demás compañeros que, en un barco soviético, llegarían diez días más tarde a Leningrado), recibí la visita de Bujarin. Bujarin seguía siendo muy popular. En su última aparición, con motivo de no sé qué asamblea, el público lo recibió con una ovación entusiasta. Ya entonces, sin embargo, apuntaban solapadamente algunos signos de desgracia; para conseguir hacer pasar en la revista un artículo suyo muy notable, Pierre Herbart había topado con grandes resistencias. Era conveniente saber todo eso; yo no me enteré hasta más tarde. Bujarin había

venido solo; pero en cuanto entró en el salón particular del fastuoso apartamento, puesto a mi disposición en el hotel Metropol, se introdujo un supuesto periodista y, metiéndose en nuestra conversación, hizo que ésta se volviera imposible. Bujarin se levantó casi en el acto y, mientras yo lo acompañaba hasta la antesala, me dijo que tenía la esperanza de volver a verme.

Me lo encontré nuevamente tres días más tarde, en los funerales de Gorki, o mejor dicho: el día anterior, cuando el pueblo, durante horas, pudo desfilar ante el catafalco monumental y recubierto de flores, sobre el que descansaba, aun sin incinerar, el cuerpo de Gorki. En una sala contigua, mucho más pequeña, estaban presentes varios "responsables", entre los cuales Dimítrov; yo no lo conocía todavía y fui a saludarle. A su lado, estaba Bujarin; esperó a que me apartara de Dimítrov, me tomó por el brazo y se inclinó hacia mí:

—¿Podría encontrarme con usted dentro de una hora en el Metropol? Quisiera hablarle.

Pierre Herbart, que me acompañaba, lo oyó y me dijo entonces en voz baja:

—Apuesto a que no lo conseguirá.

Y en efecto, al ver a Bujarin acercárseme, Koltsov lo tomó inmediatamente aparte. No sé lo que llegaría a decirle, pero durante todo el tiempo que duró mi estancia en Moscú no volví a ver a Bujarin.

Sin esa pequeña advertencia, no me hubiera percatado de nada. Hubiera pensado que era indiferencia, negligencia; que Bujarin, después de todo, no tenía tantas ganas de verme, pero jamás se me hubiera ocurrido *que no había podido*.

Desde Leningrado, en donde Pierre Herbart y yo fuimos a acoger a Guilloux, Schiffrin, Last y Dabit a su bajada del barco, habíamos vuelto a Moscú, en nuestro vagón especial. Unos días más tarde, el mismo vagón nos conducía a Ordzhonikidze; luego, cruzando el Cáucaso, tres cómodos coches nos dejaron al día siguiente en Tbilisi. Llegábamos a la capital de Georgia con un día de retraso sobre el itinerario previsto; con lo cual los poetas georgianos que habían venido muy amablemente a nuestro encuentro en la montaña, en la frontera de su país, se quedaron veinticuatro horas esperándonos. Aprovecho la ocasión para decir aquí cuán conmovido me siento aún por la amabilidad de su acogida, por su exquisita cortesía, por las constantes atenciones de su simpatía. Si por algún milagro les llega este libro, han de saber que, pese a todo lo que les hayan podido decir, mi reconocimiento hacia ellos sigue siendo profundo.

II.

Tbilisi, que nos había decepcionado mucho al principio, nos seducía cada día más. Alargamos dos semanas nuestra estancia en esa ciudad. De allí nos fuimos para un recorrido de cuatro días por Kajetia. Aunque admirable y de lo más interesante bajo cualquier concepto, resultó lo bastante duro como para que Schiffrin y Guilloux, poco acostumbrados a los cansancios de los viajes, declarasen a la vuelta que estaban saciados de visiones y de emociones diversas y que deseaban volver a Francia.

Nos separamos con pesar, ya que su compañía era muy agradable, pero nos alegramos después de que no tuvieran que soportar unas fatigas que el calor creciente aumentaba.

No obstante, esta segunda parte de nuestro viaje fue con mucho la más aleccionadora. Más libres que hasta entonces, menos rodeados, pudimos entrar en contacto más directo con el pueblo; y sólo a partir de Tbilisi empezaron realmente a abrirse nuestros ojos.

Hacía veinte años, decían unos, hacía cincuenta, decían otros, que no había habido una temperatura tan alta. Lo cual no nos deprimía, por otra parte, y nada nos dejaba prever la repentina dolencia que se iba a llevar a Dabit tres semanas más tarde. Quiero protestar, y expresar mi indignación, contra ciertas insinuaciones referentes a su enfermedad. Error de diagnóstico, decían las menos malévolas. Es posible que, en la U.R.S.S., llamen *escarlatina* y hagan entrar bajo ese nombre una serie de infecciones análogas debidas a estreptococos distintos. Dabit no tuvo las crisis de vómitos que, por lo que tengo entendido, caracterizan el principio de la verdadera escarlatina. Cierto tiempo después de mi regreso a París, tuve la oportunidad de ver, en una revista médica, una tabla estadística de las enfermedades y me asombró la enorme proporción de “escarlatinas” en la U.R.S.S., tanto en relación con los demás países como en relación a las demás enfermedades en la misma U.R.S.S.; lo cual me hace suponer que en la U.R.S.S. este término es más elástico y más englobante que aquí. Dicho esto (lo cual no implica un error de diagnóstico —éste puede darse igualmente en París, hecho del que tuve dos ejemplos lamentables con Charles-Louis Philippe y Jacques Rivière, ambos atendidos al principio como por una simple gripe en la que sólo más tarde se reconoció el tifus), afirmo sin embargo que Dabit fue atendido con los cuidados más asiduos, más constantes, por tres de los mejores doctores de Sebastopol y por la camarada Bola, que en esta ocasión también demostró una dedicación perfecta.

Tengo que protestar igualmente contra otra insinuación relativa a los *cuadernos* de Dabit. Éstos, como todos los papeles suyos, fueron devueltos a su familia por mediación mía, después de haber sido retenidos cierto tiempo, es verdad. Por cierto

que no presentaban absolutamente nada que pudiera alarmar la censura. Dabit era extremadamente prudente. Me había dicho repetidas veces que contaba conmigo para hablar,[55] pues no quería participar en discusiones que pudieran comprometer su tranquilidad, su trabajo. Ese trabajo era casi el único centro de sus pensamientos durante los últimos días, esa novela de la que me había hablado mucho y que se proponía retomar, escribir de nuevo por completo, ahora que tenía más claro lo que quería que fuese; y creo que hubiera conservado poca cosa de las cien páginas que ya había escrito antes de su salida.

—Volveré a trabajar en ella, en cuanto vuelva, —nos repetía. Esta íntima llamada lo apremiaba tanto que hablaba de volver solo, enseguida, si íbamos a demorarnos, como pensábamos entonces, en Odesa y luego en Kiev, en el camino de regreso.

Dabit, al igual que yo, que todos nosotros, se había mostrado muy afectado por muchas cosas, a pesar de todos los motivos de entusiasmo, pues tenía la esperanza, como nosotros, de encontrar en la U.R.S.S. únicamente esos últimos. Salido del pueblo y profundamente comprometido, en su corazón y espíritu, con la causa proletaria, tenía además un temperamento muy poco combativo, mucho más afín a Sancho Panza que a Don Quijote; se había forjado una sabiduría análoga a la de Montaigne y afirmaba que preciaba la vida mucho más que cualquier ideal, y que ningún ideal valía la pena que se le sacrificara la vida. Se mostraba muy angustiado por los acontecimientos de España y su inquietud se denotaba incluso en el hecho de no soportar que alguien pudiera por un momento poner en duda el triunfo de los republicanos. En cuanto a ese triunfo no se limitaba a desearlo y a creer en él: necesitaba constantemente estar seguro de ello. Desaprobaba, sin embargo, violentamente a Jef Last cuando éste hablaba de ir a España, de enrolarse (tal como hizo poco después) en las filas de los milicianos. Una noche, en Sebastopol, la víspera del último día que íbamos a pasar juntos, lo vi salirse de sus casillas, él tan tranquilo en general; Jef Last acababa de declarar que prefería ver morir a sus hijos antes que caer bajo una dominación fascista.

“Es monstruoso lo que estás diciendo”, vociferaba entonces Dabit (era la primera vez que le oía adoptar ese tono de voz) dando puñetazos sobre la mesa en la que acabábamos de cenar los tres. “¡Monstruoso! No tienes derecho de sacrificar la vida de los demás por una idea; ni siquiera el derecho de sacrificar la tuya propia. La vida es más valiosa que todo.”

Dijo muchas cosas más, animado de repente por una elocuencia extraordinaria. Jef también, por cierto: yo me limitaba a escucharlos, aprobando alternativamente a uno u otro según hablaban; o mejor dicho aunque admiraba más a Jef y la pasión que le animaba, era a Dabit a quien aprobaba sobre todo, con su buen sentido sublevado. Más que nada, pensaba que era conveniente que la humanidad encerrara una y otra cosa, que una temperara la otra. Pero intervine de repente cuando Jef, contestando a Dabit, habló de “cobardía”; dije que esa palabra no debía tener lugar entre nosotros y

que, si se solía necesitar mucha valentía para ir a luchar, no se necesitaba menos a veces para declarar que uno no lucharía.

Al escribir estas palabras, pienso repentinamente en Giono y en su *Refus d'obéissance*. Dabit quería mucho a Giono y, en ciertos aspectos, se le parecía. Ambos tienen, tenían, en alto grado, el gusto y el "sentido de la sopa" (únicamente los que lo comparten sabrán lo que cabe entender con esta expresión),[56] habíamos hablado a menudo de Giono en Georgia, pues pensábamos que este país salvaje y exuberante estaba hecho para gustarle extraordinariamente; también pensábamos que hubiera sufrido mucho, a veces, ahí donde se iba perdiendo el "sentido de la sopa".

No se trata tanto de que Dabit se desinteresara del viaje; ocurre que participaba menos o se entregaba menos que nosotros; se iba encerrando cada vez más en sí mismo, se dedicaba a leer, o a escribir, o a vagar.[57] Estaba leyendo entonces *Las almas muertas*, en la traducción de Mongault, que yo había traído, y a veces me hacía admirar algún pasaje. Me enseñó en particular unas líneas de *Cuatro cartas* de Gógol, que abren el segundo volumen de su *Poema* y que cito en mi *Regreso de la U.R.S.S.*; me hizo leer también unas líneas que le hacen dudar a uno de si realmente, como se ha dicho tanto, nada o casi nada había sido hecho para el pueblo en tiempos de los zares; nada en todo caso de lo que se pudieran jactar.

"Han pasado casi ciento cincuenta años desde que el emperador Pedro I nos ha abierto los ojos, al iniciarnos a la cultura europea, y puesto en nuestras manos todos los medios de acción…"

Desde entonces "el Gobierno no ha dejado de actuar: de ello son testigo volúmenes enteros de reglamentos, decretos, ordenanzas; la multitud de edificios construidos, de libros editados, de fundaciones de todo tipo, escolares, de caridad, filantrópicas, sin contar *aquellas que no tienen igual entre las instituciones de los gobiernos extranjeros*".

Si engaño hay, vemos que no es sólo cosa de ahora.

Apuntes de viaje

Koltsov, siempre tan afable, se muestra propenso a confidencias. Sé perfectamente que no me dirá nada que no crea oportuno decirme, pero lo hace de tal forma que yo me sienta halagado por su confianza. Con el tono de: a usted no tengo nada que ocultarle, se pone a hablar.

—Jamás podría imaginar cuán sorprendentes son los nuevos problemas que nos van surgiendo a cada paso; y para los que tenemos que inventar soluciones nuevas. Figúrese que ahora los mejores obreros, los estajanovistas, desertan masivamente las fábricas.

—¿Qué explicación tiene para ello?

—¡Oh! Es muy sencillo. Reciben salarios enormes que, aunque quisieran, no llegarían a gastar puesto que hasta ahora, en el mercado, hay muy pocas cosas que comprar. Para nosotros, incluso, es un tema de preocupación muy grave. Entonces, ahorran; y cuando tienen unos miles de rublos de reserva, se van en pandilla a darse la buena vida en nuestra Riviera. Y no podemos hacer nada para detenerlos. Como son los mejores obreros, saben que siempre se les volverá a admitir. Vuelven al cabo de uno, de dos meses… bueno, cuando sus recursos se han agotado. No hay más remedio que readmitirlos; no podemos prescindir de ellos.

—Debe ser muy molesto. ¿Son muchos?

—Miles. Tenga en cuenta sin embargo que cada obrero tiene derecho a vacaciones pagadas. Estas vacaciones son otorgadas a su debido tiempo, y no todas a la vez, por supuesto, para no perjudicar el trabajo de las fábricas. Pero en este caso es muy distinto. Son ellos los que pagan, y las vacaciones que se toman así, las hacen como les da la gana, cuando quieren y todos a la vez.

Se sonríe. Me resisto a decirle, pero no a pensarlo: si el mal fuera serio no hablaría así. Pero lo hace para valorizar, acto seguido, una nueva ingeniosidad de Stalin. Resulta que se le ha ocurrido volver a poner de moda la coquetería femenina y la afición por los trapos.[58]

—¡Adelante, camaradas, cuiden a sus señoras! ¡Llénenlas de flores! Gasten su dinero en ellas.

Últimamente, un sinfín de tiendas nuevas han abierto, y no ha sido mi menor asombro en la U.R.S.S. ver tal cantidad de “manicuras” y encontrarme por todos lados (sobre todo en Crimea, por supuesto) con mujeres pintadas, de rojas uñas.

•

—¿Cuánto recibe al mes? —pregunta la camarada H. a la empleada de la oficina de “cuidados estéticos” del hotel X.

—Ciento cincuenta rublos.

—¿Incluido el alojamiento?

—No; ni la comida tampoco. Hay que contar unos veinte rublos al menos para la habitación.

—Con lo cual, sólo le quedan unos ciento treinta. ¿Y para la comida?

—¡Oh! No puedo salir adelante con menos de doscientos rublos.

—Y entonces, ¿cómo hace?

Con una sonrisa triste:

—¡Bueno!… una se arregla.

•

Jef, en Sebastopol, ha trabado amistad con un estudiante que no tiene nada de particular, pero que le interesa precisamente por eso, porque es igual a tantos más. Jef, a través de él, puede informarse, y nos informa a su vez.

N., es un ferviente admirador del régimen. Está lleno de confianza y de expectativas. En tanto que estudiante de primer año, cobra sesenta rublos al mes. Le alegra pensar que el año próximo cobrará setenta; y ochenta el tercer año. Podría vivir en una casa de estudiantes en donde las comidas cuestan de uno a dos rublos; pero no quiere dejar a su madre, ya mayor, cocinera no cualificada que gana noventa rublos por mes. Ambos viven en la misma habitación por la que pagan diez rublos al mes, y se alimentan casi exclusivamente de pan negro; aun así no comen cuanto quisieran (cuatrocientos gramos al día). Pero, dice N., es un “alimento completo”; y no tiene una palabra de queja.

Con gusto llevaría a una compañera a esa habitación en la que ya viven dos. Su madre le induce a ello y quisiera verlo casado. Sin embargo, la nueva ley sobre el aborto lo tiene aterrorizado.

—Piense un poco, ¡nos resulta ya tan difícil vivir! Si encima tuviéramos que alimentar a un niño… ¡oh! Ya sé lo que me va a decir. Pero resulta que los preservativos no se encuentran o son de tan mala calidad que uno no se puede liar. En cuanto a las precauciones, tal y como estamos instalados, no es fácil tomarlas.

A continuación, su optimismo renace y concluye alegre que, con lo mal alimentado que está, más vale la abstinencia.

Por lo que dice cierto médico de allí, la U.R.S.S. es el país en donde más generalizado está el onanismo.

•

Hay nuevas construcciones en estudio. N., el arquitecto, nos somete los planos de viviendas.

—¿Qué es este espacio?

—La habitación de la criada.

—¿La criada?… Pero si sabe usted muy bien que ya no las hay.

Y puesto que, en teoría, ya no hay criada, es una excelente razón para hacerla dormir en el pasillo, o en la cocina, o en cualquier parte.

¡Qué confesión sería, prever una habitación para ella! En la U.R.S.S., si los criados siguen existiendo pese a todo, peor para ellos.

En Moscú, las que vienen a ofrecer sus servicios por cincuenta rublos al mes son casi todas pobres chicas, que han huido de su pueblo con la esperanza de encontrar trabajo en la ciudad, en una fábrica o en otra parte. Mientras tanto, sirven en casas; una manera como otra de hacer cola. La criada de los vecinos de rellano de mis amigos H. está embarazada. Los vecinos la han aceptado por razones de caridad. Duerme en un escondrijo en donde no puede estirarse. En cuanto a la comida…

—Por favor, señora, no tire sus sobras.

Ella las recogía en la basura.

•

¡Desde luego! No sostengo que cada uno aprueba en su fuero interno juicios oficiales, este moldeamiento del espíritu. Algunos nombres, el de Esenin en particular, no se pronuncian más que en voz baja; pero se pronuncian pese a todo. Más bien tendría que decir: se los cita todavía, pero en voz baja. Conozco muy mal la poesía de Esenin; sin embargo una pequeña aventura que ahora contaré me ha despertado mucho interés por leerla. Esenin se suicidó, al igual que Maiakovski. Historia sentimental, dicen. Tal vez. Nada nos impide imaginar alguna razón de suicidio más profunda.

Así pues, cierta noche, en Sochi, tras una excelente cena, nos sentíamos propensos a las confidencias. Los vinos y el vodka aportaban su ayuda. X., en particular había bebido como una esponja, y se ponía lírico. Nuestra guía deja traspasar cierta preocupación. X. iba a hablar demasiado… Acababa de anunciar ¡que quería recitarnos unos versos de Esenin! La guía enseguida se interponía.

—Está usted completamente borracho. Ya no sabe lo que dice. Cállese…

Entonces X., muy consciente y dueño de sí a pesar de la ebriedad, enmudecía provisionalmente; a continuación se hacía valer de esa ebriedad para pedirle a la guía que fuera a buscarle un paquete de cigarrillos. Y en cuanto la guía se había alejado, X. se ponía a recitar un poema extraordinario que pasa de boca en boca desde que la *Imprimatur* le había sido denegada. Ese poema, Esenin lo había escrito para contestar a un artículo blasfematorio.

—Cuando te alzas contra los popes, decía en sustancia Esenin dirigiéndose al autor del artículo, te aprobamos. Estamos contigo cuando te burlas del cielo y del infierno, de la Virgen María y de Dios Padre. Mas cuando hablas de Cristo, ten cuidado. Jamás olvides que Él, que dio su vida por los hombres, no estaba con los grandes de la tierra, sino con los desheredados y los humildes, y aquél a quien

llamaban Hijo de Dios consideraba mayor gloria ser llamado “Hijo del hombre”.

No era sólo la ebriedad lo que hacía temblar la voz de X. cuando recitaba esos versos, y, dichos éstos, lo que llenaba su rostro de lágrimas. Banalidades, eso era lo único que habíamos dicho a lo largo de la velada… Pero hay algo más; al escribir estas líneas, tengo sin embargo la sensación de que perjudico a X. tanto como a nosotros mismos. X. había ido exaltándonos; nos habíamos quedado maravillados ante el relato de sus prodigiosas aventuras en China, de sus sucesivos cautiverios, de sus evasiones. No hubiera podido decirse que era guapo; sin embargo, algo así como una genialidad salvaje daba vida a sus rasgos; su voz sorda y cálida a la vez, cuando nos recitaba esos versos, había adquirido una dulzura extraordinaria, que contrastaba singularmente con el cinismo y la rudeza de sus anteriores palabras. Parecía que dejara descubrir en él zonas de secreta ternura, toda una región sin explorar que de repente me aparecía como la más real, mientras que todo lo demás, cinismo y rudeza, se reducía ya, a mi modo de ver, a un velo artificial destinado a proteger lo mejor que había en él. Esa visión indiscreta sólo duró un instante. La guía se reunió con nosotros y la conversación volvió a tomar el rumbo anterior, ruidosa y vana.[59]

•

Me contó mi amiga, la camarada H., que sólo al cabo de siete horas de estar a solas, en un vagón duro, se decidió a hablarle un joven ruso que, desde el principio del viaje, había despertado su interés y simpatía.

“No debía tener mucho más de treinta años, pero ya se le notaba profundamente desgastado por la vida. ¡Cuántas atenciones tuve que desplegar para conseguir que me diera respuestas algo más que evasivas a las preguntas que le hacía! Me cuidé mucho sobre todo de decirle que sólo era una extranjera, que no tenía nada que temer de mí, que no iría a contarle a nadie sus palabras… Le acompañaba su mujer y un hijo de tres años. Me enteré de que había dejado otros dos niños en X. tanto para economizar como por la incertidumbre ante lo que fuera a encontrar en Moscú.

“Esa mujer debió ser guapa, pero parecía reponerse de una enfermedad. Con gran asombro mío, le había visto, varias veces, dar el pecho a ese niño al que, sin embargo, se le debía haber destetado hace tiempo. El seno colgaba como un pellejo vacío e ignoro qué es lo que el niño podía sacar de ahí; no obstante durante todo el largo trayecto no recibió otra comida. Sus padres parecían ambos más hambrientos que él. Cuando el hombre, por fin, se puso a hablar, la mujer dejó traspasar una preocupación indecible. Miró a un lado y otro por si algún vecino podía oír. Pero no había en nuestro compartimiento más que un viejo borracho dormido y una campesina estúpida. Y a modo de excusa:

“—Siempre habla demasiado —me dijo—; es lo que nos ha perdido siempre.

“Él me contaba su vida: todo había ido bien hasta el asesinato de Kirov. Después, no sabía qué denuncia había dado lugar a que sospecharan de él. Puesto que era muy

buen obrero y que no tenían nada que reprocharle, no le habían despedido enseguida de la fábrica en la que trabajaba. Pero había visto cómo poco a poco sus camaradas, sus amigos, se apartaban de él. Cada uno temía comprometerse al hablarle. Por fin el director de la fábrica le hizo llamar y, sin exactamente despedirlo, pues no tenía motivo alguno para hacerlo, le *aconsejó* que se fuera a buscar trabajo a otra parte. A partir de ese día, había vagado de fábrica en fábrica, de ciudad en ciudad, cada vez más sospechoso, más acorralado, topándose por doquier con la desconfianza, con puertas cerradas, rechazado, falto de cualquier tipo de apoyo, de cualquier socorro: sin conseguir nada tampoco para sus hijos, y reducido a una miseria atroz.

"—Hace más de un año que dura esto —dice la mujer—; no podemos más. Desde hace más de un año, sea donde sea, no nos toleran más de quince días.

"Y aún —prosiguió el hombre—, si pudiera entender de qué se me acusa. Alguien debió hablar en contra de mí. No sé quien. No sé qué es lo que pudo decir. Sólo sé una cosa, que no hay nada que reprocharme.

"Me explicó entonces que había tomado la resolución de ir a Moscú a informarse, a disculparse si fuera posible, o a consumar su perdición protestando contra una sospecha sin fundamento".

•

Existen paquetes de cigarrillos a ochenta kopeks, e incluso a sesenta; son los denominados "proletarios", y son horrendos. Los "papirós" que fumamos nosotros, los únicos que conocen los extranjeros (a algunos los llaman "inturist"), cuestan cinco o seis rublos la caja de veinte. Algunos cuestan más.

Al no saber dónde encontrar una tabacalera (en Gori donde nos paramos unas horas), Pierre Herbart pide al obrero con el que está charlando a orillas del río que vaya a comprarle un paquete de esos papirós.

—¿De cuánto?

—De cinco rublos.

El obrero, con excelente humor, se rio diciendo:

—El sueldo de un día.

•

La señora X. va a dar una vuelta por el campo en los alrededores de Moscú en compañía de un "responsable" (es el nombre que dan allí a los dirigentes). Éste aparenta una gran familiaridad con todos los obreros con los que se encuentra: "Me gusta que tengan el sentimiento de que nuestra relación es de igual a igual. Les hablo como a camaradas, como a hermanos; y ellos nunca tienen miedo de hablarme."

Nos encontramos con un peón; y, como para dar prueba de lo que acaba de decir, el responsable pregunta al obrero:

—Bueno, amigo; ¿qué tal? ¿Está contento?

Entonces, el otro:

—¿Me permitiría usted, camarada, que le haga una pregunta?

—Pues por supuesto, amigo mío. Estoy aquí para contestarle.

—Usted que conoce las cosas, usted sin duda podrá informarme. ¿Cuándo llegará el día en que trabajaremos según nuestras fuerzas y comeremos lo suficiente?

—¿Y qué contestó el responsable?, pregunté yo entonces a la señora X.

—Le dio una clase de doctrina.

•

Hacia Batumi en coche. Mis compañeros admiran, a cada lado de la carretera, las nuevas plantaciones de árboles que, dentro de unos años, extenderán su sombra. ¿Para qué hacerles notar que no hay ni uno de todos esos árboles que no esté muerto? Los plantarían a destiempo probablemente, quiero decir: en una estación que no podía favorecer su replante; para obedecer, supongo, a una orden de las altas esferas que había que acatar sin rechistar.

La naturaleza es la que ha de doblegarse, trátese de árboles o de hombres.

•

Hay aquí, en Sujumi, una cría importante de monos para los injertos Voronov y diversos experimentos. Me gustaría saber de dónde provienen esos animales; pero aquí las informaciones son tan abundantes y contradictorias como en las colonias. La mayoría de los presentes se recrea en la vaguedad y la redundancia, en particular la simpática camarada que nos sirve de intérprete y de guía. Nada, por cierto, es embarazoso para ella y tiene respuesta para todo; tanto más perentoria era la respuesta cuanto mayor su ignorancia; pero ella ignora sin saberlo y mejor que nunca me hace entender lo siguiente: que la ignorancia que se ignora induce a las grandes afirmaciones. La cabeza de esa clase de gente está repleta de aproximaciones, de datos falsos, de símiles…

—¿Podemos saber de qué país vienen los monos que se crían aquí?

—Por supuesto. Nada más fácil.

(Pregunta a su vez a la persona que nos acompaña.)

—La mayoría de los monos han nacido aquí mismo. Sí, casi todos han nacido aquí.

—Pero si no había monos en todo el país, teníamos entendido. Por consiguiente, al principio habrán tenido que hacerlos venir.

—Naturalmente.

—¿Entonces, de dónde les han hecho venir?

Y sin siquiera recurrir a la otra persona, contesta con una seguridad fulgurante:

—Un poco de todas partes.

Nuestra encantadora guía demuestra una amabilidad y dedicación perfectas. Pero hay algo que se hace un tanto pesado: las informaciones que nos proporciona no alcanzan la precisión sino a través del error.

•

De regreso a París

—¿Dónde diablos habrá visto usted que esos grandes dirigentes son tan privilegiados?, me pregunta el bueno de C. que vuelve de ahí completamente deslumbrado. He tratado mucho a K. que es tan amable y tan sencillo; me hizo visitar su piso que no he encontrado ni lujoso, ni ostentoso; su esposa, a quien me presentó, es encantadora y tan sencilla como él…

—¿Cuál de ellas?

—¿Cómo cuál? Su esposa…

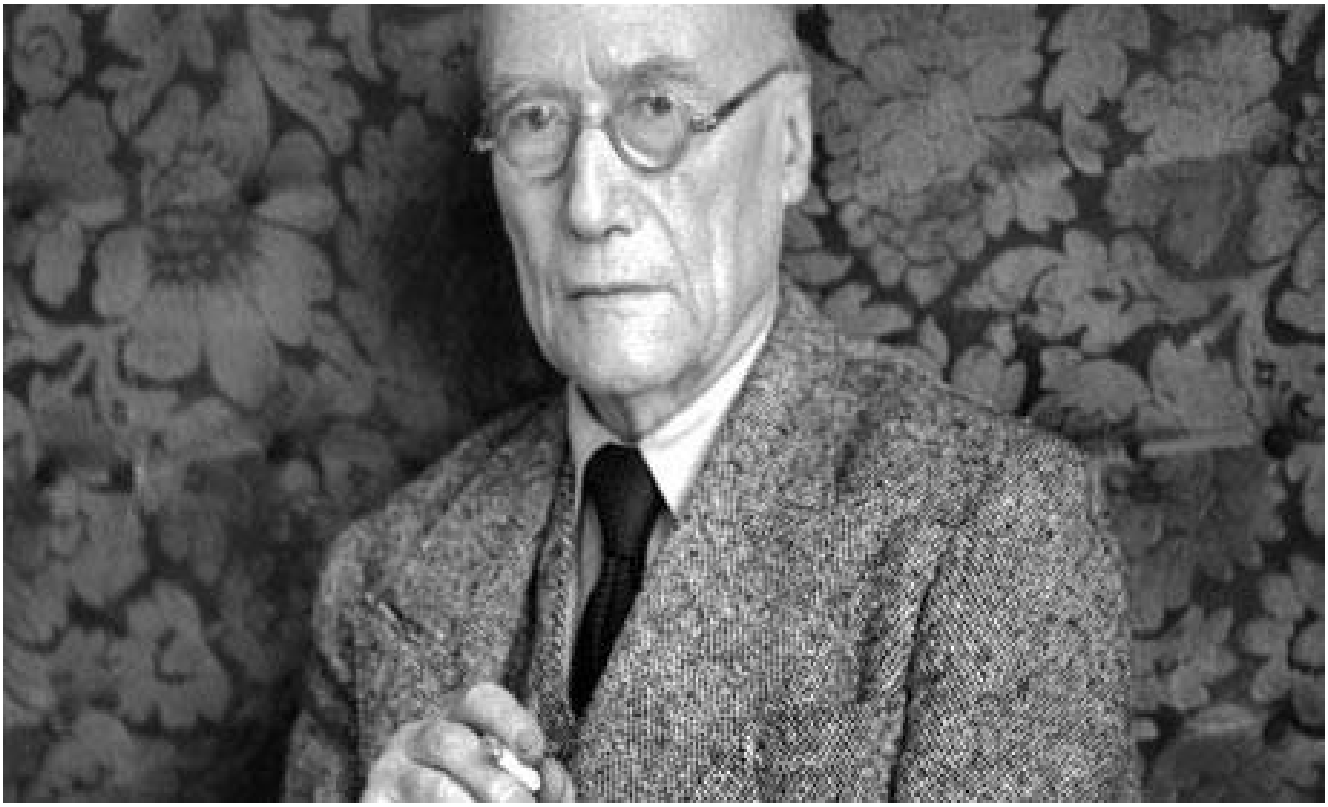
—¡Ah, sí! La legítima… Usted no sabe que tiene tres. Y dos pisos más, sin contar las facilidades de veraneo. Y tres coches de los que sólo ha visto el más modesto, el que sirve para la vida de cada día…

—¡No puede ser!

—No sólo puede: es.

—¿Pero cómo el Partido puede tolerar eso? ¿Cómo Stalin…?

—No sea tan ingenuo. Los hombres a los que teme Stalin son los puros, los flacos.



ANDRÉ GIDE (París, 1869-1951) fue, de los intelectuales de su generación, tal vez el que más profundamente marcó su época en todos los aspectos: literario, político, psicológico. Además de una extensísima obra literaria (en la que destacan *Les nourritures terrestres*, *L'immoraliste*, *La symphonie pastorale*, *La porte étroite*, *Les faux monnayeurs*, *Les caves du Vatican*). Premio Nobel en 1947, Gide dejó una impronta inconfundible con su labor de crítico, su correspondencia literaria y su Journal. Tuvo un papel incomparable en el renacimiento de la cultura francesa con la fundación, en 1909, de la *Nouvelle Revue Française*. Del mismo modo que, en su juventud, quiso liberar al individuo de las cadenas de la familia y de la religión, Gide, en su madurez, llevó a cabo a través de su obra combates cívicos y políticos — denuncia de las imperfecciones del sistema judicial y de los abusos de la colonización — dentro de los cuales se inscribe *Regreso de la U.R.S.S.*, sin duda su libro más polémico y anatematizado.

Notas

[1] Como antecedente del escritor comprometido con la Unión Soviética y que tras su visita a “la patria del proletariado internacional” rompe con el movimiento comunista, sólo podemos destacar el libro que Joseph Roth publicó en 1926 con el título de *Reise in Russland* (“Viaje a Rusia”, 1976 Verlag Allert de Lange, Amsterdam. Und Verlag Kiepenheur and Witsch, Köln) y que tenemos programado para nuestra colección. Sin embargo, siendo notable el libro de Roth, su diferenciación con el de Gide es evidente. Gide, como veremos, reflexiona desde una actitud moralista e individualista, mientras que Roth testimonia (todavía cercano a los “orígenes” de la Revolución ya que su viaje lo realiza a los nueve años de la implantación bolchevique) desde una posición de antiguo militante (pues no en balde en aquellos años firmaba sus escritos con el pseudónimo de “Roth el rojo”), indignado después por lo que ha visto. <<

[2] *Journal*. 1889-1939 (Bibliothèque de la Pléiade, París, 1939) <<

[3] El texto íntegro de ese discurso lo publicó José Bergantín en abril de 1936 completado con un texto del propio editor y con dos cartas del entonces jovencísimo Arturo Serrano Plaja. (Defensa de la cultura, Madrid, 1936.) <<

[4] *Gide* por J.J. Thierry (París, 1968. Ed. Gallimard, Colección *Pour une bibliothèque idéale*). <<

[5] J. P. Sartre (*Les Temps Modernes*. Marzo, 1951, París). <<

[6] Tocqueville, *De la democracia en América*,(Introducción). <<

[7] “¿Y a usted le parece que es algo bueno?”; exclama mi amigo N., al que se lo contaba. “Burla, ironía, crítica, todo va junto. El niño que es incapaz de burla acabará siendo un crédulo y sumiso adolescente cuyo ‘conformismo’ usted, burlón, criticará más tarde. Yo prefiero la guasa francesa aun cuando pudiera ejercerse a mis expensas.” <<

[8] Lo que también me gusta en la U.R.S.S. es la extraordinaria prolongación de la juventud; cosa a la que estamos muy poco acostumbrados en particular en Francia (pero también, me parece, en todos los países latinos). La juventud encierra abundantes promesas; un adolescente de nuestro país deja pronto de prometer para cumplir. Ya a los catorce años, todo se inmoviliza. El asombro ante la vida ya no se lee en el rostro, ni ingenuidad alguna. El niño se transforma casi enseguida en Joven. La suerte está echada. <<

[9] Es al menos lo que me han afirmado repetidas veces. Pero hasta no haberlas controlado, considero cualquier “información” sospechosa, como ocurre en las colonias. Me cuesta creer que este koljós goza de privilegios tales que escapa a la contribución del 7% sobre la producción bruta que recae sobre los demás koljoses; sin contar los 35 a 39 rublos de capitación. <<

[10] Remito al apéndice algunas informaciones más precisas. Habría apuntado muchas más. Pero las cifras no son lo mío, y las cuestiones propiamente económicas escapan a mi competencia. Además, aunque estas informaciones son estrictamente las que me fueron dadas, no puedo sin embargo garantizar su exactitud. La práctica de las colonias me ha enseñado a desconfiar de las “informaciones”. Por fin, y sobre todo, los especialistas ya han tratado bastante estas cuestiones; no necesito volver sobre ellas. <<

[11] En muchos otros ni hablar de viviendas particulares; la gente duerme en dormitorios, en “barracones”. <<

[12] Esta impersonalidad de cada uno me permite también suponer que de ser capaces de individualización, los que están en dormitorios sufrirían mucho más de la promiscuidad y de la ausencia de recogimiento. Pero esta despersonalización hacia la que todo en la U.R.S.S. parece tender ¿puede ser considerada un progreso? Por mi parte, lo dudo mucho. <<

[13] O en todo caso, sólo sabe lo que le afianza en su opinión. <<

[14] Es cierto que ante nuestra estupefacción no disimulada, el estudiante añadía: “Entiendo y entendemos hoy día que es un razonamiento absurdo. El idioma extranjero, cuando ya no sirve para instruir, todavía puede servir para enseñar.” <<

[15] Poco después escuché a ese pequeño prodigio tocar con su Stradivarius a Paganini, seguido de un *pot-pourri* de Gounod y he de admitir que me dejó atónito. <<

[16] Hablando con Eugène Dabit de ese complejo de superioridad al que su extremada modestia le hacía particularmente sensible, me pasó el segundo volumen de *Las almas muertas* que estaba leyendo. Empieza con una carta de Gógol en la que Dabit me enseña el siguiente pasaje:

"Muchos rusos, principalmente los jóvenes, exaltan desmesuradamente nuestras virtudes; en vez de desarrollar en ellos esas cualidades, sólo piensan en mostrarlas y gritar a Europa: "¡Mirad, extranjeros, somos mejores que vosotros!"

"Esa vanagloria es enormemente perniciosa. Al mismo tiempo que irrita a los otros perjudica a los que así la proclaman. La jactancia envilece la más hermosa acción del mundo… En lo que a mí respecta, en vez de esa insuficiencia prefiero un desaliento pasajero." —Esta "jactancia" rusa que lamenta Gógol se ve desarrollada y alentada por la educación actual. <<

[17] La reciente ley contra el aborto ha causado consternación en todos aquellos que, por causa de su insuficiente salario, se veían incapaces de fundar un hogar, de mantener una familia. También ha consternado a otras personas y por razones muy distintas: ¿no habían prometido respecto a esta ley una especie de plebiscito, de consulta popular que debía decidir la cuestión de su aceptación y vigencia? Una inmensa mayoría se ha declarado (más o menos abiertamente, es cierto) en contra de esta ley. No se ha hecho caso de la opinión y la ley ha sido aprobada, pese a todo, ante el estupor casi generalizado. Los periódicos, por supuesto, se han limitado a publicar sobre todo las aprobaciones. En las conversaciones privadas que he llegado a sostener al respecto con varios obreros, sólo he oído recriminaciones timoratas, resignación quejumbrosa.

Y aún esta ley, puede que tenga en cierta medida alguna justificación. Responde a abusos particularmente lamentables. Pero ¿qué pensar, desde un punto de vista marxista, de la ley, más antigua, contra los homosexuales la cual, asimilándolos a contrarrevolucionarios (pues se persigue el *anticonformismo* hasta en las cuestiones sexuales), los condena a cinco años de deportación, renovables si no se han enmendado con el exilio? <<

[18] Y, como reflejo de esa actitud, ¡qué servilismo, qué obsequiosidad, entre el personal de servicio, no entre los empleados de los hoteles que suelen ser gente perfectamente digna —y muy cordial a la par—, sino precisamente entre aquellos que tratan con los dirigentes, con los “responsables”! <<

[19] Me apresuro sin embargo a añadir la anécdota siguiente: en el jardín público de Sebastopol, un niño lisiado que sólo puede moverse con muletas pasa entre los bancos ocupados por la gente que pasea. Observo, largamente, al niño que pide limosna. De las veinte personas a las que se ha dirigido dieciocho le han dado; pero probablemente se han dejado conmover tan sólo por su estado. <<

[20] Parece que esté inventando ¿verdad? Desgraciadamente, no. Y que no me vengan a decir que nos había tocado en ese caso algún subalterno estúpido, torpemente movido por su celo. No, teníamos con nosotros, participando en la discusión, a varios personajes harto importantes y que, en cualquier caso, conocían perfectamente las "usanzas". <<

[21] N. me explica que está bien visto poner un epíteto detrás de la palabra “destino” que yo empleaba, tratándose del destino de la U.R.S.S. Acabo proponiendo “glorioso”, idóneo, según N., para conciliar todos los votos. En cambio, me pide que acceda a suprimir la palabra “grande” delante de “monarca”. Un monarca no puede ser grande. (V. Apéndice, III). <<

[22] ¡Hasta me han atribuido declaraciones diciendo que la juventud francesa no me comprendía ni me amaba; que me comprometía en lo sucesivo a no escribir más que para el pueblo! etc. <<

[23] “Lo que hizo que el arte dramático de esa época llegara tan alto… es que los autores entonces vivían y escribían sintonizando plenamente con el pueblo entero” (*General introduction to the Mermaid Series*) <<

[24] También yo, varios años atrás, he dado un concierto en Berlín. Me entregué por completo y pensé que realmente había alcanzado algo; contaba por lo tanto con un verdadero éxito. Sin embargo ya ve: cuando había dado los mejores frutos de mi inspiración, ni el menor asomo de aprobación (*Goethes Briefe mit lebensgeschichtlichen Verbindungen*, t. II, p. 287). <<

[25] —¿Y qué nos importan hoy, me contestarán, los Keats, los Baudelaire, los Rimbaud, y hasta los Stendhal? Sólo les reconocemos algún valor en tanto que reflejan la sociedad moribunda y corrompida de la que son afligentes productos. Si no pueden expresarse en la nueva sociedad de hoy, peor para ellos, mejor para nosotros pues ya no nos queda nada por aprender de ellos ni de sus semejantes. El escritor que puede enseñarnos algo hoy día es aquel que se encuentra perfectamente a gusto en esta nueva forma de la sociedad y que sabrá exaltar lo que justamente molestaría a aquéllos. En otros términos, el escritor que da su aprobación, que se regocija y aplaude.

—Pues, precisamente, me parece a mí que los escritos de estos encomiadores tienen escaso valor instructivo y que, en la empresa de desarrollar su cultura, el pueblo no necesita para nada escucharlos. Nada mejor, para llegar a ser culto, que lo que obliga a pensar.

Respecto a lo que se podría denominar literatura-espejo, esto es, aquella que se limita a ser un mero reflejo (de una sociedad, de un acontecimiento, de una época), ya he dicho mi parecer.

Puede que sea la autocontemplación (y autoadmiración) el primer cuidado legítimo de una sociedad aún muy joven; pero sería muy de lamentar que este primer cuidado resultara también ser el único, el último. <<

[26] En otra, en los alrededores de Sochi, presenciamos una clase de baile. En el lugar del altar mayor, las parejas dan vueltas al compás de un fox-trot o de un tango. <<

[27] Los cálculos incluyen un fraccionamiento de las “jornadas” en divisiones decimales. <<

[28] Cabe recordar que, en teoría, el rublo vale 3 francos franceses, o sea que el extranjero, a su llegada a la U.R.S.S., compra por 3 trancos cada billete de un rublo. Ahora bien, el poder adquisitivo del rublo es apenas superior al del franco; además algunos productos, entre los más necesarios, tienen todavía un precio muy alto (huevos, leche, carne, sobre todo mantequilla, etc). ¡Sin hablar de la ropa…! <<

[29] Me enteré más adelante de que sólo los criminales que se habían avenido a delatar tenían el derecho de vivir en esa ciudad modelo de Bolshevo. <<

[30] ¡Oh, cuántas almas honradas empiezan ya a atormentarse! Y el tormento irá creciendo hasta que por fin no puedan sino reconocer su error.

“Antiguo militante comunista, funcionario soviético, he trabajado más de tres años en la U.R.S.S. en la prensa, en el aparato de propaganda, en la inspección de empresas, y llego, después de crueles luchas internas, después de los conflictos más violentos de mi vida, a las mismas conclusiones que usted”, me escribe A. Rudolf, el autor de *Abschied von Sowjetrussland*. <<

[31] Al menos mientras no se convierte en farsa, como cuando escribe: “En el salón de recepción… veo una Minerva, un Júpiter, una Diana. Los obreros han aportado una sola modificación: han añadido un busto de Lenin en bronce.

“Colocar juntos a Minerva y a Lenin parece incomprensible. Ocurre sin embargo ante nuestros ojos. Lo cual demuestra que el comunismo es el resultado natural, lógico e inevitable de varios siglos de historia humana, el heredero de la cultura más consumada, más fraternal” (*Journées soviétiques*, p. 66). <<

[32] *…There should be 2.000.000 places if every child had been accomodated. There were, however… only one child in eight of those eligible (who) was accomodated. What will be the position by 1937 when the number of workers is expected to be 28.000.000? Again, taking the town crèches only there will be accomodation for 700.000 children, whereas there should be accomodation for 2.800.000 if all are to be catered for. So that there will be room for one child in every four, assuming that the plan is carried out to the full.*

Sir Walter Citrine: *I search for Truth in U.R.S.S.*, p. 296. <<

[33] Un artículo de *Pravda Vostoka* (20 de diciembre de 1936) lamenta tener que constatar que el plan de liquidación del analfabetismo no ha aportado los resultados esperados. De 700.000 personas parcial o totalmente analfabetas, únicamente el 30% o el 40% ha accedido a seguir los cursos; “con lo cual el coste de la liquidación ha alcanzado los 800 rublos por persona, en lugar de los 25 previstos”. En la ciudad de Kokand, por ejemplo, en donde los poderes se jactaban de conseguir una liquidación perfecta antes de finales de 1936, el número de analfabetos ha sido de 8.023 en mayo; de 9.567 en agosto; de 11.014 el 15 de septiembre, y de 11.645 el 1.º de octubre. (Es de esperar que la población de la ciudad aumente proporcionalmente, a consecuencia de la inmigración de origen campesino; de lo contrario, cabría llegar a la conclusión de que a aquellos que saben leer se les borra lo que aprenden.) La gran ciudad de Tashkent cuenta, parece ser, con 60.000 analfabetos. Aunque, de los 757 inscritos, sólo 60 siguen los cursos. Ésos son a los que admiran los viajeros. <<

[34] “De la misma manera en que el Estado dispone soberanamente de los elementos materiales del proceso económico, dispone de modo igualmente dictatorial del elemento humano. Los trabajadores ya no tienen libertad de vender su fuerza de trabajo donde quieren y como quieren; no tienen derecho de circular libremente por el territorio de la U.R.S.S. (¡pasaportes interiores!); el derecho de huelga ha sido suprimido y cualquier veleidad de resistencia a los métodos del estajanovismo expone a los trabajadores a las sanciones más severas” (Luden Laurat: *Coup d’oeil sur l’économie russe*, en *L’Homme réel*, nº.38, febrero de 1937). <<

[35] Es muy frecuente, en cambio, que le excluyan a uno por razones de depuración. Y, a partir de ahí, Siberia. <<

[36] Tal como lo dice muy acertadamente Yvon: “Ingresar en el Partido, equivale a servir a la vez el Poder, la Patria, y el interés personal de uno.” Perfecta armonía a la que estará supeditada la felicidad. <<

[37] He visto a mucha gente de la marina, en Sebastopol, oficiales y simples marineros. Las relaciones de los oficiales con los hombres y de éstos entre sí parecían demostrar una cordialidad tan fraternal, tan sencilla que no podía menos que sentirme conmovido. Los periódicos hicieron correr una historia: en un gran restaurante de Moscú, al entrar unos oficiales, he visto supuestamente a todo el público levantarse y ponerse firme. Esta historia inventada es tan absurda que no me había parecido necesario desmentirla. <<

[38] Toda la obra de Marx y Engels está dictada por una extraordinaria generosidad; pero más aún por un imperioso anhelo de justicia. <<

[39] Tomo este término del vocabulario marxista tal como lo hacía Lenin al escribir (El Estado y la Revolución): “La expresión “el Estado se extingue” es muy afortunada pues expresa a la vez la lentitud del proceso y su espontaneidad”. <<

[40] En 1936, el poder adquisitivo de un sueldo mensual medio es de 225 kg de pan de centeno. En 1914, el poder adquisitivo de los 30 rublos que se ganaba al mes el obrero medio era de 600 kg de dicho pan. <<

[41] De ahí las espantosas represiones de un tiempo atrás. El propio Stalin decía sin embargo hace pocos años: “Una de dos: o bien renunciamos al optimismo y a los procedimientos burocráticos y dejamos que nos critiquen los obreros y los campesinos sin partido que padecen nuestros errores, o bien el descontento irá acumulándose y la crítica se nos impondrá por vía insurreccional” (extracto de un discurso de Stalin, citado por Souvarine: *Staline*, p. 350). <<

[42] Friedman intenta enfocar el estajanovismo como un hábil recurso para reajustar los sueldos. Me temo que conviene verlo más que nada como un medio para conseguir del obrero medio un rendimiento mayor. <<

[43] Las estadísticas oficiales nos enseñan que, de 1923 a 1925, el salario total de los obreros de la industria pesada había aumentado en un 52%; ahora bien, en el mismo período, el incremento de los sueldos de los funcionarios había sido de un 94,8%, y de un 103,3% el de los empleados de comercio. Además, la disminución del poder adquisitivo del rublo hacía que ese aumento de salario no significara en absoluto un aumento del bienestar. <<

[44] No se trata de que el obrero se beneficie del producto íntegro de su trabajo. Ni Marx ni Engels lo creían así.

El “trabajo excedente” de unos cuantos que, en la sociedad capitalista, permite la ociosidad de otros, de pocos otros, y que conlleva el antagonismo de las clases formadas de este modo, dicho “trabajo excedente”, escribe Marx, “no podría ser suprimido” (con lo cual indica Marx que el obrero no puede sacar un beneficio personal de la totalidad de su trabajo).

“Se requiere cierta cantidad de ‘trabajo excedente’, dice, para el seguro contra los accidentes, para… etc.”

La enumeración no puede ser sino incompleta. Hay que incluir en ello una acumulación determinada que permita, además del mantenimiento de la maquinaria, “la constitución de elementos destinados a contribuir a nuevos progresos”. Añadámosle, ya que la no socialización de los Estados vecinos nos obliga a ello (y he aquí un corolario de la socialización “en un solo país”), el mantenimiento del ejército rojo. Todo esto, supongo que Marx lo hubiera admitido. Ahora bien, que el trabajo excedente de unos, de la gran mayoría, haga posible el sobresalario de otros, eso le parecería monstruoso. Siguiendo este camino, desembocamos en la formación de una clase privilegiada y, en ningún caso, en “una mayor reducción del tiempo dedicado al trabajo material” (El Capital, XIV). <<

[45] Lo cual no ha llevado en absoluto al incremento de los salarios modestos. Siempre es a costa de éstos como se constituye el “fondo de acumulación”. <<

[46] Muy interesante resulta el libro de Louis Fischer sobre la U.R.S.S. Al ser muy favorable a ésta, sus críticas se mantienen discretas; no obstante, para quien sabe leer bien, ahí están.

La encantadora descripción que hace de ciertos pequeños Estados caucásicos permite suponer que más de una rama del árbol soviético sigue verdeando. Es el propio tronco el que está pudriéndose. <<

[47] “En realidad tanto los sindicatos como los Soviets habían dejado de existir (en 1924). Los obreros no esperaban ni protección, ni auxilio por parte de esa administración dispendiosa en manos de un aparato de 25.000 funcionarios, rigurosamente subordinados a las oficinas del Partido” (Souvarine: *Staline*, p. 347) <<

[48] La remuneración de la burocracia devoraba el 8,5% de la renta nacional, antes de la guerra; el 10% en 1927. No dispongo de estimaciones más recientes. <<

[49] “La etapa inicial de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, es la conquista de la democracia”, decían Marx y Engels en su famoso *Manifiesto*. “Conquista de la democracia” —sí, pero no es la democracia quien ha conquistado, sino ella la que ha sido conquistada. <<

[50] No creo en absoluto en una sabiduría mayor por parte de la mayoría; pero no se trata de eso. Se trata de que esa mayoría ha de tener la posibilidad, cuando sufre, de hacer oír su queja; y de que se acepte oír al representante que la transmite. <<

[51] Citrine escribe: “No ha participado hasta hoy”; no obstante, lo que decía en 1935 podría volver a decirlo, y con mayor seguridad, desde la Nueva Constitución. <<

[52] No nos permitiremos poner en duda las cifras presentadas por Jean Pons, ni en este caso ni en otro. Pero ¿un dedo de 10 metros para una altura total de 70 a 80 metros?… Esperemos al menos que Lenin esté sentado. <<

[53] Transcribo esta página de un diario de viaje en el que escribía cada día:

“La cena encargada para las ocho empieza a las 8,30 horas. A las 9,15 horas aún no han acabado de *pasar* los entremeses.

“(Habíamos ido a bañarnos al Parque de Cultura, Herbart, Dabit, Koltsov y yo; teníamos mucha hambre.) Me pongo a engullir gran cantidad de pequeños pâtés. Como me estaban esperando en la casa de descanso, levanto la sesión cuando, hacia las 9,30 horas veo que traen cucharas soperas; una sopa de verdura con trozos de pollo; nos anunciaban unos cuencos de cangrejos, acompañados de champiñones, a continuación pescado, varios asados y verduras… Los dejo para ir a acabar mi maleta, y preparar después ‘unas líneas’ para *Pravda* sobre la ceremonia del día. Al volver, aún estoy a tiempo para tragar un enorme trozo de helado en molde. Estos festines no sólo me horrorizan: los censuro. (Tendré que hablar de ello con Koltsov.) No sólo son absurdos, sino inmorales - antisociales.” <<

[54] Conviene sin embargo mencionar además una prodigiosa aptitud del pueblo ruso para vivir. “La vitalidad de un gato”, decía de sí Dostoievski, asombrado por haber padecido pruebas incomparables, no sin sufrir pero al menos sin quedar disminuido por ellas. Un amor por la vida que acaba triunfando de todo, aunque fuera por indiferencia o apatía, pero más bien, sobre todo, por riqueza interior, por diversión, lirismo, por el brotar espontáneo de una alegría inexplicada, inexplicable; en cualquier momento, de cualquier modo, en cualquier parte… Hubiera podido decir: una aptitud extraordinaria y una propensión a la felicidad. Pase lo que pase. Y a ello precisamente se debe que Dostoievski siga siendo tan representativo; que a mí me conmueva tan profunda, tan fraternalmente y, a través de Dostoievski, con él, el pueblo ruso en su totalidad. No creo que haya pueblo que se hubiera prestado con tal magnanimidad a tan trágica experiencia. <<

[55] Eso lo sabían Jef Last y Pierre Herbart, los cuales compartían sucesivamente su habitación en los últimos tiempos y con los que Dabit tenía oportunidad de hablar.

Extracto de un artículo de P. Herbart:

“Quisiera hacer partícipe a Friedman —para responder a una nota suya referente a la dedicatoria a Eugène Dabit de *Regreso ele la U.R.S.S.*— de una conversación que sostuve con éste en Sebastopol unos días antes de su muerte.

“Le preocupaba mucho que Gide, de regreso a Francia, expusiera los temores que tantas veces habían compartido durante el viaje: ‘Él sabrá hacerse escuchar, decía. Comprenderán que es un amigo el que habla’.

“Independientemente de las ideas que uno puede tener sobre ese tipo de dedicatorias, me parece fuera de lugar que nadie le niegue a Gide la posibilidad de sentirse en su derecho e incluso en su deber al asociar el nombre de nuestro amigo a sus reflexiones sobre la U.R.S.S.”

(*Vendredi* 29 de enero de 1937.)

Y la siguiente carta de Jef Last:

Mi querido Friedman.

Me asombra leer en su artículo la siguiente nota: “Sin embargo, Dabit, más que Gide, ¿no hubiera criticado, completado esas impresiones (pensaba en alargar su estancia en la U.R.S.S. y hablaba de volver)? ¿No hubiera advertido él, mejor que Gide, el deslizamiento más allá de su valor psicológico? ¿Hubiera aceptado Dabit dar a esas impresiones (cuya insuficiencia me hizo notar él mismo, cuando nos encontramos en el mar Negro) esa enorme resonancia política, y en semejante momento?

“Estas preguntas pueden ser planteadas, y basta con que puedan serlo para que yo no tenga derecho de acallarlas”. Esto no me parece muy exacto.

Ya en Tbilisi, Dabit empezaba a desinteresarse del viaje de un modo bastante desconcertante. Mantuve varias conversaciones con él, pero jamás expresó el deseo de quedarse más tiempo en la Unión Soviética o de volver allá. Al contrario, se oponía obstinadamente a nuestro plan de prolongar el viaje para visitar Kiev. Quería volver inmediatamente a Moscú y de ahí, por avión, a París. Dabit expresaba repetidas veces su deseo de ir a trabajar tranquilamente a un pueblecito español para acabar su obra sobre el Greco. Muchas cosas le disgustaban en la U.R.S.S., cosas que observábamos todos con pesar, pero ante las cuales teníamos reacciones muy distintas. Dabit hablaba frecuentemente de ello con Gide y, al no tener él mismo un espíritu combativo, contaba con Gide para hablar. Me atrevo a decir que el libro

escrito por Gide es realmente el que Dabit esperaba y exigía de él.

Jef Last <<

[56] “Mienten. Mienten todos”, nos decía N. en Tiflis al hablar de los dirigentes soviéticos. Sólo estábamos Herbart y yo para oírlo. “Han perdido por completo el contacto con la verdadera realidad. Son todos unos teóricos, están perdidos en las abstracciones.” La emoción hacía temblar su voz. Y finalmente esta frase, que al principio yo no había advertido bien, y que me recordó Herbart más tarde pues la encontraba admirable (en efecto lo era) y la citaba a menudo: “Han perdido el sentido de la sopa.” <<

[57] “¡Qué deseo en mí de soledad y de silencio!” escribía en su diario íntimo pocos días antes de su muerte. <<

[58] En su número del 31 de diciembre de 1936, Pravda publica cartas de koljosianas referentes a cuestiones de vestimenta. Podemos leer:

“Podemos también vestirnos con elegancia porque tenemos gusto y seguimos la moda.

“A mí ya no me gustan las faldas acampanadas y las blusas anchas. Pero las llevamos a falta de modelos nuevos. Tenemos dinero.” <<

[59] He pedido a algunos amigos que leen ruso que me busquen esos versos de Esenin que, probablemente, yo cito de modo muy aproximado. No han podido encontrarlos; lo cual me hace pensar que tal vez han sido suprimidos en las últimas ediciones oficiales. Se podría verificar. Me dicen, además que circula una gran cantidad de poemas apócrifos, atribuidos a Esenin. <<